

FUENTOS AZULES



EDITORIAL
SATURNINO CALLEJA S. A.

MADRID

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA PARA NIÑOS

XXI



Dentro de cada bota encontré una compañía de zapadores...

20143

25140

CALLEJA

CUENTOS AZULES

CON CENSURA ECLESIASTICA



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

ALDUS, S. A. ARTES GRÁFICAS, SANTANDER

CUENTOS AZULES

EL TÍO TRÁPALA

PARA tocar la corneta con gusto y afinación, nadie como este mozo cuando tenía veinte años. ¡Vaya unos repiqueteos y unos adornos! Lo mismo tocaba paso de ataque que una polca. ¡Y cómo tocaba a rancho! ¡Con decir que se ablandaban los garbanzos y las patatas al oír las notas de mi corneta!...

Los jefes, eso sí, estaban entusiasmados conmigo. ¡Me daban cada propina y cada *bofetá!* Porque, eso sí, era más malo que un dolor. Pero me rascaba la cara, y hasta otra.

—¡Periquillo!—decía el Coronel—. Toca el punto de la Habana, que está triste el regimiento y hay que alegrarle un poco!

Y yo tocaba el punto, que parecía punto y coma, y se les alegraba la cara desde el Coronel hasta el ranchero.

—¡Periquillo!—decía el Comandante—. ¡Toca las *habas verdes*, que son tan bonitas!

Y yo tocaba unas habas tan propias, que el regimiento entero creía tenerlas en la boca.

—¡Periquillo!—gritaba el Capitán—. ¡Tóca...te las narices, y déjanos en paz!

Y yo guardaba la corneta en el morral para que no se me estropeará.

Cuando estalló la guerra, mi regimiento fue de los primeros que entraron en fuego; y, ya se sabía, en cuanto tomaba la embocadura y largaba cuatro notas, se armaba una de tiros que



Y yo tocaba el punto...

Cuentos de Calleja

encendía el pelo. Un día fui con un pelotón de avanzada para ver si se descubría el enemigo. Este se hallaba oculto tras una loma. ¿Y voy y qué hago? Dejo emboscado mi pelotón, y me voy solo y agazapándome por entre las matas hasta colocarme, sin ser visto, detrás del enemigo, y de pronto toco paso de ataque y disparo mi fusil. El efecto fue instantáneo: los enemigos se creyeron entre dos fuegos, y, levantando bandera blanca, se rindieron a discreción. Pero todo esto es nada al lado de lo que me ocurrió varios días después. Como era tan valiente, me propuse dar dos



...pero se me escapó la trompeta

sentándome sobre un guijarro muy agudo, me hice sangre en las narices.

Comienzo a buscar la corneta, y no la encuentro; revuelvo las piedras en que tropecé, y tampoco; sigo buscándola, y ¿dónde dirán ustedes que estaba? Se le había clavado en el cogote al general en jefe enemigo, de cuyas resultas le entró un apetito tan grande, que se comió crudo el caballo que montaba. Esto sin contar con que del golpe se le reventó un lobanillo y se le abrieron diez y seis flemones que le impedían escribir a la familia, por cuya razón, en cuanto me presenté me abrazó cariñosamente y me regaló cuatro pesetas, dos de ellas falsas.

El pobre lloraba de alegría, y le caía cada lagrimón como un

El Tío Trápala

carnero; tanto, que hizo un charco profundísimo, donde se bañó toda la caballería.

No sabiendo cómoirme, porque el General se empeñaba en hacerme coronel, puse pedales a una cureña y salí escapado, con cañón y todo, como quien monta en bicicleta.

Diez y seis escuadrones salieron en mi persecución. Viéndome perdido, sin cesar de correr disparé el cañón, que estaba cargado de metralla, con tal acierto, que corté a todos los caballos las herraduras, y, no pudiendo correr, tuvieron que volverse a su campamento. Por cierto que vendí

a un prendero en tres reales el cañón y las catorce mil herraduras que quedaron en el campo. ¡Hice un negocio loco! Cuando volví a incorporarme al regimiento le dije al Coronel lo ocurrido y, aprovechando la circunstancia de estar inútil la caballería enemiga, nos lanzamos sobre el ejército francés, y le tomamos las trincheras y un par de botas que se dejaron olvidadas al pie de un árbol. Dentro de cada bota encontré una compañía de zapadores que se habían escondido por miedo a que los fusilaran; pero el Coronel se contentó con pasarlos por las armas, y todos quedaron tan contentos como si se les hubiera echado aceite hirviendo en el cogote.

En el charco formado por las lágrimas del General francés había unas truchas hermosísimas. Yo soy un gran pescador, y así, cogiendo una bayoneta le unté la punta con saliva, y pinchando en el agua con toda mi fuerza, saqué ensartados por las agallas veintidós peces y un calzetín. Cojó la trucha mayor, la pongo en unas parrillas, y apenas se calentó, comenzó a tocar llamada con tal perfección como si fuera yo mismo. De un machetazo le abro el vientre, y detrás de una espina encontré mi célebre corneta, que, aburrida de que nadie la tocara, tocaba ella sola.

En otro combate vino una bala de cañón, y me llevó una pierna; pero, como fué una sola, me dió gran risa ver la bala correr



... me hice una pata de palo...

Cuentos de Calleja

a pie cojuelo por el campo sin saber dónde meterse. La verdad es que si me llega a coger las dos, me fastidia.

Con un pedazo de asta de bandera me hice una pata de palo, y me vine al pueblo a descansar de mis fatigas. ¡Si estaría bien hecha la pierna postiza, que me hice corredor de granos!

Todavía conservo la corneta como recuerdo de mis valentías y habilidades. Por cierto que no hace mucho tuve que sacarla del granero porque empezó a tocar una habanera tan bonita, que todos los granos se pusieron a bailar como desesperados. Por último, la he metido en un estuche formado con una cáscara de calabaza huérfana, donde la guardaré hasta que me muera.

La verdad es que el Tío Trápala, que contaba esto, era el embustero más grande de su pueblo y, si me apuran un poco, de toda España. Porque es verdad que fue corneta, pero en su vida tocó bien; y si se quedó cojo, fue de un palo que le atizaron por huir del enemigo en cuanto sonó el primer disparo.

LA CIUDAD DE FORTUNA

UNA vez había un joven, llamado Ruperto, mozo el más listo y avisado de su aldea, y aun de cuántas se encontraban en veinte leguas a la redonda.

Cierta noche se hallaba en un grupo de chicuelos de su edad que, congregados alrededor de la lumbre, escuchaban con embeleso la relación que de sus aventuras hacía un soldado veterano lleno de cicatrices, que le valieron los modestos galones de sargento de Inválidos.

El narrador se encontraba en el punto más interesante de su relato.

«La gran ciudad de Fortuna —decía— está situada en la cima de una altísima montaña, tan escarpada, que son pocos los que llegan a subirla.

»Allí el oro circula en tal abundancia, que los habitantes no saben qué hacerse del precioso metal.

»De él están fabricadas las casas, de maciza plata los muros de las fortalezas, y los cañones que la defienden son enormes diamantes taladrados.

La ciudad de Fortuna

»Las calles están empedradas con monedas de a cinco duros, siempre nuevecitas, porque en cuanto empiezan a perder el brillo las substituyen con otras acabadas de acuñar.

»Es cosa de ver en qué consiste la limpieza. Lo que mancha es purísimo polvo de oro, que recogen los carros de la basura para tirarlo en grandes espuestas a las alcantarillas.

»Los guijarros en que se suele tropezar son brillantes como avellanas, despreciados a causa de la abundancia extraordinaria con que el suelo liberalmente los prodiga. En una palabra: el que viva allí puede considerar como mendigos a los más poderosos de la Tierra.

»Lo malo es que el camino que allá conduce es áspero y difícil, y sucumben los más sin haber podido llegar a la ciudad del oro.»

Ruperto no echó en saco roto las palabras del soldado; así es que apenas logró ocasión de quedarse a solas con él le preguntó:

—¿Sabe usted por dónde se va a esa ciudad encantadora?

—¡Y tanto como lo sé, hijo mío! Pero no te aconsejo que intentes el viaje.

—¿Por qué?

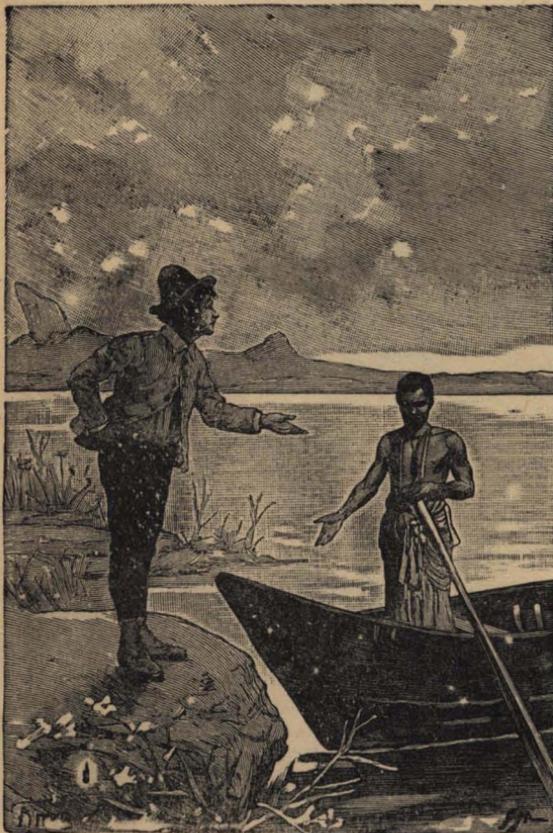
—El camino es largo y penoso. Yo me volví a la primera jornada, asustado de las dificultades que es preciso vencer. Pero en fin, si estás resuelto a marchar, debo advertirte lo siguiente: Para



—¿Sabe usted por dónde se va a esa ciudad...?

Cuentos de Calleja

llegar a Fortuna hay dos caminos, uno muy largo, lleno de piedras y de escabrosidades. Si vas por él, las agudas puntas de los guijarros destrozarán tus pies, y la fatiga te abrumará; te saldrán al encuentro mil dificultades terribles; tendrás que luchar con crueles enemigos, y si por fin logras vencerlo todo, llegarás a Fortuna



ya viejo y extenuado, cuando las riquezas no te sirvan para nada. El otro camino es llano y corto; pero...

—¡Basta! ¡No diga usted más! Indíquelo ahora mismo, que del resto yo me encargo.

—Bueno; te lo indicaré, y quiera Dios que no te pese no haber querido escucharme hasta el final.

Y el rapazuelo, sin despedirse siquiera de sus padres ni de su hermano, echó a andar por donde el viejo soldado le indicara.

Anda que te anda, iba más contento que unas castañuelas pensando en las riquezas que le aguardaban, y que creía tener ya al alcance de la mano.

Al cabo de dos días llegó a la orilla de un caudaloso río. En él había una barca, y en la barca un negro de colosal estatura.

Nuestro mozo se acercó al barquero y le preguntó:

—Buen hombre, ¿se va por aquí a Fortuna?

—Sí, mocito; pero es preciso atravesar el río.

—Bueno; pues pásame usted.

—¿Sabes cuánto cuesta?

La ciudad de Fortuna

—No.

—Cincuenta duros.

—Pero, hombre, ¿tengo yo cara de tenerlos, ni aun de haberlos visto juntos en mi vida? Sea usted complaciente, y pásame de balde.

—Este río, amiguito, no se pasa nunca gratis. Es el primer paso hacia Fortuna, y hay que pagarlo de algún modo. Si no tienes dinero, es igual; déjame que te corte un pedacito de corazón. Quizás te duela un poco al principio; pero luego quedará como si lo tuvieras entero.

Ruperto dejó que el negro le abriese el pecho y le sacara un pedacito de corazón. Cuando pasó a la otra orilla dió un suspiro de satisfacción. El primer paso estaba dado, y ya veía la hermosa ciudad de Fortuna, cuyas resplandecientes murallas despedían hermosísimos reflejos.

Pero notó que tenía mucho menos afán en llegar a la ciudad del oro, y una sensación extraña de vacío en el pecho.

Con todo, siguió su marcha; pero aún no habría dado cien pasos, cuando una nueva dificultad vino a estorbarle el camino. Este se estrechaba entre dos montañas inaccesibles, y la entrada del desfiladero estaba custodiada por otro guardián tan negro como el de la barca.

—¿Adónde vas, muchacho? —preguntó a nuestro mozo.

—A la ciudad de Fortuna.



... de los altos muros se levantaban...

—En efecto, éste es el camino; pero hay que abonar el pasaje. Es un pedacito de corazón.

Sin vacilar abrió su pecho Ruperto, y dejó en manos del terrible portero un manojito de fibras de aquel órgano de la vida.

Y siguió andádo, andando, hacia la ciudad, que a sus ojos se mostraba cada vez más próxima y más hermosa. Pero cada vez sentía menos afán por llegar. Aún no habían terminado las dificultades. El camino se cortaba de pronto formando un terrible barranco; sólo pensar en atravesarlo hubiera sido un delirio. Ruperto creyó fallidas sus esperanzas, y se sentó desalentado en una piedra.

En aquel momento un buitre de gran tamaño bajó desde la cima de una montaña, y acercándosele le dijo:

—¿Quieres pasar? Pues dame un pedazo de tu corazón.

—¡Tómalo y pásame! —dijo Ruperto desesperado.

El buitre hundió su pico en el pecho de Ruperto y sacó un buen trozo de corazón. En seguida cogió a nuestro mozo con sus garras y lo llevó al otro lado del abismo.

¡Entonces sí que estaba a las puertas de Fortuna! Ya podía contar hasta el número de torres que por encima de los altos muros se levantaban, y dió por hecha su felicidad, si es que ésta consiste en el dinero.

En la puerta le detuvieron. Allí el corazón era género de contrabando, y por eso le sacaron lo que le quedaba del suyo, y le pusieron uno de acero muy bonito, pero duro como el diamante. Sólo se libró de la requisa una pequeña fibra que pasó inadvertida detrás del corazón de metal.

—¡Al fin estoy dentro! —dijo Ruperto; pero, con gran extrañeza suya, la ciudad del oro no le produjo sorpresa ni alegría—. ¿Para qué quiero las riquezas —exclamaba—, si he perdido mi corazón y con él mis ilusiones?

Y paseaba por la ciudad mirando con soberano desprecio aquellas riquezas que estaban al alcance de su mano, y que tanto halagaron antes su ambición.

Aquel brillo deslumbrante llegó a molestarle.

—Por lo visto —pensó—, aquí no hay más que oro. ¡Maldito metal, que me has costado mi corazón! ¡Dios mío! ¿Quién me devolverá mi corazóncito?

Buscó amigos; pero no logró hallarlos, porque aquella gente tenía el corazón de acero, y Ruperto sentía que aquella fibilla que le quedaba del suyo le hacía sufrir atrozmente.

Sin amigos ni afectos en aquella ciudad del oro, Ruperto se acordó de sus padres y de su hermano, y lloró amargamente su destino.

Los buñuelos de la Reina

Entonces resolvió volver a la blanca casita de su aldea y vivir en ella como a Dios fuere servido. Al salir de la ciudad sintió una extraña alegría. Pero aquel maldecido corazón de acero le hacía sufrir horriblemente; sólo la fibrilla que le quedaba del suyo palpitaba de gozo dentro del pecho. Siguió el primer camino que encontró, y entonces no halló dificultades. Parecía que le habían nacido alas en los pies. Iba cuesta abajo, y así se marcha muy aprisa.

Cuando llegó a su aldea estaba tan pobre como antes, y, además, aquel corazón frío y duro no le dejaba respirar. Latía con la igualdad de un cronómetro. ¡Tic! ¡tac! ¡tic! ¡tac!

Su hermano fué el primero que le salió al encuentro, lleno de alegría. Le abrazó, le besó, y le acompañó hasta su casa entre los mayores transportes de júbilo.

Pero el corazón de acero no dejaba a Ruperto regocijarse. Las lágrimas no acudían a sus ojos, y sentía en el pecho como una mano que le oprimiese.

Su anciano padre le estrechó en sus brazos, y tampoco logró conmover aquel duro corazón. Ruperto sentía una angustia extraordinaria.

Pero llegó su madre, que corrió desalada hacia su hijo, le abrazó llorando, y sus lágrimas cayeron sobre el pecho de Ruperto. Entonces, ¡oh poder del amor de madre!, aquel corazón de acero apresuró sus latidos, y, no pudiendo resistir más, saltó como salta el roto muelle de un reloj.

La fibrilla era ya un corazón nuevo, y Ruperto un hombre feliz.

Y cuando le hablaban de las riquezas decía:

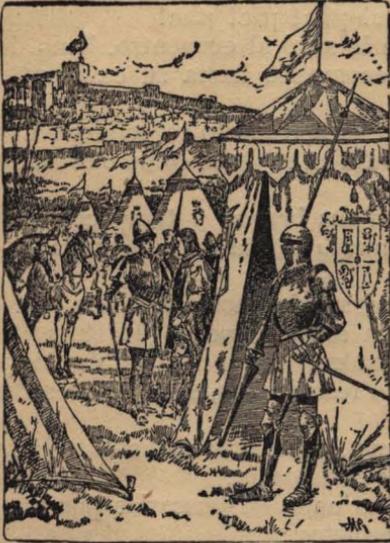
—Dios las dará si conviene; pero nada de buscarlas por atajos a costa del corazón y de las ilusiones.

LOS BUÑUELOS DE LA REINA

Lo que voy a referiros ocurrió hace ya mucho tiempo: aún ninguno de vosotros había comenzado la cartilla ni el Catón; y hasta me comprometo a apostar, sin miedo a perder, que ninguno había comenzado a pedir la papilla ni a tirar de las narices a la nodriza. ¡Como que esto ocurría hace más de cuatrocientos años, allá por el 1492!

Tal vez alguno de vosotros tuerza el gesto como diciendo: pero ¡qué vejeces nos va a contar este hombre! Mas a mí, que estoy acostumbrado a contar y a que me cuenten cosas extraordinarias, alegres e instructivas, me parece de palpitante actualidad referiros cosas del siglo XV. Conque escuchadlo, si queréis; y si os molesto, pedid a Dios que me dé un catarro en los elásticos de las botas o en el bolsillo del chaleco.

Pues habéis de saber, arrapiezos, que en esa época vivían los Reyes Católicos, y, entre otras notables cosas que hicieron, pu-



El ejército cristiano plantó sus tiendas...

sieron sitio a Granada, a la sazón en poder de los árabes. El ejército cristiano plantó sus tiendas en un sitio, que recibió el nombre de Santa Fe, a cosa de una legua de la ciudad cercada, y allí se construyeron casas de lienzo encerado, lo cual dió lugar a que los moros quedaran sorprendidos viendo surgir de la noche a la mañana un pueblo donde el día antes no había más que algunos matorrales y alguna que otra piedra casi tan dura como los garbanzos de la tropa.

Pues ello fue que comenzó el sitio con mucho brío; pero la empresa era difícil, porque en aquel tiempo Granada estaba muy bien defendida por fuertes murallas y castillos y por un considerable número de moros valerosos y bien armados. Porque se puede ser

moro y, sin embargo, dar cada estacazo que encienda el pelo. Por lo cual os recomiendo que dejéis en paz a los que venden babuchas y dátiles, pues, a pesar de ser moros, son hermanos nuestros; y además, porque si les tiráis chinitas o les ponéis un rabo, corréis el riesgo de recibir un puntapié, y os estará muy bien empleado.

Pues, señor, con esto he olvidado lo que iba a deciros, por lo cual tiro los dátiles, me como las babuchas..., digo, al contrario. ¡En fin, que me hice un lío con moros y cristianos!

¡Ah; ya recuerdo! Pues habéis de saber que la noche de Todos los Santos es antiquísima e indigesta costumbre la de comer buñuelos; y no digo de viento, sino de masa, porque tampoco sé dónde tienen el viento los que así se llaman y están rellenos, mientras

Los buñuelos de la Reina

Pues a la reina Doña Isabel se le ocurrió aquella noche comer buñuelos, según la tradicional costumbre (conste que aún no había nacido la tía Javiera); pero se tropezaba con una grave dificultad: que en todo el ejército no se encontró un rancho que se comprometiera a hacerlos como el arte manda.

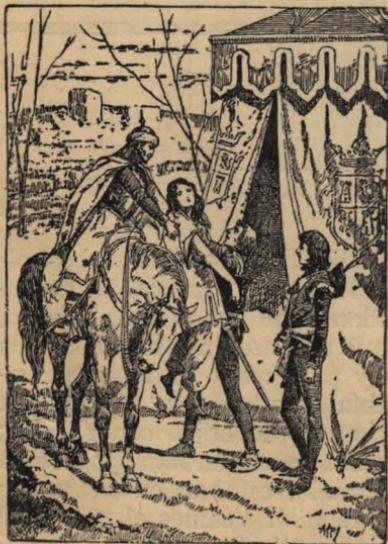
Enterado el Gran Capitán del deseo de la Reina, preguntó quién sabía por allí cerca fabricar esos buñuelos, y le dijeron que en Granada había una mora buñolera que los freía que era un portento; tanto que algunos se habían comido los dedos tras los buñuelos, sólo por el gustillo que les quedaba.

Ni corto ni perezoso, fue a su



¡Servicio del Rey!

tienda Gonzalo de Córdoba, que tal era el nombre del Gran Capitán, y se vistió de moro en un santiamén, montó en su caballo de guerra y se marchó a Granada a todo galope. Al llegar a la puerta gritó en árabe, lengua que conocía perfectamente: ¡Servicio del Rey!, y le dejaron pasar. Llegó a todo escape a la consabida buñolería, y acercándose a la puerta, hizo seña a la buñolera de que se acercase como quien va a encargarle unas cuantas docenas pasadas por un junco. ¡Cómo os relaméis, golosos! La pobre mujer se aproximó al disfrazado caballero, el cual apenas la tuvo a su alcance la cogió por un brazo, y levantándola en alto la sentó sobre el arzón. Sujeta con el brazo izquierdo y enristrando la lanza



...y yo le traigo la mejor buñolera...

con el derecho, picó espuelas al caballo, y éste salió disparado por calles y plazas hasta volver a la puerta de la ciudad. Esta vez arremetió sin decir palabra lanza en ristre, como quien dice: ¡aparta, que mancho!, y aprovechando la sorpresa de los centinelas salió galopando hacia su campamento.

A todo esto, la buñolera no había dicho esta boca es mía, porque creyó que todo lo que le pasaba era cosa de encantamiento, y se había desmayado del susto.

Llegado que fue el Gran Capitán al campamento de Santa Fe con su buñolera, ya más animada, pues el fresco y la velocidad del caballo la habían sacado de su patatús, acercóse Gonzalo a la tienda de los Reyes, y bajándose del caballo, dijo: «Señora, Vuestra Majestad quería comer buñuelos esta noche, y yo le traigo la mejor buñolera de Granada.»

No hay que decir el asombro de cuantos presenciaron o supieron esta escena, y cuánto se celebró el denuedo del insigne guerrero, que así había expuesto su vida por satisfacer un deseo de su soberana.

De esto se deduce que no es prudente arriesgarse en empresas locas por tan fútiles motivos, pues para una vez que salgan bien, ciento salen mal.

Y, en fin, si no creéis lo que he contado, preguntádselo a Diego Pérez de Hita, que es quien lo refiere.

PERDER LO QUE SE BUSCA

EN el empolvado estante de la biblioteca del abuelo yacía olvidado un viejo libro de arañado lomo y carcomidas cantoneras, más estropeado por el abandono que por el uso. Ramiro, un mocete de once años más vivo que una ardilla y más listo que Cardona, se encaramó en una silla y puso mano en aquel polvoriento mamotreto, único que se había librado de su afán de ver si tenía estampas. Le abrió impaciente y le hojeó con rapidez; pero aquellas hojas roídas por la polilla no tenían láminas ni cosa que a las tales se pareciera. En cambio, estaban cubiertas por unas letras raras, que Ramiro no entendió. Veamos el título del libro, dijo; y al abrir la portada vió en ella lo siguiente: *Este es el «Libro de la Sabiduría». Pregunta y serás contestado.*

Perder lo que se busca

—¡Cosa curiosa es ésta—exclamó el muchacho—, y no dejaré de hacer alguna prueba! Veamos. Voy a preguntar: ¿Por qué me gusta tan repoquísimo ir a la escuela?

Apenas hizo la pregunta cuando abrió el libro, encontrando, con gran sorpresa, que en la página que apareció se leía en gruesos caracteres y en castellano muy claro: *Porque eres un holgazán de siete suelas, y vas a tener mal fin como sigas de ese modo.*

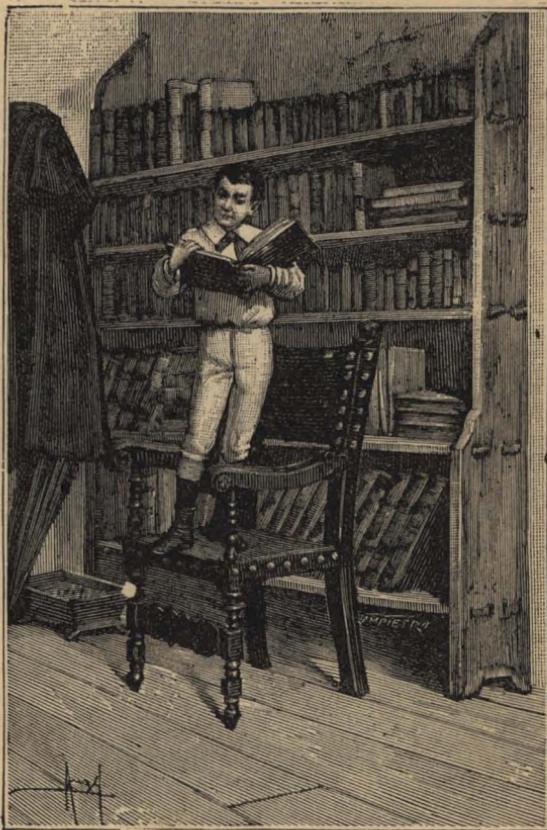
—¡Calla!—exclamó Ramiro—. Pues el libro me ha conocido. Yo soy ése, sobre poco más o menos. Voy a hacer otra preguntita. ¿Cómo podría yo hacerme rico sin trabajar?

El libro contestó en el acto: *Busca a la Suerte, y cuando la encuentres dile que te ayude.*

—¡Vaya: eso me va gustando más!—dijo el muchacho—. Pero ahora necesito saber otra cosa. ¿Dónde está la Suerte? ¿Qué modo tengo de hallarla?

Búscala, contestó el libro, en los combates, en las luchas; allí está siempre, ayudando a unos y volviendo la espalda a otros. Cógela desprevenida, apodérate de ella, y así lograrás sus favores.

—¡Está bien!—dijo Ramiro—. En cuanto vea a la Suerte a mi alcance la cojo por el pescuezo, y ya veremos cómo se suelta. Porque, vamos a cuentas: ¿de qué me sirve estudiar? ¿Para qué se empeña el maestro en meterme la *Gramática* en la cabeza con todo aquello de nominativo, genitivo, y otras zarandajas? ¿Se



Este es el Libro de la Sabiduría.

Cuentos de Calleja

piden los garbanzos en genitivo o en dativo? Pues ¿y la *Aritmética*? ¿Para qué quiero yo saber contar, cuando con mi dinero tendré buenos empleados que me lleven las cuentas? ¡Y no digamos nada de la *Geografía*! ¿Habrás cosa más inútil? ¿Qué necesidad tengo yo de saber dónde está París o Valencia? Con saber



... lanzóse sobre ella...

tros: «¡Aquí está la Suerte de fijo!»

En cuanto llegó al sitio de donde partía el ruido de la contienda vio que estaban luchando a brazo partido un estudiante y su patrona sobre si los garbanzos del cocido de aquel día estaban duros o blandos.

—¡Son de Fuentesauco! —gritaba la patrona arañando a su pupilo.

dónde está la estación del ferrocarril y comprar el billete, ya está uno listo. En fin, que yo coja a la Suerte desprevenida, y el mundo es mío.— Cerró el libro Ramiro, y volvió a colocarlo en el estante de donde lo había tomado.

Aquella noche apenas durmió, pensando en el plan que habría de seguir para obligar a la Suerte a que le ayudara.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, y recordando que el libro le había dicho que la Suerte estaba donde hay lucha, salió de su casa dispuesto a buscar donde hubiera alguien peleando.

De primera intención oyó unas voces, rumor de gresca, y acudió presuroso, diciendo para sus aden-

Perder lo que se busca

—¡Son balas Mauser! —vociferaba el escolar. Y los golpes menudeaban que era una bendición.

—Y a todo esto, ¿dónde estará la Suerte? —preguntaba Ramiro—. Yo creo que los dos son bien desgraciados.

Convencido de que allí no estaba la Suerte, emprendió una nueva caminata dirigiéndose a unas llanuras en las cuales se iba a dar una batalla. Los ejércitos enemigos se divisaban a uno y otro lado del llano, ocupados en fortificar sus respectivas posiciones. Los generales, con vistosos uniformes, recorrían a caballo las filas de sus ejércitos arengándolos para que lucharan con denuedo por que su bandera en vez de una raya azul tuviera un alcorcho verde sobre amarillo. Aquella terrible cuestión era preciso ventilarla a cañonazos, y ver quién mataba más enemigos.

Oyéronse unas descargas y varios vivas. Unos gritaban: «¡Viva el alcorcho!»; y otros: «¡Viva la raya azul!» Por este grave motivo perecieron sobre el campo más de diez mil hombres.

—¿Y dónde estará la Suerte a todo esto? —se preguntaba Ramiro; hasta que de pronto la vio detrás de un cornetilla que apenas tendría quince años de edad. Era la Suerte una joven hermosa, de genio alegre y retozón, que, provista de un cuerno de oro, iba llenando con su contenido los bolsillos de algunos militares. A unos les dejaba caer sobre el pecho una cruz, a otros les pegaba un galón, a esotros un entorchado, y de aquel cuerno al parecer tan chico salía un chorro continuo de apetitosos regalos que hacían pensar en lo inagotable de los dones de la Suerte.

Ramiro, que vio esto, se lanzó sobre ella, y llegó a cogerla por un brazo; pero la Suerte se desasíó dando un tirón, y comenzó a correr a campo traviesa más ligera que un gamo. Detrás corrió Ramiro con tal presteza, que parecía que le habían brotado alas en los pies. Así comenzó aquella tenaz persecución por valles y montañas; la Suerte siempre huyendo de Ramiro, y éste más empeñado que nunca en alcanzarla. De pronto la perseguida se volvió a Ramiro y prorrumpió en una carcajada; le hizo una mueca y desapareció. Ramiro la buscó en vano, y no encontró más que las huellas de su paso. En el camino que seguía había cambiado de forma, y ya era una pobre vieja que daba un buen consejo, ya un médico que curaba a su enfermo, ya un abogado que hacía ganar un pleito, ya un vendedor de billetes de lotería que entregaba a uno el billete que habría de salir premiado; en una palabra, bajo formas tan distintas pasaba al lado de Ramiro, sin que éste se diera cuenta de ello.

—¿Me compras por dos reales este papel? —dijo un día a Ramiro una señora anciana enseñándole un billete de a 1.000 pesetas. Pero el muchacho era un ignorante y no sabía que el 1 se

guido de tres ceros valía mil; creyó que le engañaban, y se negó a dar dos reales por las 1.000 pesetas.

Otra vez, estando muy apurado, quiso entrar al servicio de un caballero, el cual le preguntó si sabía leer y escribir, y Ramiro contestó que sí; pero al dictarle una carta observó que había

escrito *honra sin h* y con *rr*, y *pítima* en lugar de *víctima*.

El caballero le despidió diciéndole:

—Iba a nombrarte secretario mío, y hubieras llegado a ser un hombre de posición; pero tu ignorancia en la *Gramática* te imposibilita para todo.

Lloró Ramiro su ignorancia, y siguió su camino en busca de la Suerte.

En un periódico leyó que en tierras de Navarra se había descubierto una serie de minas de oro en las cuales trabajaba todo el que se presentase; pero Ramiro, que no tenía dinero para tomar el ferrocarril, tuvo que ponerse en camino a pie, y sin saber a ciencia cierta por



Y metiendo la mano en el cuerno de oro...

dónde ir, a causa de su ignorancia geográfica. Cuando al cabo de mil fatigas logró llegar a la mina, ya no había plaza para él. Al darle la triste noticia vio pasar por detrás del encargado de la mina a la retozona Suerte, que al cruzar le hizo un burlesco mohín.

Ya descorazonado, Ramiro no intentó perseguirla, convencido de que era inútil empeño querer coger a la Suerte cuando ella se propone no dejarse alcanzar. Lloró su desdicha amarga-

Perder lo que se busca

mente y volvió a su casa lleno de dolor. Allí lo primero que hizo fue abrir el *Libro de la Sabiduría* y preguntarle la causa de sus desventuras. El libro fue muy elocuente:

«No basta querer para alcanzar la Fortuna. Son muy pocos los que sin méritos reciben sus favores. En cambio, el estudio, el trabajo y la perseverancia son otras tantas Suertes que tiene siempre el hombre al alcance de su mano. ¿Quieres hallar la Suerte sin que pueda escapársete? Ve a la escuela, estudia, sé bueno, y te verás el mejor día sorprendido por sus favores.»

No cayó en saco roto la advertencia: sin pérdida de tiempo comenzó Ramiro a asistir a las clases con un ardor extraordinario; aquellos nominativos y genitivos que tan inútiles le parecían comenzaron a entrarle en el caletre y a aficionarle a las operaciones aritméticas. Nada digamos de la *Geografía*, pues la tomó tan a pechos, que llegó a aprenderse de memoria los pueblos principales de todas las provincias españolas, para lo cual los puso en música. Aún recuerdo cómo cantaba los de la provincia de Guadaluajara a toque de corneta:

Atienza, Sigüenza,
Molina de Aragón;
Cogolludo, Cifuentes,
Sacedón.

Y luego de estribillo:

Congostrina
y Hiendelaencina.

En una palabra: se hizo un mozo de provecho; y hete aquí que un día recibe la noticia de que había llegado al pueblo un extranjero que necesitaba alguien que le sirviera de secretario particular. Presentóse Ramiro; le admitió, y tan útil fue a su jefe, que éste al ausentarse del pueblo le llevó consigo a Londres, y allí le puso al frente de una casa de banca, donde pronto hizo una espléndida fortuna.

Un día que hacía la cuenta de su capital, apareció junto al libro de notas la simpática figura de la Suerte, que, apoyando el codo en la mesa, le dijo:

—Cuando querías que te protegiera, eras indigno de mí. Ahora que lo mereces mira cómo no te regateo mis dones.

Y metiendo la mano en el cuerno de oro que colgaba de su cintura dejó caer sobre Ramiro cuantos regalos pudiera ambicionar.

Después fue desvaneciéndose como un sueño, y dijo muy bajito, a modo de despedida:

—Si todos hicieran lo que tú, no tendría tiempo de recompensar a tanta gente.

Conque, lectorcitos, ya lo sabéis: aprended en el ejemplo de Ramiro como si hubierais tenido en vuestra mano el empolvado *Libro de la Sabiduría*.

KHAN KILIN-KON-KUN

UN formidable estrépito de trompetas y tambores anunció en la capital del Imperio japonés que Su Majestad tenía algo que ordenar a sus súbditos. Los heraldos y trompeteros iban por las esquinas de Yeddo repitiendo a grito pelado la voluntad del Emperador, y los transeuntes la escuchaban de rodillas y con la frente en el suelo; postura tan respetuosa como molesta.

Oigamos lo que dicen:

«¡Escuchad, bárbaros que tenéis la honra inmerecida de ser súbditos del gran Khan Kilin-Kon-Kun, el protegido del Dragón Blanco de las cinco uñas, descendiente en línea recta del Elefante Verde, y en línea oblicua del Gran Pájaro sin cola, plumas ni alones! ¡Escuchad, asnos! ¡Escuchad, imbéciles! ¡Escuchad, escuchad, escuchad!»

A cada insulto los espectadores se daban de calabazadas contra el suelo, gritando:

—¡Gracias, señor! ¡Qué boca de oro! ¡Bendito sea tu pico!

«Habéis de saber —continuó el heraldo— que Su Majestad Imperial ha decidido casar a su respetable e impepinable Chin Chirrin Chin, príncipe de todas partes, con la ilustre o zarrapastrosa japonesa que sea capaz de bordar las armas imperiales en la punta de una aguja de marfil de las que emplea Su Majestad para rasarse las orejas cuando le pican.

»Nadie se presente sin estar, segura del triunfo; porque a la que no ejecute el bordado ha dispuesto el Emperador —¡Dios le colme de salud por su bondad!— que le claven la aguja en la rabadilla para que le sirva de adorno y además no pueda sentarse a gusto en toda su vida.»

Acabado el pregón, heraldos y trompeteros se fueron a repetirlo por las demás esquinas de la capital del Imperio, llevando

Khan-Kilin-Kon-Kun

detrás inmensa muchedumbre de curiosos dispuestos a aprenderse de memoria.

Desde el día siguiente todas las damas japonesas empezaron a ensayarse en el bordado para presentarse al concurso; porque eso de ser princesa del Japón de la noche a la mañana era para dislocar a las jóvenes menos ambiciosas.

Vivía en Yeddo una pobre viuda con tres hijas hermosísimas que se ganaban la vida bordando esos pañuelos tan lindos que causan admiración a quien los contempla.

La mayor se llamaba *Chingeo*, que significa *Amor de su madre*; la segunda, *Ka-Ki-la*, que significa *Golondrina ligera*; y la menor, *Chu-Ka-Fu*, que significa *Luz de la selva*.

Las tres hermanas eran habílísimas, sobre todo la última, que bordaba unos pájaros hermosísimos con lindísimas colas de colores. Amor era algo ambiciosa; Golondrina tenía suma envidia a sus hermanas, y muy especialmente a Luz. Esta, en cambio, era un ángel de bondad que idolatraba a su madre y quería entrañablemente a sus hermanas.

Cuando llegó a noticia de esta familia el pregón del Emperador, *Amor de su madre* se levantó con mucho orgullo de la silla diciendo: ¡Al fin se va a hacer justicia a mis méritos! ¡Yo seré la princesa del Japón!

Golondrina no la dejó concluir, gritando:

—¿Siempre has de ser tú la preferida? ¡Caramba con la niña; todo quiere llevárselo!

—Pero, hermanas—interrumpió la menor—, ¿os estáis peleando por el Príncipe antes de merecerle?

—¡También querrá esta mocosa casarse con el heredero del trono!—gritaron las dos hermanas.

—¡Quién sabe!—dijo modestamente Luz.

Allí fue de ver el alboroto que promovieron. Por envidia, las hermanas mayores se unieron contra la menor y le propinaron una paliza monumental. Al día siguiente no le permitieron sen-



¡Escuchad, escuchad, escuchad!

tarse en la mesa, y la hicieron comer en la cocina un poco de pan regado con sus lágrimas.

Entretanto, las dos se preparaban para presentarse al concurso, y comenzaron a trabajar haciendo el escudo del Imperio cada vez de menor tamaño, con la esperanza de llegar a bordarlo en la punta de la aguja de marfil. Al fin se creyeron en condiciones de aspirar al premio, y presentaron su correspondiente solicitud.

Había que saber lo que cada una de ellas pensaba de la otra.



Las tres hermanas eran habilísimas...

Amor decía para sus adentros cuando miraba a Golondrina: «¡Y creerá esa tonta ganar el premio! Se llama Golondrina; pero va a tener cola.»

Entretanto, Golondrina decía: «¡Con esas manazas querrá mi hermana bordar el escudo en la punta de una aguja! ¡No va a ser aguja la que van a ponerle en la rabadilla! ¡Y me alegraré, por presumida y por necia!»

No fueron ellas solas las que se disponían a entrar en concurso. Multitud de muchachas a quienes la magnitud del premio tenía vuelto el juicio se rompían los dedos a bordar y se gastaban la vista en aquel trabajo tan pequeño.

Sólo *Luz de la Selva* siguió tranquilamente sus habituales trabajos, sin importarle un comino del escudo imperial ni del Príncipe heredero.

La orgullosa y la envidiosa comenzaron a adelgazar del poco comer y del mucho discurrir, hasta el punto de que llevaban camino de quedarse más delgadas que la aguja de marfil del Emperador.

Tantas fueron las solicitudes presentadas, que encareció el papel en Yeddo; y los memorialistas se hicieron ricos, porque muchas de las aspirantes no sabían escribir.

Luz de la Selva tampoco resistió a la tentación de hacer su memorial; pero, a diferencia de todas, escribió el suyo de este modo:

Khan-Kilin-Kon-Kun

«Señor: Lo que pide Vuestra Majestad para otorgar la mano de su hijo es una cosa imposible. Esto sin contar con que el Príncipe imperial puede ser más feo que un mono y más malo que la quina, y entonces hay que perdonar el bollo por el coscorrón. Guárdese Vuestra Majestad su Príncipe heredero, y haga acopio de marfil para las cien mil rabadillas que habrá que adornar el día del concurso; pero seguramente no se contará entre ellas la de vuestra súbdita

Luz de la Selva.»

Llegó el concurso, y se vió que, en efecto, no había ninguna capaz de realizar el prodigio de bordar en marfil y en sitio tan reducido, no ya el escudo imperial, pero ni siquiera la corona, y entonces el Emperador leyó la atrevida instancia de Luz de la Selva. Mandó que la llevaran a su presencia; pero sus hermanas la habían arrojado de su casa por miedo a las iras del Emperador.

La infeliz salió de Yeddo a pie y sin recursos, hasta que llegó a la orilla del mar. Se sentó en la playa pidiendo a Dios consuelo en sus cuitas, cuando obscurecióse el agua y asomó la cabeza un pez enorme.

—Luz de la Selva—dijo el pez—, móntate sobre mi lomo y déjate conducir.

La pobre, llena de terror, obedeció sin darse cuenta; y apenas se hubo montado sobre el lomo del pez, cuando éste se convirtió en un hermoso barco con velas de púrpura y remos de plata. En la proa estaba un gallardo joven que parecía el jefe de la embarcación, el cual, acercándose a la asombrada joven, le dijo:

«Yo soy el Príncipe heredero del Imperio japonés, a quien ha encantado la prudencia de tu solicitud. Lo que mi padre pedía era imposible, y lo hizo para probar el caletre de sus súbditas.

»De las cien mil tontas que se han presentado no hay una que no haya salido llevando en la rabadilla marfil para diez bolas de billar. Sólo tú has tenido la discreción de no presentarte y el valor de decir la verdad. He aquí dos hermosas cualidades que te hacen digna del trono.»

Luz de Selva bajó los ojos con modestia ante tales elogios, y aceptó la mano del Príncipe.

Púsose el barco en movimiento, oscilaron sus remos de plata con el rudo impulso de ocultos marineros, y a poco la dorada nave llegó al puerto de Yeddo, donde fue recibida con salvas de artillería, matracas y cohetes. El rey Khan Kilin-Kon-Kun salió a la regia escalinata para presenciar el desembarco y saludar a su futura hija política, a la que calificó de la mujer más lista de todo el Imperio.

Cuentos de Calleja

—¡Ven acá, buena pieza! —dijo sonriendo el Emperador—. Me debes una explicación por tu memorial, que era un tanto irrespetuoso, y debo confesarte que estuve dudando entre degollarte o hacerte princesa; pero este muchacho —añadió señalando al Príncipe— dijo que era una gansada pensar en hacerte daño, y yo, por no ser ganso, te perdoné. Vas a ser princesa y tienes derecho a pedirme una gracia.

—Señor —exclamó Luz de la Selva—, quisiera que mis hermanas vinieran a la corte conmigo.

—Sí, papá y muy señor mío —agregó el Príncipe—, que vengan las hermanas de mi esposa.

—¡Callad, tontos! —gritó el Emperador—. ¡Todo os lo concederé menos eso! ¡Dos cuñaditas a vuestro lado! Yo tuve una, y a poco entrego el pellejo. ¡Fuera, fuera! Sé lo que han hecho contigo, hija mía. Mas ya que tienes tan buen corazón, las haremos marquesas, condesas, duquesas; lo que te dé la gana; pero que no vengan por acá, o hago que les metan por la coronilla una viga de moler aceituna.

Amor fue Marquesa de la Rabadilla, y Golondrina, condesa de la Cola de Marfil, en memoria de los adornos que llevaron, y les fueron arrancados por intercesión de su hermana.

La madre de las tres tuvo una espléndida casa donde nada le faltaba, ni siquiera el cariño de su hija Luz, que, siendo ya Alteza Serenísima, iba todos los días a pasar algunas horas al lado de su madre.

Amor se hizo poner la corona de marquesa hasta en la suela de las botas, y Golondrina, la de condesa en las sortijas y en el vestido; pero todo el Imperio se reía de su presunción y su orgullo.

Por cierto que la envidiosa Golondrina se desesperaba porque condesa es menos que marquesa. ¡Cómo rabiaba de ver marquesa a su hermana!

Al fin se casaron; y como eran tan malas, quisieron insultar a sus maridos con sus títulos, lo cual dio lugar a que ellos, con dos



Luz de la Selva bajó los ojos con modestia...

Lluvia de oro

palos dorados les dieran una buena paliza, exclamando siempre con el mayor respeto:

—¡Tome V. E., señora marquesa!

—¡Tome V. E., señora condesa!

Y al decir esto, las solfeaban de lo lindo, hasta que las curaron de su orgullo en tales términos, que cuando oían decir condesa o marquesa daban un grito creyendo que venían los esposos con el dorado garrote a reventarlas.

La discreción y la sinceridad premiadas: he aquí la moraleja del cuento; e intentar lo imposible es necia temeridad.

LLUVIA DE ORO

Los habitantes de Farsalia dormían a pierna suelta cierta calmosa noche del verano, cuando empezó a descargar sobre la población una horrorosa tormenta. Los que despertaron al ruido de los truenos se cubrieron la cabeza con la colcha de la cama, y continuaron durmiendo como si tal cosa.

De pronto comenzó a llover, lo cual no es decir que cayera agua del cielo, porque el ruido no tenía ni el más remoto parecido con ese cansado martilleo que producen las gotas de agua al estrellarse contra el suelo y los tejados.

Más bien se asemejaba a una granizada tremenda de las que aplastan las mieses, descalabran a las personas y hacen pedazos las tejas.

Pro el rumor producido se diferenciaba bastante del de la piedra al caer, porque, si no es los habitantes de Farsalia, nadie ha oído el granizo botar contra el suelo con el mismo agradable tintineo que haría una lluvia de monedas de a cinco duros. El ruido metálico, atronador y alarmante sembró el miedo más colosal en el corazón de los farsalienses o farsantes, porque con uno y otro nombre se los conoce en la Historia.

—¡Si caerán capuchinos de bronce! —pensaron algunos.

Ello fue que toda la población pasó la noche sin poder conciliar el sueño y temiendo que de un instante a otro se vinieran al suelo las casas a impulsos de aquel desconocido golpeteo.

El más valiente sacó la mano por una ventana, y recibió porrazos violentísimos que se la pusieron llena de cardenales; pero al retirarla se trajo bien sujeta una de las gotas que caían, y al abrir la mano dolorida, ¡júzguese de su asombro!, halló una hermosísima onza de oro, una pelucona del propio Carlos III, cuyo recuerdo se ha perdido en la noche de los tiempos.



Ver aquello y echarse a la calle toda la familia, fue la misma cosa.

—¡Aunque nos mate la lluvia —decían— tendremos el consuelo de morir nadando en oro!

Por fin se hizo de día, y a los rojizos fulgores de la mañana vieron los farsantes el espectáculo más extraño que se haya presenciado en tiempos pasados, presentes y futuros.

La plaza principal de la ciudad estaba convertida en estanque inmenso de onzas de oro, del cual partían arroyos del mismo metal a todo lo largo de las calles de la población.

... y echarse a la calle toda la familia...

Para poder salir de las casas era preciso retirar con palas las monedas que obstruían las puertas. Por abreviar tiempo, algunos se descolgaban por los balcones, y empezaban a recoger a toda prisa aquellos inesperados tesoros, dándose tal maña, que en sólo dos días y dos noches de trabajo incansable fue recogida aquella enorme cantidad de monedas, que representaría la friolera de veinte o treinta mil millones de pesetas.

Y hete aquí a la ciudad de Farsalia, capital de la isla de su

Lluvia de oro

nombre, inmensamente rica, y la riqueza distribuída tan por igual, que pedir más fuera estúpida gollería.

La fatiga rindió a los farsantes, y durmieron como unos benditos todo un día.

Al siguiente se levantaron a cosa de las doce y se pusieron a contar sus tesoros, prometiendo todos no volver a trabajar en lo que les quedase de vida.

Había allí un zapatero remendón, que, descontento de su suerte, siempre estaba renegando de los ricos, que se proporcionan trajes elegantes y grandes comodidades con su dinero.

Este *desinteresado* menestral fue de los que primero se echaron a recoger monedas, y no fue de los que menos reunieron.

Y—¡cosa notable! —lo primero que se le ocurrió fue ir a casa del sastre y encargarse un traje soberbio.

Fue a casa de su vecino, que era maestro en el arte de vestir, y dándose tono y empaque de personaje mandó que le tomasen medida de un traje lleno de bordados de oro.

Pero el sastre, lleno de dinero, dijo que acababa de tirar todas las agujas por la ventana, había aplastado los dedos y arrinconado las tijeras, y que no sería él por cierto quien volviera a hacer trajes para nadie.

—¡Y a mí no me eche usted roncas, porque tengo para ahogarle a usted en onzas de oro!



... se descolgaban por los balcones...

—¡Y yo a usted! —rugió el zapatero.

Volvióse triste a su casa por esta primera contrariedad.

—La verdad es —decía— que el dinero no debía haber caído sobre las casas de los sastres.

Inmediatamente se fue a pedir un carruaje para pasearse por la ciudad; pero el alquilador de coches le dijo:

—Amiguito, acabo de dejar el oficio, y no será usted el que me haga enganchar los caballos. Además, los lacayos y los cocheros se me han declarado en huelga, y no hay manera de complacer a usted.

— Al menos — pensaba el zapatero cuando se volvía a su casa — compraré buenas provisiones, y esta noche me daré un hartazgo de cosas buenas.

Otra decepción: las tiendas de comestibles estaban cerradas, y los tenderos decían:

—Ya no volvemos a ponernos al mostrador para aguantar la impertinencia de los compradores. Lo que tenemos es para



¡Zapatero, a tus zapatos!

nosotros, que nos lo iremos comiendo poco a poco.

Los panaderos, carniceros y demás proveedores de comestibles habían hecho lo propio, y el zapatero y su mujer, mientras contemplaban su enorme montón de peluconas, tuvieron que contentarse con un pedazo de pan y otro de queso por toda cena. Los funcionarios del Estado presentaron la dimisión de sus des-

tinios, y no se encontraban ministros, ni subsecretarios, ni escribientes por un ojo de la cara.

El Rey se encontró sin corte, sin gobierno y sin comida y a los pocos días hubo un hambre tan horrorosa en toda Farsalia, que era de ver cómo la gente iba a caza de ratones, gatos y perros para comérselos.

La ropa se les caía a pedazos a aquellos infelices millonarios, que no tenían ni con qué cubrir su cuerpo ni con qué llenar su estómago, y todos hubieran perecido miserablemente sin la intervención de un hombre de talento, el único que no había recogido ni una sola moneda de las llovidas del cielo.

Convocó al pueblo en la plaza pública, y le dirigió la siguiente o parecida arenga:

«Ciudadanos farsantes: Un hecho providencial acaba de poner de manifiesto la estupidéz de los que se figuran que la riqueza está en el dinero.

»Todos vosotros lo tenéis a espuestas, y todos estáis ahora peor que los mendigos de antes.

»¿Queréis recobrar la tranquilidad? Pues tirad otra vez ese oro al arroyo de donde lo habéis cogido, y vuelva cada cual a su trabajo.»

Así se acordó entre aplausos y vivas, y Farsalia volvió a ser lo que siempre: una ciudad laboriosa y tranquila donde reinaba la sabrosa paz del trabajo.

—¿Y el zapatero? —preguntarán los lectores.

El mismo día que se decretó la expulsión del dinero puso en su tienda un rótulo que decía:

¡Zapatero, a tus zapatos!

LOS DOS OSOS

PUES, señor, éste era un hombre que tenía un oso, un magnífico oso negro, llamado *Dik*, con el cual iba de pueblo en pueblo y de feria en feria enseñándolo por todas partes y ganando muchos cuartos.

Porque daba gusto ver al animalito. Danzaba, saltaba y pedía el dinero con la pandereta tan graciosamente, que no había forma de negarse a dar el socorro con tanta gracia pedido.

El hombre estaba contentísimo, y cuidaba a *Dik* como a su propia persona. Al fin y al cabo, era el sostén de la familia.

Cierto día el pobre animal enfermó, y murió a pesar de los cuidados de su amo. Este lloró amargamente sobre el cadáver del pobre *Dik*, porque aquella muerte representaba su ruina.

Un criado del domador se acercó a su atribulado amo y le dijo:

—No te apures. Yo he ideado un medio de que sigas ganando dinero como hasta ahora.



Danzaba, saltaba y pedía...

—¿De qué modo? —preguntó entre sollozos el domador.

—Manda que desuellen al oso, que curtan su piel, y yo me la pondré de manera que no se me distinga de un oso verdadero.

Así se hizo, y el oso falsificado encantó a la gente mucho más que el legítimo.

Porque el nuevo, además de danzar y saltar como aquél, conocía la moneda, saludaba graciosamente al que echaba diez céntimos en la bandeja, se inclinaba con respeto ante el que echaba veinte, y se arrodillaba ante el generoso donante cuando el regalo pasaba de esta suma.

Y así recorrió nuestro hombre con su oso de mentirijillas casi toda España, hasta que por males de sus pecados quiso su

desdicha que fuera a dar con sus huesos a Túnez.

El Bey, que es el Jefe de aquella región, era un gran aficionado a osos. Puede juzgarse de su alegría al ver que podía apoderarse de tan precioso e inteligente animal.

Llamó al domador, y le ofreció una fuerte suma por el oso. El hombre, como era natural, se resistía a vender a su criado.

Y éste, que se hallaba presente mientras el Bey ofrecía el dinero, dijo en voz baja a su amo:

—¡Por Dios, no me vendas!

Pero el Bey era hombre brutal, y dijo al domador:

—O me vendes el oso, o me quedo con él a la fuerza y mando que te degüellen ahora mismo.

Los dos osos

No hubo remedio: el pobre domador se separó con lágrimas en los ojos de su criado, dejándole abandonado a graves peligros.

Si el Bey se enteraba de que era un oso falsificado, su muerte era cierta.

¡Pobre muchacho!

El monarca dijo a sus lacayos:

—Llévadle con el oso blanco que tengo en el patio. Quiero ver si riñen o se hacen amigos

El oso negro se estremeció.

Si el blanco se convencía de que era un hombre, había llegado de fijo su última hora.

Por eso al entrar en la jaula se arrió cuanto pudo a los hierros, esperando pasar inadvertido. ¡Empeño inútil! El oso blanco se levantó en cuanto vió al recién venido, y se abalanzó contra él.

Viéndose en el último extremo, el oso falso echó mano de toda su energía, y haciendo grandes esfuerzos consiguió derribar a su rival. En el momento de darle un puñetazo en la cabeza gritó el oso blanco:

—¡Ay, Dios mío!

—¿Conque no eres oso? —preguntó en el acto, lleno de asombro, el que hacía de oso negro.

—¿Ni tú tampoco? —repuso el oso blanco.

Entonces empezaron a conversar acerca de su vida, y para mayor comodidad se quitaron las cabezas de osos, que tenían sujetas con unos resortes.

De pronto se oyó ruido, y para no ser sorprendidos se pusieron en el acto las cabezas postizas y fingieron reñir.

Pero, con la precipitación, cambiaron de cabezas, y el oso blanco tenía la negra, y el negro la blanca.

¡Júzguese de la sorpresa del Bey, que llegó en aquel instante!

Asombrado por el tremendo fenómeno, mandó llamar al domador, y éste en cuanto vió lo ocurrido se explicó claramente el engaño.

—¡Tan oso es el blanco como el negro! —dijo para sí.



... se resistía a vender a su criado...

Cuentos de Calleja

—¡Vamos! —exclamó el Bey—; explicadme esta rareza nunca vista por nadie. ¿Cómo es posible que en el breve espacio de dos horas se haya realizado tan descomunal transformación?

—¡Ah, señor! —dijo doblando la rodilla el domador—. Sepa tu sabiduría que la causa de todo esto es muy clara y comprensible. Mi oso, no acostumbrado a la lucha, ha tenido tal temor, que ha encanecido de repente, como suele acontecerles a algunos reos de muerte la víspera de su ejecución.

—Lo del tuyo me lo explico —contestó el Bey después de una breve pausa;—pero lo que no comprendo es que encanezca el oso blanco poniéndosele negra la cabeza.

—Pero, señor, ¿no sabéis que las canas de los osos blancos son negras? Si así no fuera, no se les conocerían.

Maravillado y suspenso quedó el Bey durante un buen espacio, hasta que después de reflexionar dijo:

—Me conformo con tu explicación; pero que degüellen a los osos, y así nos convenceremos de que cada cual tiene su cabeza.

Entonces, aterrado el domador, se echó a las plantas del Bey, y los osos se quitaron las cabezas postizas demandando perdón.

... cambiaron de cabezas...

Compadecido el Bey de sus desventuras, y conociendo que la culpa del engaño la había tenido él mismo, perdonó a los fingidos osos, y además les regaló mucho dinero, mandando que en los reales archivos se hiciera constar aquella peregrina aventura.

Desde entonces el Bey cree a pie juntillas que no hay osos verdaderos en el mundo, y en cuanto ve uno de esos animalitos le dice al oído:

—En confianza, ¿cómo te llamas?



SU EXCELENCIA ROMPESOBRES

CHON-CHUN-CHIN era uno de los más apreciables sabios chinos. Su fama había llegado hasta el trono imperial, y el Monarca, hombre generoso, si los hay, premió de un modo extraordinario el talento de aquel su distinguido súbdito otorgándole el permiso de llevar dos filas de botones en el traje, honor que no se había concedido a nadie en todo aquel reinado.

Chon-Chun-Chin recibió con dignidad aquella tremenda merced, capaz de volver loco de alegría a cualquier chino dé cabeza menos firme que la suya. El favorecido pidió prestados los botones y se los cosió como pudo él mismo, porque estaba tan pobre que no tenía ni para hacer cantar a un ciego.

Y la verdad sea dicha; el hambre le apretaba de tal suerte, que, dejando a un lado toda filosofía, nuestro sabio se comió una vez medio tomo de un libro en pergamino en cuyas hojas estaban copiados nada menos que 800 cantares del *I-king*, libro santo para aquella buena gente.

Pero nuestro sabio no desmayaba (más que de necesidad). Seguía trabajando sin descanso, con la esperanza de que llegase el día feliz en que pudiera salir de apuros y miserias. Escribió un libro con 80.000 versos dedicados a ensalzar las glorias del emperador, y éste, protector decidido de la literatura, volvió a llamar a Palacio al inspirado poeta, y por su propia mano—¡honor inaudito!—le puso en la cabeza una pluma de pavo real.

Chon-Chun-Chin quedó reconocidísimo ante magnanimidad tan enorme; pero aquella noche, cuando para acallar el estómago chupaba un pedazo de suela, no dejaba de pensar en el ave propietaria de aquella pluma y en el gusto con que se hubiera comido un muslito cuando menos.

El pobre enflaquecía a ojos vistas, pues del mucho escribir y del poco comer traía tan ligeros de carnes los huesos, que éstos amenazaban desmenuarse como un libro sin pasta el día menos pensado.

Y tan apurada vino la cosa, que, después de dos días de ayuno, el infeliz se vio precisado a salir a un camino a pedir limosna, aprovechando la obscuridad de la noche para no ser reconocido.

Volvió al día siguiente a Palacio, donde fué recibido con gran-

des muestras de respeto y simpatía a causa de su doble hilera de botones y de la consabida pluma. Compuso una oda al Sol, y el Monarca, entusiasmado, le dió un alto cargo; el de *Gran Correvidile* de su Majestad Imperial.

Lo malo es que aquel destino era honorífico solamente y no tenía sueldo de ninguna clase.

El *Gran Correvidile* de Palacio tuvo aquella noche un hambre horrenda, de esas que hacen época en la historia de los estómagos. Y es que los honores por sí solos no alimentan ni siquiera lo que una sopa de ajos. Por una chuleta no muy grande hubiera cedido el sabio su magnífico destino.

—Y el caso es —decía con amargo desconsuelo— que yo sé Filosofía, Matemáticas, Física, Química, Astronomía, Medicina y Literatura, y con todo eso no gano lo que el mancebo de una tienda de comestibles. ¡Nada: aquí

... le puso en la cabeza una pluma de pavo real...

en Pekín no puedo vivir; me voy a cualquiera otra ciudad del Imperio donde den de comer a los sabios!

Y como lo pensó lo hizo. Metió todo su ajuar en un pañuelo no muy grande—¡tan pocas cosas tenía!,—y unos ratos a pie y otros andando, tomó el camino de Cantón, sin temor de que le robasen los malhechores que rondaban por aquellas sendas, donde



Su excelencia Rompesobres

no se había visto nunca el tricornio de un guardia civil, por la sencilla razón de que, si los hay en China, no deben de gastar esa prenda en su uniforme.

Antes de marcharse se despidió de la ciudad a la china y con unos versos, chinos por supuesto, que, traducidos al castellano, dicen poco más o menos, con sus ripios y todo:

Se despide de Pekín
Y marcha para Cantón
El sabio don Chon-Chun-Chin,
Para ver si logra al fin
Mejorar de situación.

Y anda que te anda iba nuestro hombre por la carretera adelante más apurado que garbanzo en boca de hambriento; y tanto le molestaba el estómago, que llegó a pensar en la conveniencia de tropezarse con los ladrones.

—Por muy ladrones que sean—decía—, no lo serán tanto que me nieguen un poco de arroz.

Y todo se le volvía mirar a un lado y otro del camino en busca de los malhechores.

Por fin vió satisfechos sus deseos. Al volver un recodo de la carretera se encontró a los bandidos con las armas preparadas y en disposición de desbalijar al primero que pasase.

Grande fué la sorpresa de los ladrones al ver la cara de risa del profesor Chon-Chun-Chin, que con el mayor regocijo se les acercó diciendo:

—Caballeros ladrones de toda mi consideración y aprecio: tenía mucha gana de almorzar y de encontrarme con ustedes, porque traigo....

—¿Dinero? —gritaron los ladrones con alegría.

—Un hambre que no veo —siguió el profesor—; y pensaba acudir a su buen corazón para que me diesen algo que meter entre pecho y espalda.

—Y tú —dijo el capitán de los ladrones—, ¿qué nos darás en cambio?

—Le dedicaré a usted un soneto, una oda a su suegra, un epitalmio a su madre... ¡Lo que usted quiera!

—¡Que baile! —gritaron los bandidos.

—¡Ah, señores! —exclamó Chon-Chun-Chin—. Poseo seis lenguas vivas...

—¡Que se vean!

—Quiero decir idiomas, señores ladrones, porque lengua no tengo más que una; y tal es mi desmayo, que no sé si está viva o muerta.

Los ladrones se compadecieron del pobre, y le dieron algunos comestibles.

Cuentos de Calleja

Así que nuestro sabio hubo aplacado el apetito preguntó a los ladrones cómo podría pagarles su caridad.

—Hablando al Rey por nosotros y pidiéndole que nos indulte —exclamó el capitán—. No hemos asesinado a nadie, y prometemos ser hombres honrados.



Así lo ofreció el bueno de Chon-Chun-Chin, y acto seguido volvió a tomar, bien a pesar suyo, el camino de Pekín, adonde no pensó volver en toda su vida.

Al día siguiente de su llegada fue a Palacio, y allí pidió una audiencia al Emperador. Este se la otorgó de buen grado, y nuestro hombre contó su aventura de esta manera:

—Señor, iba por uno de los caminos que arrancan de la capital de vuestro dilatado Imperio uno de vuestros súbditos más queridos, cuando de pronto se sintió atacado

—¿Dinero?—gritaron los ladrones con alegría.

a traición por un adversario tan formidable como invisible.

Comenzaron a luchar, y bien pronto vuestro súbdito amado conoció que era imposible toda resistencia. Su adversario había hecho presa en el vientre, y no tenía medios de libertarse. En este apuro pasan unos ladrones, los cuales, movidos a compasión, mataron al traidor y salvaron la vida a vuestro amigo. ¿Qué merecen esos hombres por su caridad?

—Que se les perdonen sus culpas pasadas —repuso el Empe-

Su excelencia Rompesobres

rador—. Pero —añadió— ¿quién era ese súbdito, y cuál su traidor enemigo?

—Pues el enemigo era el hambre, y el súbdito y amigo nuestro... era yo.

El Rey se enfadó al oír esto, pues creía que era una censura directa a su persona.

—¡Di qué es lo que pides, porque juro no complacerte! — exclamó irritado.

—Pues os pido que no perdonéis a los ladrones — dijo el sabio.

Y ¡claro! como el Emperador había jurado no complacerle, tuvo que perdonar a los forajidos.

Aquel rasgo de ingenio le hizo reconciliarse con el Emperador, que volvió a otorgarle otro cargo: el de *Gran Rompesobres* del Imperio.

También aquel cargo era muy honorífico, pero gratuito. Y era de ver cómo aquel gran señor recibía verdaderos homena-

jes de gente bien mantenida, mientras que su excelsa persona, el día que más, llevaba una onza de comida en el estómago.

Entonces ya no pudo contenerse, y el primer día que hubo recepción en Palacio procuró quedarse a solas con Su Majestad, dispuesto a aprovechar la menor circunstancia para decir al Emperador su apuradísima situación.

Estaban los dos asomados a una ventana, cuando vieron a un



Estaban los dos asomados a la ventana...

Cuentos de Calleja

perro que se lanzaba sobre un hueso, y a otro perro que pretendía disputarle la presa dando recios gruñidos.

El sabio hizo como que prestaba atención a lo que los perros pudieran decirse, y soltó la carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó el Emperador.

—De lo que están diciéndose esos dos animalitos.

—¿Sabes tú el lenguaje de los perros?

—Ladro regularmente; y si quiere Vuestra Majestad que le refiera la conversación que han sostenido, yo se la repetiré punto por punto. Pues ha sido la siguiente: Decía al primero el segundo perro:

«¿Por qué tienes tanto afán en comerte un pedazo de hueso tan pelado, que el propio Chon-Chun-Chin, a pesar del hambre que tiene, no se atrevería a chuparlo?»

—¿Y cómo sabes tú que tiene hambre Chon-Chun-Chin, que es un elevado funcionario de Palacio? —contestó el otro.

—Porque ha sido mi amo; y si no me largo de su casa, a estas horas me hubiese comido. Es verdad que es un funcionario elevadísimo y que el Monarca le colma de honores; pero más valdría que le diese más comida y menos cargos, porque ahí donde le ves, al lado del Emperador, estoy seguro de que hace dos días que no ha comido.»

—¿Y es verdad eso? —preguntó el Emperador.

—Exactísimo, señor.

—¿Cómo no lo has dicho antes?

Y llamó a su tesorero, dándole orden de que facilitase un buen sueldo al sabio Chon-Chun-Chin para que no volviese a tener hambre en su vida.

Y es que los honores sin algo sólido en que apoyarlos son más bien perjudiciales que convenientes.

LA ISLA DE LOS BRILLANTES

A toda vela navegaba el bergantín *Esperanza* por el mar de la China cuando le sorprendió un violento temporal. Fue tan rápido el suceso, que no dió tiempo a prevenirse, y el capitán, que era un lobo de mar, como se llama a los marinos que se han

La isla de los Brillantes

curtido ante el peligro, no previó que aquel vientecillo de hacía un instante había de trocarse tan pronto en un violento huracán. Rompióse el timón al embate de las olas, y el buque fue arrastrado por el ciclón sin medios de defensa: la tripulación y el bergantín estaban perdidos.

Todos creyeron llegado su último momento, pues infaliblemente el barco se estrellaría contra las peñas que a corta distancia se veían, cuando el capitán dio un grito que calmó la ansiedad de todos los corazones.

—¡La isla de los Brillantes! —exclamó; y al momento todos se asomaron para contemplarla.

—¡Bueno! —dijo un marinero—. ¡Esa será la isla de los Brillantes; pero si al chocar con ella me rompo la cabeza, lo mismo me da que sea contra un canto que no valga dos reales que contra un diamante que valga diez millones!

—Tienes razón —contestó el capitán—; pero el temporal ha amainado un poco, y todo se reduce a que botemos las lanchas al agua y en ellas nos acerquemos a la costa.

En efecto, pocos minutos después, todos los tripulantes, menos uno, se embarcaron en los botes y marcharon a la isla, que no muy lejos se divisaba.

En el bergantín quedó un pasajero aragonés, llamado Antonio, que se había empeñado en llegar a Manila, y dijo que seguiría en el barco hasta que él solo llegara a la capital del archipiélago magallánico.

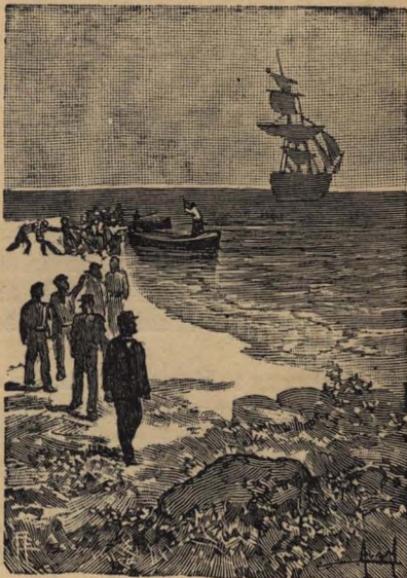
—¡Pero, hombre —le decían—, no sea usted loco! ¿No ve que irremisiblemente perecerá?

—Eso ya lo veremos; pues yo voy a Manila, aunque sea a nado.

Y no hubo medio de convencerle, por lo cual le abandonaron a su suerte. Las lanchas se separaron del buque y se encaminaron a la isla de los Brillantes.

Entretanto, el capitán decía a sus compañeros de naufragio:

—La isla está habitada por unos enanos de mal genio, que



Se internaron en la isla.

Cuentos de Calleja

matan al que les incomoda, y en cambio, al que les parece amable le otorgan cuanto quiere. Así pues, señores, os recomiendo la moderación.

Ofreciéronlo así, y a poco tocaron tierra las embarcaciones en una pequeña playa. Desembarcaron, varando las lanchas con objeto de que el oleaje no las rompiera, y se internaron en la isla.

Apenas habían andado cosa de un kilómetro cuando divisaron una porción de casitas de ladrillo, blancas como la nieve y de forma singular. Parecían tinajas boca abajo. Todas las casitas tenían una puerta y una ventana muy pequeñas.

—Eso debe de ser—dijo el capitán—la ciudad de los enanos. Tened ahora mucha precaución, porque éste es un momento de peligro.

—Pero ¿dónde están los brillantes?—preguntó un marinero.

—Están en aquella montaña que empieza al lado de la población. Toda ella es inaccesible menos por un estrecho sendero, cuya entrada tienen los enanos cuidadosa y fuertemente defendida.

En esto sonó una especie de corneta, y asomó una flecha por cada ventanita. Era que habían dado la señal de alarma, y los enanos se aprestaban a la defensa.

El capitán ató un pañuelo al extremo de un palo, y con aquella improvisada bandera hizo señas de que sus intenciones eran pacíficas.

Entonces salió una Comisión de enanos a parlamentar con ellos; entendiéronse por medio de signos, y al fin convinieron en dejar a los náufragos entrar en la población, pero con los ojos vendados.

Sometiéronse a esta condición, y al punto fueron rodeados por buen número de guardias, que los maniataron y los encerraron luego en unos calabozos muy pequeños; tanto que los recién llegados tuvieron que estar en cuclillas casi todo el día porque tocaban con la cabeza en el techo.

Al día siguiente fueron llevados a presencia del jefe de los enanos, que era el más chico de todos; pero debía de ser el más ilustrado, porque después de haberles preguntado en varios idiomas cuál era su nacionalidad, les habló en castellano de este modo:

—¿Qué os ha traído a esta isla? ¿No sabéis que el que viene a ella no vuelve a salir nunca? ¿Acaso os ha movido el deseo de enriqueceros? Pues estáis muy equivocados, porque las riquezas que hay aquí son para nosotros. De modo que ya sabéis cuál ha de ser vuestra suerte: O morir, o ser nuestros esclavos.

Al decir esto se acercó a los sorprendidos marineros una multitud de enanos, que sin darles tiempo a defenderse los ataron y de nuevo los condujeron a sus prisiones.

A todo esto, el bergantín *Esperanza* seguía abandonado a

La isla de los Brillantes

merced de los elementos, y nuestro aragonés, sin miedo a nada, se sentó tranquilamente en la proa, diciendo al buque:

—A Manila tengo que ir; conqué tú verás lo que haces.

El viento y las olas fueron empujando al buque, hasta que una mañana, vencida ya la tempestad, se encontró Antonio en una especie de puerto natural, donde el buque encalló sobre la arena.

—¡Bueno, ésta debe de ser Manila!—exclamó; y lanzándose desde la borda al agua, en dos zancadas alcanzó tierra, no sin haber tomado antes como medida de precaución un revólver, un fusil, un sable y una canana llena de cartuchos.

—Lo que es por falta de armas no me echarán de Manila—dijo; y anda que te anda, nuestro buen Antonio, con el fusil al hombro, comenzó a buscar gente a quien preguntar por dónde se iba a la capital del archipiélago hoy perdido para los españoles.

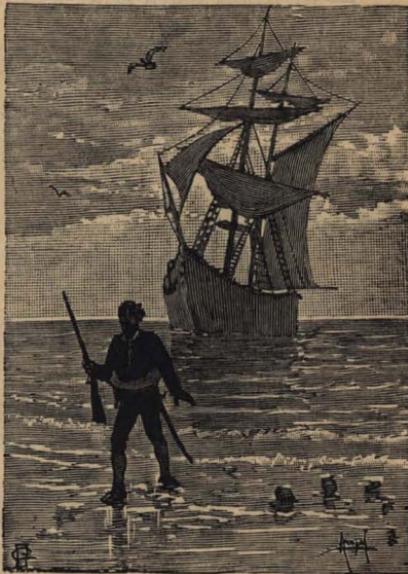
Al cabo de unas cuantas horas de camino encontró a dos enanos, que sentados en el suelo jugaban a las tres en raya con unas piedras cuyo brillo deslumbraba. Acercóse el aragonés a los jugadores y les dió las buenas tardes; levantaron la cabeza los enanos, le miraron con desprecio, y siguieron jugando.

—¡Que os he dado las buenas tardes—gritó el aragonés—, y en mi tierra, cuando le hacen a uno un desprecio, ya se sabe lo que pasa!

Volvieron a mirarle los enanos sin darse por entendidos, y entonces Antonio de dos soberbios puñetazos echó a rodar a los enanillos presumidos.

Uno quedó atontado y no pudo moverse; pero el otro echó a correr dando gritos, y desapareció. El aragonés curó al enano y le retuvo.

Durante varios días siguieron en el monte, y en este período logró Antonio aprender unas cuantas frases del extraño idioma que hablaba el enano, y éste aprendió otras cuantas en español, con lo cual llegaron a entenderse perfectamente. Ambos amigos se



Tocó tierra.

contaron sus historias respectivas. La del enano era breve; se llamaba Fu-frí y era capitán de coraceros de la guardia; y como allí no se conocían los caballos de veras, iban montados en unos de caña tan guapamente, que llamaban la atención. Le contó además que unos gigantones que habían llegado días antes estaban presos e iban a matarlos ó a hacerlos esclavos. En cuanto dio las señas de los prisioneros gritó Antonio:

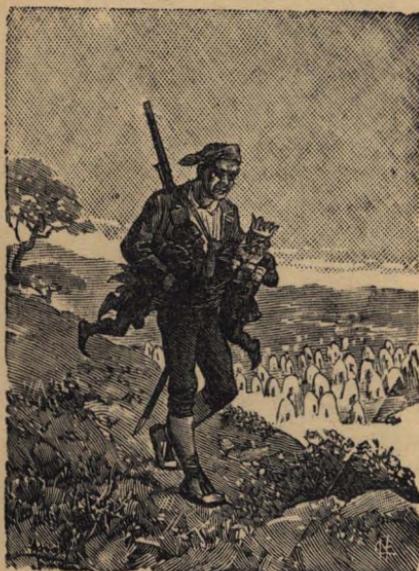
—¡Esos son los míos! ¡Ya no voy a Manila hasta sacarlos del atolladero!

—Mientras estés aquí—dijo Fu-frí—no corres peligro; porque mis compañeros no suben a los montes, pues se cansan mucho y están todos sometidos a régimen facultativo que les prohíbe fatigarse; pero en cuanto bajes al llano te acometerán, y son más de tres mil.

—¡No me importa; sabré defenderme!

—Pues te recomiendo una cosa. Cuando entres en batalla yo te señalaré cuál es la compañía de tiradores que lleva flechas envenenadas. Dispara contra ellos y puedes reírte de los demás.

Así pasó. En el momento en que bajó del monte se vio Antonio acometido por las avanzadas del ejército enano. Fru-frí le indicó la compañía de las flechas terribles, y el aragonés la dejó muerta a tiros y a sablazos.



Con sus dos enanos bajo el brazo...

—¡Ahí está nuestro rey!—gritó Fu-frí señalando a un enanillo que apenas levantaba dos palmos del suelo.

—Pues con tu rey voy a tratar inmediatamente.

Y cogiéndole con delicadeza por el cuello para no lastimarlo, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Llegó al lado de una encina que tendría sus dos varas de alto, y sentándose a la sombra, sacó al rey de su bolsillo y le dijo:

—¿Dónde están los prisioneros? O me los devuelves, o éste es el momento en que se te acaba la estatura, la corona y la vida.

El rey enano contestó en español que entregaría los prisioneros y cuanto quisiera a cambio de su libertad; y en efecto, nuestro

La isla de los Brillantes

hombre, con sus dos enanos bajo el brazo, se encaminó a Enanópolis, que así se llamaba la población. Ya en ella, puso al rey en el suelo para que recobrase toda su dignidad, y el Monarca mandó poner en libertad a los prisioneros españoles.

Cuando éstos reconocieron a su libertador no sabían qué hacer para manifestarle su gratitud.

—¿Sabéis cómo?—dijo Antonio—. Pues llevándome a Manila, que tengo prisa.

—Pero, hombre —contestó el capitán—, ¿y vamos a salir de esta isla sin llevarnos algunos brillantes?

—¿Y dónde están?—preguntó el aragonés.

—Allá en lo alto de ese monte —le dijeron.

—¡Toma! Pues entonces estuve yo entre ellos y no hice caso. Verdad es —añadió— que lo que yo necesitaba era comida, y hubiera dado por media libra de carne asada todos los diamantes de la Tierra.

Finalmente, fueron todos al monte, cogieron los diamantes a puñados, y cuando no podían más se volvieron hacia el sitio donde estaba encallado el bergantín. Después de unos cuantos meses de trabajo consiguieron ponerle timón nuevo y unos mástiles pequeños, pero suficientes para hacer andar al buque. Hiciéronse a la mar, y por fin llegaron a Manila, con gran satisfacción del aragonés, que exclamaba:

—¿No dije a ustedes que el bergantín me llevaría a Manila?

El enano Fu-frí no había querido separarse de su amigo, y le acompañó a todas partes, llamando la atención con su barba larguísima y su menguada estatura. El pobre tenía que ir cantando por la calle para que no le pisaran por no verle.

A poco volvieron todos a España, donde vendieron sus diamantes y compraron buenas fincas, fundando una colonia agrícola, en la cual vivieron todos como hermanos.

Y colorín colorado,
este cuento ha terminado.

MELCHOR CASCARRABIAS

UNA vez había un zapatero llamado Melchor, tan jorobado de cuerpo como avieso y torcido de espíritu. Su boca no se abría sino para blasfemar, y era tan insufrible su carácter, que tenía fama de mal genio en toda la comarca.

Su esposa era, por el contrario, un verdadero dechado de perfecciones, hermosa como un sueño y buena como un ángel. Sufría resignada los crueles martirios del zapatero, y pedía incesantemente a Dios que tocara aquel corazón empedernido.

El jorobado no cesaba de maldecir su suerte cada vez que le salía mal un par de botas o dejaba de pagarle un parroquiano, cosa tan común en aquellos tiempos como en los presentes.

Y lo peor del caso era que él muy bruto desahogaba su mal humor golpeando a su esposa con el tirapié, mientras juraba como un endemoniado.

¡Cosa rara! Cada vez que comenzaban las palizas, una pobre mujer, vieja como una encina y tan cana como un monte nevado, cruzaba por la puerta y decía:

—¡No te desesperes, Melchor, que más padece el príncipe Azafrán!

Tantas veces repitió el estribillo, que el zapatero tuvo deseo de saber quién era aquel príncipe y cuáles los padecimientos que le aquejaban.

—Un príncipe —decía— no es posible que sufra lo que yo.

Así fue que el primer día que volvió a pasar la vieja la llamó, y con el acento áspero de siempre le dijo:

—Oye, vieja asquerosa: ¿por qué dices siempre que me oyes lamentarme que sufre más el príncipe Azafrán?

—Porque tus padecimientos son goces al lado de los suyos. Si quieres convencerte, sigue mi consejo. Toma este ovillo de hilo y vete con él a la cima de aquella montaña; lánzale al aire desde allí, y síguele, que él te guiará adonde puedas convencerte de lo que digo.

Melchor aceptó gustoso el ofrecimiento, y despidiéndose de su esposa con una buena paliza, se encaminó a la montaña que la vieja le indicara.

Ya en la cima tiró el ovillo, y éste comenzó a correr con la velocidad de un caballo al trote.

Melchor Cascarrabias

Melchor le seguía jadeante, y cuando, ya rendido, no podía más y se dejaba caer al suelo, el ovillo se detenía hasta que nuevamente se ponía en marcha el zapatero.

Por fin, después de tres horas de marcha, llegó el ovillo a la entrada de una gruta, y en ella desapareció seguido por Melchor.

El ovillo se volvió luminoso y alumbraba el camino subterráneo, que terminaba en una maciza puerta de hierro. Abrióse ésta al contacto del ovillo, y Melchor se encontró al lado de una vidriera de colores desde la cual se veía el interior de un espléndido palacio. La habitación más inmediata era un comedor espacioso adornado con todo el lujo que puede concebir la fantasía. El oro, el nácar y las piedras preciosas brillaban en las incrustaciones de los techos y en las molduras de los tapices. El pavimento era de jaspes y pórfido granate, y las mesas, de blanquísimo mármol con adornos de oro. Era la



.. golpeando a su esposa con el tirapié.

hora de la comida, y apareció la corte con el Príncipe a la cabeza. Era éste un hermosísimo joven con grandes ojos azules de triste y benévola mirada. Su cabello, de color azafranado, le había valido el nombre de príncipe Azafrán.

Ocuparon todos sus asientos, y el Rey fué por su esposa, la reina Arpía, que era precisamente todo lo contrario que su marido. Su cara horrible y asquerosa, tenía todas las repugnancias

imaginables; y su cuerpo, jorobado y deforme, más la hacía parecer un monstruo que un ser humano.

Y aun todo esto era nada en comparación con las cualidades morales de la Princesa. Su carácter era tan fiero como su nombre, y no había calificativo injurioso que no dirigiese al Príncipe a

cambio de los halagos y caricias que éste le prodigaba.

En la mesa fue testigo Melchor de las mil atenciones que el príncipe Azafrán tenía con su esposa. El plato de la Princesa era el más espléndidamente servido, y su vaso de oro, el que se llenaba con los vinos más exquisitos.

La Princesa devoraba con glotonería los manjares, y bebía como una esponja, hasta que se embriagaba de un modo repugnante.

Entonces abría boca para decir los más feroces insultos al Rey y a los cortesanos, y, llena de furor, porque no le contestaban, iba a esconder su rabia en las habitaciones de Palacio.

El zapatero comprendió todo el sufrimiento del príncipe Azafrán, recordó a su mujer, tan hermosa y tan resignada, y tuvo algo así como un remordimiento. Quiso volver a su casa; pero hizo ruido en la puerta, los guardias le descubrieron, y le llevaron preso ante el Príncipe para que explicara su presencia en aquel escondite.

Melchor contó al Príncipe de cabo a rabo todo lo ocurrido, y el Príncipe le dijo, mirándole con la dulce tristeza de sus ojos:



Melchor le seguía jadeante...

Melchor Cascarrabias

—Razón tenía aquella pobre vieja en decir que sufro más que tú, y de fijo que sin vacilar te cedería mi corona y mi reino a cambio de lo que tú tienes por crueles desdichas. Vuelve a tu casa, y celebra tu felicidad con tanto regocijo como resignación tengo yo para soportar mi desventura. Pero no te volverás tan pobre como has venido: el príncipe Azafrán quiere quitarte todo motivo de disgusto para que seas feliz.

Y llevándole al tesoro de Palacio, le invitó a que se llevara todo el oro que pudiera resistir en unas alforjas.

Además, le regaló un magnífico vestido para su esposa, y un espejo para que se mirase.

El zapatero no se hizo rogar: se llevó una cantidad de oro bastante para tirar todas las hormas y herramientas del oficio, y se despidió del Príncipe con el deseo más violento de llegar en seguida a su casa.

La jornada fue larga; pero al fin llegó al oscurecer a la puerta de su vivienda, donde su esposa le esperaba llena de terror.

—¡Abre, animal —gritó Melchor—, que traigo mucho dinero!

La pobre mujer abrió temblando la puerta de la casa. El zapatero entró, y dejó caer al suelo las alforjas, que produjeron un agradable sonido metálico.

—¡Dame de cenar pronto! —rugió el zapatero—. ¿Qué haces? ¡Pareces boba! ¡Anda, y tráeme lo mejor que haya en el pueblo!

La infeliz trajo succulentas viandas, que se comió el zapatero



La pobre mujer abrió temblando la puerta...

Cuentos de Calleja

sin dejar nada a la pobre mujer, la cual se contentó con un pedazo de pan por toda cena.

Te traigo un vestido riquísimo, ¡so bestia! Pero no quiero que te lo pruebes hasta mañana.

A pesar de la curiosidad natural, la mujer se resignó con dulzura a las órdenes de su marido.

—¡Bueno! —exclamó—. Mañana me lo probaré, o cuando quieras.

—¡Pues no! —gritó el zapatero—. ¡A mí no me fastidias con esa hipocresía! ¡Vas a probártelo ahora mismo, porque te lo mando yo!

Y sin poder contener su ira, dio a su mujer un puñetazo.

La bondad de su esposa le ponía fuera de sí.

Sin gana, pero obedeciendo a su esposo, la mujer se puso el traje regio, y, cogiendo el espejo, se miró en su limpio cristal. No pudo contener su admiración al verse tan hermosa, y dio un ligero grito de sorpresa. El espejo desapareció, convirtiéndose en una nube, que la transportó al palacio del príncipe Azafrán.

Cabalgando en otra nube, pero en dirección contraria, llegaba la princesa Arpía a la casa del zapatero. Este se había quedado dormido, y no pudo advertir el cambio realizado.

Al poco rato despertó, llamó a su mujer, y en vez de la hermosísima que el Cielo le concediera, se encontró con aquel terrible monstruo que había atormentado al príncipe Azafrán.

Quiso arrojarla de su casa; pero la princesa Arpía se le agarró a la cara como un gato, le arañó, le pegó y le hizo correr como un galgo por toda la casa.

—¡Desde hoy —le dijo— eres mi víctima, y ya verás cómo te quito el mal genio!

En efecto; a los pocos meses moría de disgusto Melchor, y de rabia la Princesa al ver que ya no tenía a quién martirizar. ¡Siempre es desdichada la suerte de los malos!

Entretanto, la viuda del zapatero habitaba el palacio del príncipe Azafrán, con el cual se desposó, viviendo en perpetua dicha. ¡Siempre los buenos encuentran recompensa!

Los llamaron los príncipes felices, y parece que, en efecto, lo fueron.

EL AUTOR DE LA MURALLA

NINÍN leyendo en un periódico: «Están empezando a derribar la gran muralla de la China».

—¿Es verdad? ¿Dice eso el periódico?

—Mírelo usted —contestó Ninín enseñándome el papel donde se estampaba la noticia.

—Bueno —le contesté—; me alegro, porque para lo que servía... ¿Quieres que te cuente un cuento?

—¿El de la muralla china?

—Pues verás: Una vez había en aquel país un rey llamado Tsi-Ching-Hoang-Ti (¡vaya un nombre!), con una coleta larguísima. Los chinos se perecen por la gente de coleta; tanto, que no consideran en España a más personas que los toreros, por la coleta que gastan.

Pues el rey de mi cuento era tan falto de dientes como sobrado de trenza, y tenía un estómago donde cabía la mitad de su reino. ¡Vaya un hambre canina! Cada cinco minutos bostezaba, y en todas las habitaciones de Palacio había empleados cuya única misión era colocar un huevo cocido en la boca del Monarca en cuanto éste comenzaba a abrirla. ¡Y qué boca! Algún pretendiente distraído metió en ella su memorial, creyendo que era el buzón correspondiente.

Una noche, estando durmiendo, dio un soberano respingo Tsi-Ching-Hoang-Ti (¡qué trabajo, Dios mío, llamarse así una persona), e incorporándose en el lecho gritó:

—¡Tengo una idea!

Los guardias gritaron alborozados:

—¡El Emperador tiene una idea!



—¡Tengo una idea!

Cuentos de Calleja

Y todos los funcionarios palatinos y la familia imperial acudieron a la regia cámara a felicitar a su Emperador.

—¡Qué día tan fausto! —exclamaban—. ¡Es la primera vez que esto sucede en China! ¡Tener una idea!

—Sí, queridos súbditos —dijo enternecido el Monarca—; tengo una idea para evitar los desmanes de los tártaros que nos atropellan cada lunes y cada martes. Y esa idea es... (todos se arrodillaron para escuchar aquellas sublimes palabras), es preguntarnos si se os ocurre algo para evitarlo.

—¡Muy bien pensado! —dijeron a coro los cortesanos.

—Para eso comenzaré por interrogar al ministro de la Guerra.

El ministro clavó la cabeza en el suelo, y dijo:

—Señor, de aquí a mañana contestaré a Vuestra Majestad; pero yo tengo entendido que para evitar que nos atropellen, lo que debemos hacer es no dejarlos en el país.

—¡Vaya! —exclamó el Emperador—. Pues para ser la idea de un ministro de la Guerra, no está del todo mal. Se levanta la audiencia, y hasta mañana.

Y mascando un huevo cocido que acababan de ponerle en la boca, se recostó de nuevo en el lecho y se durmió, después de haber soltado aquella idea tremenda que había tardado en formarse cerca de cuarenta años.



Metiéronse en un palanquín.

Aquella misma noche consultó el ministro de la Guerra con los capitanes generales; éstos, con los tenientes generales; éstos, con los mariscales de campo, y así sucesivamente hasta llegar a los sargentos, que preguntaron a los soldados, sin encontrar quien se atreviera a proponer ningún plan, hasta que un soldado del pelotón de los torpes, y el más torpe del pelotón, dijo:

—¡Pues cerrando con una tapia!

—¡Basta, so bruto! —gritó el Oficial, y le dio un cachete.

El Oficial dio como suya la idea al Comandante, y éste le ascendió a teniente. El Comandante también se apropió la idea, y le hicieron coronel, y así fueron ascendiendo todos menos el pobre

El autor de la muralla

soldado, que estaba fregándose la cara con arena para quitarse la señal del bofetón.

Cuando el ministro de la Guerra manifestó lo conveniente que sería construir una muralla encantóse el Emperador, se encantó la corte, y todos quedaron encantados.

—¡Y decían que mi ejército era una manada de gansos!—exclamaba el Rey.

Acto seguido se discutió las dimensiones de la muralla y los materiales que habían de entrar en ella. Un ingeniero dijo que había de tener seiscientas leguas de largo y que para reunir materiales a propósito era necesario pedirlos al Genio de las piedras, único que podía ayudarlos en tan extraordinaria empresa. Mas lo difícil era que tenía que ir a pedir esta ayuda el propio Emperador; ¡y quién molestaba con tan largo viaje a Su Majestad!

—Eso no importa —exclamó Tsi-Ching-Hoang-Ti—, habiendo huevos cocidos en el camino.

Metieronse en un palanquín el Emperador y el ingeniero, y poco después se ponían en camino en busca del Genio de las piedras. Detrás iba otro palanquín con una cocina, y luego otros cien palanquines llenos de huevos cocidos.

A los veinte días de marcha llegaron los expedicionarios al pie de las montañas de Chuang, y allí reposaron. Sólo el Emperador y el ingeniero podían subir a la morada del Genio, situada entre horribles precipicios, y por eso Su Majestad y su acompañante se atiborraron los bolsillos de huevos cocidos para el camino. Llegados que fueron al pie de la gruta donde el Genio habitaba, les salió al encuentro una lluvia de cascotes que a poco los deja allí.

Al Emperador le brotó tal chichón, que no parecía sino que le había salido por allí alguno de los cien mil huevos que había comido; al arquitecto, una teja mal intencionada le afeitó de raíz la trenza, de lo cual recibió el pobre mucha pena, porque tenía la coleta ya tres metros, y todavía estaba creciéndole. Encogióse el Rey, y subió con denuedo, dispuesto a degollar al atrevido que



Cayó sobre ellos una lluvia de piedras.

Cuentos de Calleja

apedreaba, y por fin se encontró en la cámara del genio Marmolillo, que le recibió con mucha cortesía, preguntándole el objeto de su visita. Cuando el Emperador se lo manifestó dióse el Genio una palmada en la frente, que sonó como dos piedras que chocan.

—¡Pues es verdad!—exclamó— ¡Y no haberseme ocurrido! Verdad es que tengo la cabeza de piedra berroqueña. Pues bien—añadió—; yo te ayudaré, y con mi ayuda y con la de todos los chinos puede que en veinte años la veas concluída.

En efecto; cuando volvió Tsi-Ching-Hoang-Ti a la corte, dispuso que todos los chinos de quince a cincuenta años fueran a la frontera para comenzar las obras; y a los pocos días sesenta millones de operarios trazaban la muralla y se ponían a trabajar con ardor verdaderamente chino.

Esto hace veintiún siglos, caballero Ninín; de modo que aún no habías tú estudiado la cartilla, cuando ya estaba concluída la muralla, que, como después se vio, no sirvió para nada, sino para hacer que los tártaros llevaran escaleras. Volvieron a invadir la China y se hicieron los reyes de ella. Con ellos empezó la dinastía llamada tártara, lo mismo que la célebre salsa que tanto te gusta.

—Bueno; pero también me gustaría que tuviera el cuento alguna moraleja.

—Pues allá va: Que las verdaderas murallas para defendernos de nuestros enemigos son nuestra fe en Dios y en la justicia de nuestra causa.

GUISADO DE CONEJO

AQUEL día todo se volvían corrillos en el colegio. Había una conspiración tremenda contra el cocinero.

Vamos a ver por qué.

El del *gorro blanco*, como le llamábamos, se había negado a facilitar pan y queso a algunos de nuestros compañeros que por su desaplicación y mala conducta merecieron que el profesor les dejara sin comida.

El hecho era gravísimo, y exigía un castigo ejemplar. Pues qué, ¿el otro cocinero no guisaba tan bien como éste, y, sin embargo, socorría a los infelices castigados?

El mentecato tendría que acordarse de nosotros.

Era preciso, indispensable, que le echaran ignominiosamente

Guisado de conejo

del establecimiento, y así lo decretamos los cincuenta y dos internos con fallo inapelable. Ni la bula de Meco iba a valerle.

El hombre cumplía con su deber haciendo efectiva la condena que imponían los profesores; pero la verdad sea dicha, el anterior era un bonachón que no podía ver a nadie hambriento, y no se perdía trozo de jamón, queso o algo por el estilo que no se lo encontrara en el bolsillo el desapicado.

El pobre se murió, de puro bueno sin duda, y, para castigo nuestro, la suerte nos deparó un jefe de cocina seco como un alambre, de rostro avinagrado, pelo de azafrán, ojos de clavo y labios de pimienta. De tal suerte, que su cabeza parecía una caja de especias. Y a pesar de esto los manjares se resentían de la falta de condimentos, especialmente de sal, lo cual daba lugar a no pocas bromas a costa suya.

Además estaba enfermo del estómago, y sabido es el mal carácter que sin poderlo remediar toman los que tal afección padecen. Así es que se ponía insufrible.

Digo todo esto para quitarme cierto escozorcillo de remordimiento que me asalta al recordar la mala pasada que le jugamos y que fue como sigue:



... seco como un alambre...

Cuentos de Calleja

—Señores y queridos compañeros—dije yo, que era el mayor y más atrevido—: para lograr nuestro propósito es preciso que me obedezcáis sin vacilar. Lo primero es estar seguros de que no hay entre nosotros *soplones* que vayan con el cuento al director. ¿Juráis

callaros, pase lo que pase?

—¡Lo juramos!

—respondieron como un eco quince voces.

—Pues bien; que salgan dos de vosotros al pasillo, no sea que algún oído indiscreto sorprenda nuestra conversación.

En el acto Luis Sánchez y otro, cuyo nombre no recuerdo, salieron al pasillo en calidad de escuchas para atisbar si algún profesor se aproximaba.

—Compañeros — continué —: el golpe hay que darlo esta noche, porque me he enterado por el pinche de que tenemos de principio guisado de conejo. Y yo lo siento mucho, pero hay que degollar inmediatamente al



... arqué el lomo, erizó los bigotes...

pobre *Minino*, a ese hermoso gato romano que ha compartido con nosotros los días del infortunio...

—¡Eso no!—contestó López, alumno de segundo año que apenas contaría nueve de edad— ¡Yo defiendo a *Minino*, y no se le toca! ¡Pobre animalito! Ayer mató dos ratones que me habían roído la Gramática latina.

Guisado de conejo

—¡Así la tendrías de cuidada!—dijo otro.

—¡Que se calle ése!—gritó un tercero.

—¡Silencio, señores!—grité—. Aquí no puede haber más que una voluntad, si hemos de conseguir nuestro deseo. Si no me atendéis, me callo, y se acabó todo. Pereceremos a manos de ese cocinero sin alma, sin conciencia y sin sal. (Este parrafillo lo tenía yo preparado como golpe de efecto.)

Todos gritaron:

—¡Habla! ¡Habla!

El odio al cocinero venció los escrúpulos, y después de madura reflexión se acordó lo siguiente:

Primero. Cazar a *Minino*, que, como si oliera la quema, se había subido al tejado.

Segundo. Matarle con todas las reglas del arte y desollarle.

Tercero. Esconder la piel en un patinillo adonde echaban generalmente los desperdicios de la cocina.

Cuarto. Volver todos boca abajo los platos al servirnos el principio.

Quinto. Que, como jefe de la conspiración, fuera yo el que diera al Director las explicaciones convenientes.

Para realizar el primer acuerdo designé a los más aventajados alumnos de la clase de gimnasia, los cuales en un dos por tres estuvieron en el tejado corriendo de un lado para otro llamando a la pobre víctima de nuestro horror al cocinero.

Pero *Minino* no estaba para bromas. Siempre he creído que el instinto de esos animales es más fino de lo que se cree, porque el gato, en vez de acercarse mansamente como de costumbre, arqueó el lomo, erizó los bigotes y abrió la boca bufando como un desesperado.

Por fin se le cazó, aunque no sin trabajo, y sacando algunos arañazos de la refriega.

La segunda parte fue la más lastimosa. Pasemos por alto la terrible operación y las precauciones que adoptamos para que no se oyeran los mayidos. ¡Pobre *Minino*!

Llevado felizmente a cabo el segundo acuerdo, el tercero no ofreció gran dificultad. La piel fue escondida debajo de un pedazo de estera vieja, y el cuerpo del delito recibió honrosa sepultura en el corral.

Para desagravio de la raza gatuna se compusieron versos a la memoria del difunto ensalzando las bellas prendas que le adornaban. Recuerdo que unos, los mejores, que se debían a la brillante pluma de un alumno de Retórica, especie de Espronceda en canuto, decían así:

Cuentos de Calleja

AL HEROICO «MININO»

Tu gracia y tus andares, sandunguero,
Te hicieron el mejor entre tu gente;
Fuiste el gato romano más valiente
Que colegios pisó en el mundo entero.
Tu recuerdo será imperecedero,
Ya que tuviste un desdichado fin.
¡El pobrete mayaba hasta en latín,
Y fue toda su vida un caballero!

Llegó la noche, y con ella la hora de comer y el terrible momento de la conspiración. La sopa y el cocido pasaron sin novedad en su importante salud; y como no habíamos de comer principio, hubo quien se metió entre pecho y espalda hasta un litro de caldo empedrado de garbanzos, no por cierto de Fuentesauco.

Por fin hizo su entrada triunfal el plato del día: ¡el conejo! ¡Aún se me pone la carne de gallina al recordar lo que sucedió! Un escalofrío general circuló por la mesa. Nos dimos con el codo unos a otros, y simultáneamente, como movidos por un resorte, volvimos todos a un tiempo los platos boca abajo, acostumbrada manera de decir que no nos gustaba la comida.

—¿Qué es eso?—preguntó el Director, que presidía la mesa—. ¿No les gusta a ustedes el conejo estofado? ¡Un plato tan rico! ¡Pues si lo han comido infinidad de veces!

—¡Yo no quiero conejo!—dijo uno con maliciosa sonrisa.

—¡Ni yo!

—¡Ni yo! —añadieron todos.

—¿Por qué? —gritó encolerizado el Director—. ¡Aquí hay gato encerrado!

—¡Precisamente por eso!—exclamé viendo flaquear a algunos de mis compañeros.

—¿Qué es eso? ¿Se viene usted con bromas? ¡Nada de ambigüedades! ¡Hable usted, que parece que es el jefe de este movimiento!

—Señor Director—dije en tono medio solemne, medio encogido—, aquí hay gato encerrado; pero donde está encerrado es en la cazuela.

Y señalé la que contenía al conejo.

—¡Eso es falso!—dijo el Director—. ¿Te atreverías a decirlo delante del cocinero?

—Sí, señor—contesté llorando.

Vino el cocinero, trémulo de coraje. Sus ojos despedían llamaradas de ira.

—¿Quién ha dicho —gritó— que ese conejo es gato?

Guisado de conejo

—Yo, que le he visto a usted matar al pobre *Minino* con el cuchillo de la cocina.

—¡Mientes, malvado! —rugió el cocinero.

—Sí, señor; y la piel la ha escondido en el patinillo. ¿Verdad, compañeros?

—¡Sí, sí! —dijeron algunos con cierto temor.

El Director, dos profesores y los alumnos fuimos al patio, encontrando, con gran sorpresa del cocinero, la piel, aún fresca, del infeliz gato romano.

Aquello hizo fe, y el cocinero fué despedido en el acto, sin habersele admitido ninguna explicación.

Bajó la cabeza ante aquella aplastante prueba buscada con tan refinada malicia, y jurando y perjurando que se la habíamos de pagar.

Salió del colegio con los carrillos más encendidos que un pimiento riojano, y su salida nos produjo una penosa impresión. Todos hubiéramos querido deshacer lo hecho; pero ya era tarde.

Sin embargo, no sé cómo sucedió; pero es lo cierto que un secreto entre muchachos nunca se guardó más de dos días, y al cabo de este tiempo el Director supo con pelos y señales lo ocurrido.

Entonces volvió a llamar al pobre cocinero, que por poco se muere del disgusto, y avisando a mi familia, me expulsó ignominiosamente del colegio, después de haberme propinado seis días de calabozo a pan y agua como cabeza de motín.

Desde entonces tengo a la cocina cierto respeto, y me inspiran simpatía esos hombres del gorro blanco que tan bien nos dan de comer cuando saben su oficio.



—¿Quién ha dicho que ese conejo es gato?

Y vosotros, lectores míos, escarmentad en mi cabeza y no conspiréis contra el destino de nadie, no se os vuelva la tortilla y estéis, como yo, seis días a pan y agua.

EL MAGO DE LA LUZ VERDE

ERA Aurora una niña traviesa y lista, de ojos negros como la mora y pelo rizado y sedoso con brillo de azabache. Nunca pudo estarse quieta un solo instante, y todo lo revolvía con ese afán que tienen los niños de averiguar el interior de los objetos. Sus muñecas tenían la cabeza rota y destrozado el pecho por el deseo de Aurora de ver qué había debajo de aquellas rubias melenas que el fabricante pusiera en la cabeza del juguete, y el propósito de ver el corazón que daba su sonrosado tinte a aquellas mejillas ideales.

Cuando algo se extraviaba en su casa era probado que Aurora había intervenido en la desaparición, o cuando menós sabía su paradero con exactitud matemática.

Todos los rincones de la casa le eran conocidos, excepto un viejo armario siempre cerrado, y cuya llave nunca pudo encontrar. En vano pidió a sus padres que le enseñaran el interior del mueble, y cuando de él hablaba, decían sus padres con aterrado acento:

—¡No te acerques nunca a ese armario maldito, que costó la vida a tu hermano!

Lejos de asustar a la niña estas palabras, despertaron de tal suerte su curiosidad, que desde aquel día no tuvo otro objeto que apoderarse de la llave del armario y averiguar el contenido del mueble.

Un día quedó sola en la casa. Aprovechando la ocasión buscó la codiciada llave por todas partes, y al fin la halló dentro de una cajita destinada a guardar las joyas de su madre.

Veloz como el pensamiento corrió hacia el armario misterioso, y metiendo con mano firme la llave en la cerradura, dio dos vueltas y abrió.

El asombro de Aurora fue extraordinario: aquel viejo armatoste estaba lleno de cabezas de niños, cuya hermosura no pudo borrar la muerte. Mas el prodigio era que aquellas lindas cabezas tenían los ojos brillantes y expresivos, la boca fresca y sonriente con tierna y melancólica dulzura que causaba una emoción indescriptible.

El mago de la luz verde

Repuesta del susto, tocó Aurora una de las cabezas, creyendo que era de cera como las de sus muñecas, y en el acto moviéronse los labios, animáronse los ojos, y la hechicera cabeza habló de esta manera:

—Dime, niña: ¿qué quieres de mí?

—Que me cuentes—dijo Aurora—la historia de este armario.

—¿Sabes a lo que te expone tu curiosidad?

—No lo sé.

—Pues todos los niños que aquí estamos hemos sido víctimas de nuestras preguntas indiscretas, y aquí estamos sin cuerpo hasta tanto que una niña de talento logre deshacer el encanto de este armario maldito. El primero de nosotros sucumbió por abrir este mueble y penetrar en su interior. Los demás, por haber tocado una de nuestras cabezas. Todas las noches a las doce viene a visitarnos el mago que fabricó este armario, y, apretándonos el cuello, nos saca algunas gotas de sangre que necesita para sus filtros. Pero mírate la mano, y verás cómo has perdido el dedo con que me tocaste.

Miróse Aurora la mano, y, en efecto, el dedo índice había desaparecido, dejándole un muñón cicatrizado como si un hábil cirujano le hubiera hecho la amputación. Oyó ruido, miró al suelo, y vio a su dedo que daba saltos sobre las losas, subía a los muebles, y por último se precipitó al armario, golpeando con furia a las cabezas de los niños: éstos lloraron con desconsuelo, dando gemidos que partían el corazón. Aurora cerró precipitadamente y se llevó la llave, dejándola en el sitio de donde la tomara, y encerrándose en su cuarto lloró toda la tarde la pérdida de su dedo.

No se enteró su familia, porque la niña tuvo mucho cuidado en ocultar su desgracia no enseñando las manos y disponiéndose a recobrar su perdido dedito en cuanto tuviera un momento de libertad para abrir el armario misterioso.

Aquella noche, cuando sus papás estuvieron dormidos, se levantó con mucho tiento, y sin hacer el menor ruido marchó al



—Pues todos los niños que aquí estamos.

Cuentos de Calleja

sitio donde se encontraba el armario. Dieron las doce, y en aquel momento se produjo un horrible ruido en el interior del mueble.

Las cabezas lloraban a lágrima viva, como quien espera una terrible desventura.

Pronto supo Aurora la causa de aquel llanto.

Antes de apagarse el ruido de la última campanada apareció en la habitación un hombre alto, seco y vestido con un traje rarísimo, que parecía una hopalanda o una bata de mucho vuelo. Cubría su cabeza una especie de cucurucho lleno de pintadas estrellas. En la mano llevaba una lámpara de forma rarísima que despedía una luz verdosa.

El mago se encaminó hacia el armario, y sin necesidad de llave lo abrió diciendo:

¡Cabezas, cabecitas,
Os mando abrir!
Para todos, no;
Para el mago, sí.



El mago se encaminó hacia el armario.

En el acto abriéronse de par en par las puertas del armario, y aparecieron las cabezas llorando con desconsuelo.

—¿Por qué lloráis, cabecitas? —preguntó el mago—. Hoy no quiero sacaros más que veinte gotas de sangre. Pero ¿qué es esto? —dijo de pronto—. ¿Un dedito vivo, y que parece de niña? ¡Veamos!

—¡Dedito, dedito! ¡Tráeme mañana a tu amito!

Y el dedo comenzó a bailar sobre las cabezas.

Una de éstas preguntó con angustia al mago:

—¿Cuándo habrá concluído nuestro tormento?

—Cuando una muchacha me quite esta lámpara y con su aceite os haga una cruz en la frente. Pero ¡están verdes! ¡Lo que es la que estuvo aquí no será! ¡A esa, pronto la veréis en vuestra compañía!

Gimieron las cabezas, y el mago, después de guardar en una redoma las gotas de sangre que empleaba para sus filtros, cerró el armario y se fue llevándose la misteriosa lámpara.

La niña quedó aterrada y sin atreverse a hacer el más pequeño movimiento que delatara su presencia.

El mago de la luz verde

Aquella noche no pudo dormir, del miedo que le produjo la terrible escena.

Al día siguiente la curiosidad la llevó de nuevo cerca del armario fatal, y allí presenció, sobre poco más o menos, lo mismo que viera el día anterior. Otra vez gimieron las cabezas, otra vez el mago les sacó sangre, y también les ofreció que muy pronto iría a acompañarlas la cabeza de una niña.

Esta vez Aurora no tuvo tanto miedo, y cuando a las tres o cuatro noches se acostumbró a ver al mago, le pareció menos terrible que al principio; tanto, que, perdido el temor, resolvió librar a aquellos pobres niños del poder que los martirizaba.

He aquí lo que previno la muchacha, que era lista como ella sola. Cogió una cuerda larga, y la ató por los dos extremos a las paredes del cuarto por donde el mago entraba a una altura de poco más de dos palmos. Cogió una tranca gorda, y esperó la media noche.

Al dar la primera campanada abrióse la puerta, y apareció el mago llevando en la mano su lámpara. Avanzó con descuido; pero al dar un paso se enredaron sus pies en el cordel, y dio con su cuerpo una terrible caída. En aquel momento avanzó Aurora, y con decisión impropia de sus años dio al mago en la cabeza tan formidable porrazo, que le hizo perder el conocimiento.

Cogió la niña la lámpara, que no se había apagado, y acercándose al armario repitió las palabras de aquel desalmado:

¡Cabezas, cabecitas,
Os mando abrir!
Para todos, no;
Para el mago, sí.



Y la lámpara se convirtió en un hermoso caballo con alas.

Y al momento se abrió el armario.

Sin perder un instante mojó Aurora sus deditos en el aceite de la lámpara, y con él hizo una cruz en la frente de cada una de las encantadoras cabecitas. Al punto cada una recobró su

Cuentos de Calleja

cuerpo, y todos los niños, saltando de alegría, abrazaron a su bienhechora.

—Y ahora —preguntó ésta—, ¿qué hacemos del mago?

—¡Matémosle como a un perro!—gritaron los niños indignados.

—¡No; eso no!—exclamó Aurorita—. Voy a hacer con él lo mismo que con vosotros: de ese modo es posible que se arrepienta y vuelva a la gracia de Dios.

Diciendo y haciendo, se acercó al mago, y con los dedos mojados en aceite de la lámpara le hizo una cruz en la frente.

No bien hubo trazado el signo del cristiano, se oyó un ruido formidable y el mago estalló, convirtiéndose su cuerpo en ceniza.

En aquel momento despertaron los padres de Aurorita y entraron despavoridos en la habitación. Sorprendiéronse en extremo de verla en tan numerosa compañía; pero a la luz de la lámpara reconocieron a uno de los niños.

—¡Hijo de mi alma! —exclamaron abrazándole entre transportes de gozo—. ¡Bendito sea Dios, que permite que vuelvas entre nosotros!

Su regocijo no tuvo límites cuando supieron de qué modo había librado a todos Aurorita del poder del mago.

Después preguntaron a cada niño quiénes eran sus padres, para llevarlos a sus casas.

Casi todos eran de puntos muy lejanos, por lo cual nadie sabía de qué modo podrían volver, hasta que uno de ellos dijo:

—Para traerme aquí decía el mago unas palabras, y la lámpara se transformaba en un caballo con alas.

—¿Y qué decía?—preguntó el padre de Aurorita.

¡Lamparita, lamparita,
un caballo en seguidita!

Entonces Aurorita repitió estas palabras, y la lámpara se convirtió en un hermoso caballo con alas, el cual en un momento comenzó a llevar los niños a sus casas respectivas. Cuando terminó sus viajes volvió al lado de Aurora y le dijo:

—Conviérteme en lo que quieras. Tú eres mi dueña.

—Pues conviértete en lo que fuiste, que yo no necesito mas que a Dios y a mis padres.

Desapareció el caballo, dejándose allí al sacudirse un montón de piedras preciosas, con cuyo producto todos fueron muy ricos, y de las crines soltó un papel en el cual se leía:

«El amor al prójimo siempre tiene recompensa».

EL BRILLANTE MÁS GORDO

DECIR que en un pueblo había un barbero es casi tan inútil como afirmar que hay aves en el aire y peces en el agua: es imposible suponer pueblo sin rapabarbas. Pero en el pueblo a que me refiero, el barbero, además de ser tan charlatán como obliga el oficio, era un ambiciosillo de esos que juzgan cruel a la suerte porque en vez de ponerles en la mano una navaja muy afilada para hacerle la barba al vecindario no les ha colocado un cetro imperial, o cuando menos el bastón de mando de capitán general o el báculo de arzobispo metropolitano.

Se llamaba Juanillo, y el hombre no cesaba de lamentarse de su desgraciada suerte mientras rasuraba a los parroquianos o tañía la vihuela con cierto arte.

A cada cual lo suyo.

Porque si bien es verdad que navaja en mano era una fiera que desollaba, sangraba y cortaba la desdichada cara que se confiaba a su habilidad barberil, en cambio, sólo en el modo de empuñar la guitarra se le reconocía como profesor desde cien leguas.

Así, martirizaba primero a los parroquianos, y luego los consolaba con los afinados acordes del músico instrumento.

Por fin, tales fueron los sueños de ambición que su alma llegó a concebir, que, no pudiendo resistir al deseo de hacerse rico, se propuso irse del pueblo, y aun de la nación, y marcharse en demanda de fortuna por esas tierras de Dios situadas al otro lado de los mares.

Embebido en estas ideas, nuestro hombre no hacía barba a derechas y menudeaban los tajos y las cuchilladas en la cara de los desdichados parroquianos que caían en sus manos pecadoras.

Un hermano suyo, barbero también, intentó disuadirle de sus propósitos empleando para ello los más persuasivos razonamientos.

—Quédate aquí—decía—, donde nos conocen, y mal que bien iremos viviendo como Dios nos dé a entender sin arriesgarnos en aventuras peligrosas.

Pero Juanillo no hizo caso. Había oído contar maravillas de las fortunas improvisadas en América, y dijo que degollaría a tres o cuatro parroquianos como le obligaran a permanecer en la barbería. Por fin, logró su propósito. Su hermano se dejó convencer,

Cuentos de Calleja

y dándole todos sus ahorrillos, que a la verdad no eran muchos, le despidió a la salida del pueblo.

Juanillo se marchó sin sentimiento y sin pena en busca de los dorados tesoros que su imaginación soñaba.

Después de mil fatigas llegó a un puerto de mar, y como sus

fondos no eran bastante para costearse el pasaje, tuvo que entrar como grumete en un buque que hacía la travesía entre Europa y América.

Los primeros días de navegación fueron felices. El mar parecía un hermoso espejo sobre el cual se deslizaba suavemente el buque; pero una noche se levantó tan fuerte temporal, que el Capitán consideró inminente el naufragio.

De nada sirvieron los titánicos esfuerzos de la tripulación: cesó el momento de luchar, y llegó el de pedir a Dios la salvación. Enormes olas levanta-



... con los afinados acordes del músico instrumento.

ban en vilo al desmantelado buque y amenazaban desplomarle en los abismos. De pronto crujió la embarcación, y toda ella vino al mar con espantosa ruina.

El susto privó del sentido a Juanillo; y cuando al cabo de algunos instantes recobró el conocimiento se encontró abrazado a una tabla en medio del furioso Océano, que amenazaba a cada instante devorarlo.

El brillante más gordo

Entonces pidió a Dios con indecible angustia que le amparase, y, viéndose perdido, resolvió defender su vida hasta el último extremo.

Nadó hasta la mañana siguiente, y por fin, cuando las fuerzas le abandonaban y su espíritu desfallecía, sus pies tropezaron con la menuda arena de una playa salvadora.

La alegría de haberse librado de la muerte por poco le hace desmayarse.

Al mirar hacia todos lados para ver dónde se encontraba, vio que a pocos pasos de él se hallaba el Capitán del buque naufrago.

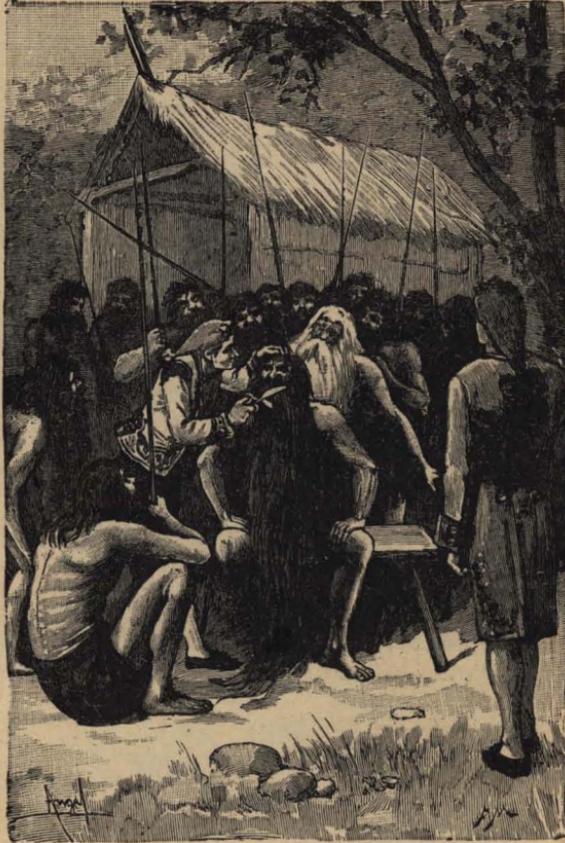
Ambos se abrazaron con muestras de la mayor alegría.

—No nos regocijemos mucho —dijo el Capitán—, porque hemos salido de un peligro para caer en otro. Estamos en la isla de los Barbudos, y esta gente terrible puede cortarnos la cabeza.

—¿Y qué clase de gente es esa?

—Son unos salvajes a los cuales la Naturaleza los ha dotado de barbas tan espesas, que apenas pueden hablar ni comer a través del espeso enrejado de los bigotes. Esta desgracia los pone de tan mal humor, que parecen perros rabiosos, y degüellan y destrozan a los que no tienen barbas tan grandes como las suyas.

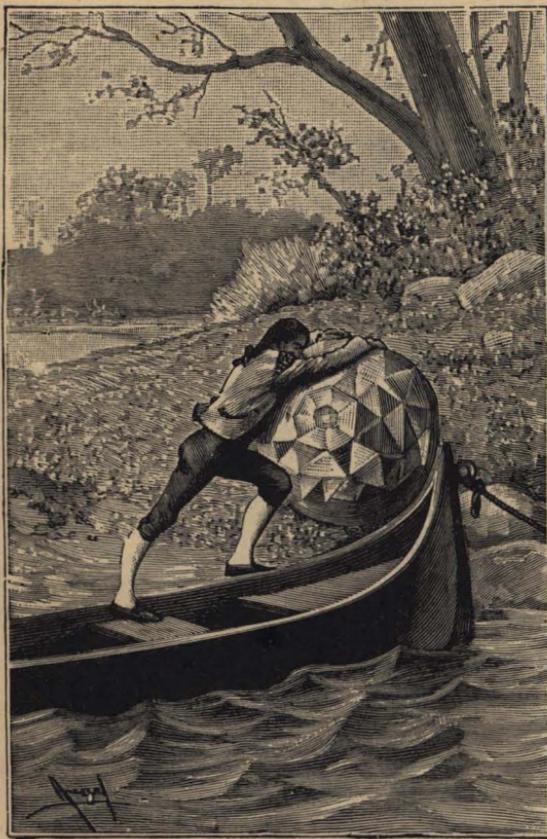
En esto oyeron ruido, y pocos segundos después se vieron rodeados por un numeroso grupo de barbudos, que blandiendo tremendas lanzas se precipitaron sobre los naufragos. Los cogieron y



... le recortó la barba y los bigotes...

ataron fuertemente y los llevaron a la presencia del que figuraba como jefe de la isla, y que tenía unas barbas de padre y muy señor mío. Le arrastraban por el suelo media vara.

El jefe hizo señas de que soltasen a los prisioneros, y después de tomar con un embudo un poco de alimento los interrogó también por signos.



Como Dios le dio a entender explicó el Capitán su naufragio, y pidió que le otorgasen la vida.

Juanillo tuvo una idea luminosa. Avanzó hacia el jefe barbudo haciéndole signos cariñosos, y sacando del bolsillo su estuche de barbero empuñó las tijeras, y en un dos por tres le recortó la barba y los bigotes, dejándole como nuevo.

Encantado de verse así el jefe salvaje, dio a Juanillo dos palmaditas en el vientre, signo de profunda y leal amistad, y mandó que le llevarsen las más escogidas viandas para obsequiarle con un banquete.

Juanillo fue desde entonces el hombre importante: durante

... y vió el brillante más hermoso...

un mes no hizo más que recortar bigotes, y por todas partes era venerado con un respeto sin límites.

Eran muy bárbaros aquellos salvajes.

Por fin es lo cierto que el barbero se hizo inmediatamente rico a costa de los ex barbudos, que le llenaron de valiosos regalos.

Deseoso de ir en busca de nuevas aventuras, pidió al jefe barbudo que le permitiera marcharse, a lo cual no se resolvió el salvaje

El brillante más gordo

sino después de prometerle que dejaría allí las tijeras y que enseñaría a manejarlas al Capitán, que, encantado de aquella gente, había decidido quedarse a vivir en la isla.

Hecho esto se embarcó en una canoa llena de riquezas, y partió con rumbo al país de los brillantes, del cual había oído hablar mucho a los barbudos.

Esta vez la navegación no tuvo obstáculos, y a los cuatro días de marcha viento en popa llegó a divisar la costa de la isla Brillantina.

Después de recorrer un gran trozo de costa vio una pequeña ensenada, y allí fondeó, llegando a pisar aquella tierra, donde esperaba hacerse poderoso.

El aspecto de la isla era fantástico: las rocas de la costa eran enormes brillantes, esmeraldas, y turquesas que pesarían cientos de arrobas, y las arenas de la playa eran finísimo polvo de oro, que al moverse impulsado por las olas producía hermosísimos reflejos.

Ya le había echado el ojo a uno de los más hermosos brillantes, cuando vio a lo lejos otros de destellos más lindos y de más puros y deslumbrantes fulgores.

Se internó en busca de lo más rico que pudiera encontrar, y a tal punto le cegó la ambición, que tiró al agua los regalos de los barbudos para dejar en la canoa sitio donde poder acomodar las nuevas riquezas.

Volvió a la isla, cogió el brillante más hermoso que en ella se encontraba, y haciéndole rodar por la suave pendiente de la playa llegó cerca del buque; pero el brillante pesaba tanto, que no había medio de cargarlo; al fin, después de esfuerzos inútiles, sacó la navaja de afeitar, y en la borda de la canoa comenzó a dar cortes para que el brillante pudiera entrar sin tener que levantarlo mucho.

Después de titánicos esfuerzos, el brillante penetró en el barco; pero tan enorme peso quebrantó de tal suerte la barquilla, que, abriéndose en dos pedazos, se hundió en las profundidades del mar con su preciosa carga.

—¡Justo castigo a mi ambición!—exclamó desolado.

Viéndose perdido, se precipitó de cabeza en el agua, deseando perecer miserablemente. Sintió que se ahogaba, y perdió el sentido. Cuando lo recobró estaba afeitando y desollando parroquianos en la antigua barbería de su pueblo. Miró a todas partes con extrañeza, y por último preguntó a su hermano:

—Pero ¿cuándo he vuelto a casa?

—Ayer mañana; y por cierto que venías calado hasta los huesos. Te caíste en el arroyo del pueblo, y de allí te sacaron algunos vecinos.

—¡Ah!—pensó—¿Conque todo esto ha sido un sueño?

Y quedó pensativo un instante mientras afilaba la navaja.

Pero al fijarse en el parroquiano que estaba afeitando reconoció al Capitán del buque donde naufragara.

—¡Capitán!—exclamó—¿Usted por aquí? ¡Y yo que creía haber soñado!

—No ha sido sueño—murmuró el Capitán—; pero tu excesiva ambición te ha perdido. Tuviste en las manos una riqueza, y la despreciaste por obtener otra mayor.

Y el Capitán desapareció, dejando al pobre Juanillo en la mayor de las preocupaciones.

Este cuento sí que no necesita moraleja.

LOS POLVOS DE DON PERLIMPLÍN

UNA vez había en mi pueblo un viejo que vivía en una choza solitaria situada en las afueras de la población. No sé cómo se llamaba; pero todos le conocían por Don Perlimplín, y era tenido por hombre rico, aunque tan roñoso, que, por no dar, no daba ni los buenos días.

Vivía solo, sin tratarse con nadie, y al decir de los curiosos, por la noche salían de su habitación unas llamaradas que apestaban a azufre desde cien leguas. No faltó quien afirmase que le había visto salir por el cañón de la chimenea montado en una escoba, echando llamas por ojos y narices y rebuznando con una perfección tan extraordinaria, que no parecía sino que se estaba oyendo al burro del alcalde, que en clase de burros era de lo más pollino que se había conocido.

El caso era que la vida de Don Perlimplín era un misterio, pues nunca compró comestibles, ni se sabía de qué se alimentaba el buen señor; no faltaba quien afirmase que se nutría chupándole el cuerno al diablo. Y debía de ser muy poco el jugo que sacara, porque el vejete estaba seco como una pasa.

Cierta noche uno de los valentones del puebló apostó que iría solo a casa de Don Perlimplín y pondría en claro el misterio de aquel personaje. En efecto; a las doce en punto estaba a la puerta de la choza.

Los polvos de Don Perlimplín

Miró por la cerradura, y vio a Don Perlimplín con una caja en la mano sacando de ella algo así como polvo, que tiraba al aire, y en el acto aparecía un gigantón enorme, negro como la pez, y con el cual conversaba.

Le picó la curiosidad, y empujó suavemente la puerta de modo que por el resquicio pudiera oír.

He aquí lo que Don Perlimplín decía:

—Yo soy tu amo por la virtud de estos polvos.

—¡Manda lo que quieras!—respondió el negrazo.

—Pues tráeme ahora mismo—repuso Don Perlimplín—un plato de calandrias fritas con sesos de verderón tuerto.

Desapareció el negro, y a los pocos instantes volvió a aparecer con una mesa espléndidamente servida, y en la cual figuraba, como primer plato, el de calandrias y sesos de verderón.

—Dispensa si he tardado—exclamó el gigante—; pero he tenido que ir a África a cazar las calandrias, y me costó algún trabajo encontrar los verderones tuertos, pues, como es de noche, todos tienen los ojos cerrados y no es fácil saber cuáles son los que tienen un ojo menos.

Marchóse el negro por donde había venido, y Don Perlimplín se dio un beneficio engulléndose aquella opípara cena.

A todo esto al valentón del pueblo, que se llamaba Tecló, y por mote *Tragaldabas*, se le hacía la boca agua viendo desaparecer los suculentos manjares en la boca de Don Perlimplín.

Acabó éste de cenar, y, dejando la caja de los misteriosos polvos en un armario, sacó de él un bote que debía de contener una pomada, y con ella se untó el revés del vientre, y en el acto—¡oh prodigio!—empezó a dar cabriolas en el aire como si le hubieran nacido alas en los pies. Cogió una escoba, se montó en ella, y salió por la chimenea diciendo:

—¡Voy a dar un paseito higiénico para hacer bien la digestión!

Tragaldabas penetró en la choza, y acercándose al armario donde había visto colocar la caja de los polvos, lo abrió, encon-



Apareció un gigantón enorme.

Cuentos de Calleja

trando en él una porción de tarros exactamente iguales. ¿Cuál de ellos era el de los polvos? Esta era la cuestión; pero, ni corto ni perezoso, Tecló echó mano del primero que le pareció, lo abrió, sacó unos polvos amarillos, y tiró algunos al aire como había visto hacer al viejo. En aquel momento apareció un garrote en el aire, y comenzó a darle tantos y tan fuertes garrotazos, que le puso el cuerpo hecho un puro cardenal. *Tragaldabas* era valiente; pero aquella lluvia de estacazos era para meter en cintura al más pintado; así, pues, tomó la prudente determinación de meterse debajo de una mesa. Apenas lo hizo, desapareció el garrote como el humo.



Tragaldabas cogió la caja de los polvos, la tapó y la guardó en el bolsillo, no hiciera el diantre que volviera a salir el garrote por los aires.

Cogió otro frasco, y encontró en él un líquido verdoso, que por cierto no olía a ámbar; lo tapó en seguida, porque si tal era el olor, ¿cómo serían los hechos? Entonces, con resolución decidida, echó mano de otro, lo destapó, y sacando entre el pulgar y el índice unos polvos negros se acercó a la mesa, por si acaso, y los tiró al aire. El efecto fue mágico. El negro de antes apareció y con voz humilde le dijo:

—¿Qué me mandas, seño?
¡Yo soy tu esclavo!

—Una sartén de migas con chorizos y morcillas; y de postre, la peluca del tío Perlimplín.

... se quedaba pegado al techo...

—Serás servido —dijo el negro, y desapareció.

A los pocos minutos una sartén llena de sabrosas migas humeaba sobre la mesa, y sobre una botella aparecía colgada, como los sombreros en las tiendas de modas, la enorme peluca de Don Perlimplín.

Después de cenar opíparamente pensó *Tragaldabas* adornarse con la peluca; se la colocó, y, con gran sorpresa suya, se encontró de pronto que le subían por la cabeza y se quedaba pegado al techo. Por fortuna, había cogido la caja de los polvos maravillosos, y tomando unos pocos, los echó al aire.

Apareció el negro, que preguntó, como siempre, cuál era el deseo de su amo.

Los polvos de Don Perlimplim

—Primero, que me bajes al suelo.

—Para eso no tienes más que darle una vuelta a la peluca.

Hízolo así *Tragaldabas*, y al momento se encontró en el suelo.

—Ahora—añadió—quiero que llesves a mi casa todo el dinero que quepa debajo de mi cama, y allí lo dejas.

—Está bien. ¿Mandas algo más?

—Nada; ya te avisaré.

Apenas hubo desaparecido el negro oyó ruido *Tragaldabas* en la chimenea, y no dudando que fuera Don Perlimplín, que volvía de su excursión, se escondió detrás de un armario y esperó.

En efecto; era Don Perlimplín, que, siempre a caballo sobre la escoba, volvía a su habitación estornudando como un descosido.

—Esta noche—dijo—he perdido mi peluca, y he pescado un catarro de primera.

Por un descuido inexplicable había quedado entreabierta la puerta de la choza, y al notarlo, exclamó Don Perlimplín lleno de ira:

—¡Aquí ha entrado alguien; pero yo le buscaré, y si le encuentro, pobre de él! ¡No van a quedarle ganas de contarlo!

Nueva sorpresa le aguardaba al ver la sartén de las migas sobre la mesa, y así, en el colmo del furor, comenzó a registrar la habitación, hasta que dio con el intruso.

—¡Ah, bribón! ¡Ahora verás lo que es bueno!—gritó; y sacando una espada, quiso pincharle en el vientre, pero *Tragaldabas* se volvió la peluca, y de un salto quedó pegado al techo.

—¿Conque sabes todo eso?—dijo Don Perlimplín—¡Pues ahora verás cómo ni ahí te libras de mis golpes!—Y abalanzándose al armario, buscó los polvos del garrote; pero *Tragaldabas*, que los tenía en el bolsillo, se dejó caer al suelo, y metiéndose debajo de la mesa, lanzó al aire la mitad de la caja consabida.

Entonces no fue uno, sino cien garrotos los que a un tiempo aparecieron, y descargaron sobre las espaldas y cogote de Don Perlimplín tal lluvia de garrotazos, que no le quedó un hueso



Entonces no fué uno, sino cien garrotos...

Cuentos de Calleja

sano. Gritaba Don Perlimplín como un desesperado, rogó, suplicó, y por fin fueron tales sus alaridos, que se compadeció *Tragaldabas* y le dejó meterse bajo la mesa. El pobre tenía la calavera monda como una patata y con tal granizada de cardenales, que entre uno y otro apenas cabía un alfiler. Viéndole en tan lastimoso estado, *Tragaldabas* sacó del bolsillo los polvos negros, y aplicándoselos a la nariz, hizo que los sorbiera como el rapé. ¡Pataplún! Estalló Don Perlimplín como una bomba; saltó la casa como si le hubieran aplicado dinamita, sin que quedase de ella el menor rastro; la caja de los polvos misteriosos quedó convertida en un poco de ceniza, y nuestro buen *Tragaldabas* con la boca abierta sin darse cuenta de lo que ocurría. Sólo quedaba intacta la peluca de Don Perlimplín, por lo cual el mozo dándole una vuelta se remontó en los aires, y a poco cayó dentro del pueblo; pero tuvo la mala fortuna de engancharse las narices en un balcón, y del golpe quedó chato para toda su vida. Entró en su habitación, miró debajo de la cama, y, en vez del dinero que esperaba encontrar, halló un mico muy mono que le hacía burla poniéndose las manos en las narices. El valiente *Tragaldabas* sólo sacó de su curiosidad la paliza del garrote, el mico y la pérdida de sus narices.

La moraleja es de Cervantes:

No te metas en dibu-
Ni en saber vidas aje-
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-

POR UN PELO

AL Sur de España hay un pueblecito situado a orillas del mar, no muy lejos de Huelva. En la época de mi cuento lo componían quince o veinte casuchas de pescadores. El único edificio regular era la iglesia, que así y todo, no pasaba de la categoría de ermita, y aun no de las mayores.

En una de aquellas casuchas vivía un matrimonio no muy bien avenido. El era de genio un poco áspero, y ella, testaruda y terca como un aragonés.

Por un pelo

Cierto día que el marido volvía de su trabajo, Francisca, que tal era el nombre de la mujer, puso sobre la mesa unas sopas de ajo que olían a gloria, y que por el olfato alegraron el cuerpo del tío Antonio. Sentáronse los esposos a la mesa, requirieron las cucharas de madera, y el marido, con aire solemne, como quien se prepara a un banquete suculento, sacó de la cazuela una no pequeña cucharada.

Olió con delicia el aroma de la sopa, miró cómo corrían sobre la superficie caldosa las burbujas de aceite frito, y de pronto lanzó una exclamación que hizo dar un bote a la tía Francisca.

—¡Un pelo! — dijo enfurecido.

—¿Cómo un pelo, mala sombra? ¡Se te habrá caído de ese bigotazo de carabinero que gastas!—dijo la mujer.

—¡Más valdrá que te calles, picarona!—gritó el tío Antonio—. ¿Encima de que tú has sido la culpable quieres que yo lo pague?

—¡Pues el pelo es tuyo! — dijo la tía Francisca.

—¡Pero si yo soy moreno, y el pelo es rubio! ¿Cómo quieres que sea mío?

—¡Pues es tuyo, y muy tuyo!

—¡Mira que voy a romperte algo que te duela! Cállate, y reconoce que es tuya la culpa.

—¡Pues es tuyo, y retuyo, y retuyo!

—¡Vaya; se me acabó la paciencia! ¡Toma por terca, por testaruda y por cochina!

Y al decir esto el tío Antonio blandió su estaca y arreó unos cuantos linternazos a su esposa, que gritaba:

—¡Pues es tuyo, tuyo, tuyo, aunque me mates!

Y el tío Antonio, dale que dale, paseó a su mujer por todo el pueblo: ella erre que erre, y él, dale que dale.

La mujer del estanquero, que oyó la gresca, dijo a su marido:

—¿Has visto la infamia que hace el tío Antonio con su esposa?

—¿Y por qué es ella tan terca?—dijo el estanquero.

—Porque el pelo es del marido, sin duda alguna.



... el tío Antonio blandió su estaca...

Cuentos de Calleja

—Mira —dijo el hombre—: no te metas en lo que no te importa; pero el pelo es de la mujer.

—¡Todos los hombres sois iguales! El pelo es de él, y tan criminal eres tú como el tío Antonio.

—¡Mira que te voy a solfear! ¡Tep quieta la lengua!

—¡De él, de él! — exclamó irritada la estanquera.

—¡De ella, de ella!—gritó el estanquero.

—¡Pues sí!

—¡Pues no!

Perdió la calma el hombre, y agarrando una vara de medir comenzó a moler las costillas a su esposa, que salió gritando por todo el pueblo:

—¡Infame! ¡Es de él!

—¡Cochina! ¡Es de ella!— gritaba el del estanco mientras la vapuleaba.

Lo mismo pasó con los matrimonios de las casas inmediatas, y por último, todas las mujeres de la aldea sostuvieron que el pelo traidor aparecido en las sopas de ajo era del tío Antonio, y todos los hombres, que era de la tía Paca.

Tal zambra se armó, y tales fueron la gresca y el alboroto, que nadie se entendía. Pero por encima del barullo de palos se oía gritar a las mujeres:

—¡De él, de él!

Y a los hombres:

—¡De ella, de ella!



De nuevo el virtuoso sacerdote...

Por fin el Cura del lugar consiguió poner paz entre sus feligreses, no sin trabajo; porque cuando recomendaba a las mujeres prudencia decían éstas:

—¡Señor Cura, tiene usted razón; pero que conste que era de él!

Al cabo volvió cada matrimonio a su casa, y cuando se curaron los cardenales de la jornada, nadie volvió a acordarse de lo sucedido.

Así paso un año en la mayor calma, hasta que un día ocurrió lo siguiente. Sentábase a la mesa el tío Antonio y su mujer, cuando dijo ésta:

—¿A que no sabes de qué estoy acordándome?

—Tú dirás, Paca.

Por un pelo

De que hace justamente un año, tal día como hoy, comimos sopas de ajo, y...

—Sí; y encontré un pelo—interrumpió el tío Antonio.

—Por cierto, tuyo—añadió la tía Paca.

—Pero ¿aún no te has convencido de que era tuyo? ¿Tengo yo en el bigote pelos de dos palmos?

—Los tendrás como quieras; pero el pelo era tuyo.

—¡Vaya; que quieres que me siente mal el almuerzo! Come y calla, y se acabó.

—Pero si era tuyo, ¿por qué lo has de negar?—insistió ella.

—¡Paca, ten cuidado, que ya me estás aburriendo extraordinariamente!—gruñó el hombre!

—¡Pues era tuyo!

—¡Pues no era mío!

Y tan agria se puso la cuestión, que, volviendo a empuñar la vara, comenzó el tío Antonio a sacudir de lo lindo a su mujer.

Como antaño, la estanquera volvió a salir en defensa de la tía Paca, y el estanquero a la del tío Antonio; y hubo tales palabras, que llegaron a las manos con la misma furia que los interesados.

Por fin, el pueblo en masa volvió a ponerse en movimiento y ya no se oían más que bofetadas, voces y estacazos, y a las mujeres que gritaban:

—¡Es de él, es de él!

De nuevo el virtuoso sacerdote tuvo que mediar y el médico que intervenir para poner paz en los ánimos, soldar algunas costillas rotas en la refriega y curar no pocos arañazos con que las mujeres más bravas señalaron a los hombres.

Pero ya en el pueblo no había tranquilidad. Los hombres y las mujeres se miraban con recelo, y era de temer que un día u otro volviera a comenzar la apaleadura.

Por entonces llegó a la aldea un joven muy listo que comerciaba en pescado y que iba a comprarlo al pueblo. Enteráronle de lo que pasaba, y entonces el joven congregó a todos los habitantes del lugar en la plaza, y les habló de esta manera:



—¡Era mío!...

Cuentos de Calleja

—Sé que por la aparición de un pelo en unas sopas de ajo habéis perdido la paz de la familia, y yo quiero que la recobréis. La causa del disgusto es no saber a ciencia cierta si el pelo era del tío Antonio o de la tía Paca.

—¡Era del tío Antonio!—gritaron las mujeres.

—¡Callad, os digo! —exclamó el comerciante—. ¡No era de él!

—¿Lo veis?—dijeron los maridos.

—¡Fuera, fuera!—gritaron ellas llenas de coraje.

—Pero tampoco era de ella—añadió el orador.

—¡Bravo, bravo!—gritaron todos.

—Pues ¿de quién era?—preguntó uno.

—Era mío, que estaba recortándome la barba junto a la ventana de la cocina mientras la tía Francisca guisaba aquellas célebres sopas que tanto ruido y tantísimas descalabraduras han causado.

—¡Pero, en fin, era de hombre!—gritaron las mujeres.

—¡Vaya; pues no hay más remedio que darles la razón—dijo el comerciante—, con tal que haya paz y sosiego!

Y mirad si por un pelo estuvo a punto de perderse un pueblo con sus vecinos y todo; lo cual prueba que en la vida las causas más pequeñas suelen producir los más grandes efectos.

Y además, que el ser ligero de manos y muy suelto de lengua son cosas muy dadas a graves contratiempos.

EL CURANDERO

SI fué verdad o no, lo ignoro; pero como me lo contaron os lo cuento.

Iba por esas calles de Dios, no sé si en Constantinopla o en Babilonia, que para el caso es igual, un curandero que a golpe de bombo y platillos anunciaba sus específicos y realizaba sus curaciones.

La acción del cuento hay que ponerla en sitio donde no haya subdelegados de Medicina; porque, de haberlos, de fijo que al curan-

El curandero

dero le meten en la cárcel, donde no hubiera visto luz en mucho tiempo.

Es el caso que, curandero y todo, el hombre había alcanzado gran fama en el difícil arte a que se dedicaba. Sus aptitudes eran grandísimas. Lo mismo sacaba una muela al más pintado, que tiraba de cuchillo y le rebanaba una pierna a cualquiera, sin pararse en pelillos.

Porque como desahogado, ¡vaya si lo era el hombre!

Aconteció que por el tiempo en que nuestro curandero andaba por calles y plazas enfermó el hijo del Emperador de una tremenda y pertinaz melancolía. El joven estaba triste y alicaído, y, aun cuando nada le dolía, su abatimiento era alarmante.

Los médicos de cámara, que eran tres notabilidades, celebraron consulta; y, como sucede siempre en estos casos, cada uno emitió una opinión distinta de la de sus compañeros.

—A mí me parece —decía uno calándose los lentes—, salvando la respetable opinión de mis compadres, que su Alteza el Príncipe heredero está enfermo del hígado. Será muy conveniente el caldo de habas verdes.

—¡Poco a poco, sabio compañero! —exclamaba otro—. Yo sostengo que Su Alteza está enfermo del bazo; y como lo que es bueno



... que a golpe de bombo y de platillos...

Cuentos de Calleja

para el hígado es malo para el otro órgano, creo que nada de habas verdes: el garbanzo asado es irremplazable.

—Pues, señores, que me ahorquen si donde tiene el mal Su Alteza no es en los pies. Pregúntesele si tiene sabañones, y en ese caso ya es sabido: lana y más lana, y berros y más berros.



.. y se le metiera en los sesos, de no tener tan...

de aquella disputa, quedóse frío de dolor.

—¡Cuando ustedes no se entienden, mala señal! ¡Mi hijo está en peligro de muerte!

Y contristado y abatido, el pobre padre se marchó a sus habitaciones.

La Historia dice que de los médicos no quedaron ni los rabos.

La discusión tomó una forma amenazadora: cada médico citaba en apoyo de su afirmación tres o cuatro autores, y hasta llevaba los libros a prevención para demostrarlo; y tal llegó a ser el hervor del apasionamiento, que los tomos iban de las manos a las cabezas con una celeridad extraordinaria. Un libro rompió los lentes a uno de los médicos, y aun le estuvo en un tantico quedarse tuerto; otro cayó como una maza sobre la calva cabeza del más anciano, y se le metiera en los sesos de no tener tan duro el cráneo.

En aquel momento entró el Emperador en la habitación donde los tres Hipócrates se mataban, y, enterado de la causa

El curandero

Al ver tan apenado al Emperador no faltó cortesano que se atreviera a indicarle la conveniencia de llamar al curandero.

—¡Imposible!—decía el Monarca—. Si esas tres lumbreras de la Medicina no han podido salvarle, ¿cómo es posible suponer que el curandero le alivie?

Sin embargo, tanto insistieron los cortesanos, que el Emperador se avino a llamar al curandero; mas con una condición: antes de encargarse de la curación del Príncipe tenía que sanar a cinco enfermos que estuvieran desahuciados.

Se buscó a los cinco enfermos, y los hicieron entrar en Palacio. A poco llegó el curandero, obedeciendo a las órdenes del Emperador. Este le dijo:

—¿Te atreves a curar al Príncipe?

—Sí, señor.

—Pues para que yo me convenza de que sabes, vas a curar a cinco enfermos gravísimos que te indicaré. Si no los curas, mando degollarte; mas si los curas, te encargarás desde luego de la salud de Su Alteza.

¿Y no podrían, señor, ser cuatro en vez de cinco?

—No, los cinco; y si no, ya sabes.

—Bueno; pues yo los curaré. ¿Dónde están? Pero necesito hablarles a solas.

Y con el permiso del Emperador fue a la habitación donde



... salió echando chispas hacia su casa.

se hallaban los desahuciados. Al que estaba mejor le faltaban dos o tres días para morir.

Al verlos, por poco cae de espaldas nuestro curandero.

—Señores —dijo—, voy a curar a ustedes del único modo posible. El gran mago Faramalla me ha enseñado un sistema de curación prodigioso. No hay enfermo que no se cure con él. Oídlo.

«Es preciso que yo mate a uno de vosotros y queme su corazón. Sus cenizas servirán para fabricar una pomada tal, que, aplicada a cualquier sitio enfermo, sanará como por ensalmo sin necesidad de ninguna medicina. Tú —añadió encarándose con uno de los desahuciados— estás muy malo. ¿Qué te importa morir ahora o dentro de dos días? Te mataré, y haré cenizas tu corazón para que se curen los demás.

—¡Oiga usted, buen amigo! —gritó el amenazado—. ¿Dice usted que yo estoy muy malo? ¡Pues si no tengo nada! Es que la familia se ha empeñado en decir que estoy tísico; pero, gracias a Dios, estoy sano como una manzana.

—¡Bueno, bueno! —dijo el curandero—. A mí me importa poco; pero sal con esta condición: que le digas al Emperador que estás curado.

Apenas vió la puerta entreabierta el tísico, salió echando chispas hacia su casa.

—¿Qué tal? —le preguntó el Emperador.

—¡Estoy bueno y sano! —exclamó el tísico sin parar de correr.

—¡Esto es prodigioso! —pensó el Emperador.

—¡Ese hombre es un sabio! —dijeron los cortesanos.

Los otros enfermos hicieron lo mismo que el primero. Con tal de no morir en el acto, juraban por lo más sagrado que en su vida se habían sentido más fuertes y vigorosos.

Y salieron como flechas de Palacio, dejando asombrados al Emperador y a los médicos.

El Monarca pensaba desde luego confiarle la curación de su hijo, cuando una estrepitosa carcajada interrumpió la grave y ceremoniosa etiqueta de la corte.

¿Quién era el osado que así faltaba al debido respeto?

El mismo Emperador, lleno de ira, salió a la antesala, y allí encontró al perturbador. Era el propio Príncipe imperial, que se revolcaba en un sofá sin poder contener las carcajadas.

El Emperador se alegró al ver que se disipaba tan inopinadamente aquella tristeza que tan alarmado le tenía.

—¿A qué se deberá semejante prodigio?

Cucufate el revoltoso

El Príncipe lo contó: al ver salir tan de prisa a aquellos infelices desahuciados, preguntó al curandero la causa de su fuga, y éste se la refirió con toda clase de pormenores.

Le había hecho tanta gracia, que sintió disipársele aquella negra melancolía que estaba minándole la existencia.

—Te quedas con mi hijo—dijo al curandero el Emperador—; no como médico, sino como amigo. Eres hombre de ingenio, y el ingenio merece siempre recompensa.

CUCUFATE EL REVOLTOSO

CUCUFATE era el chico más desobediente y voluntarioso de su pueblo, y aun quizás no se encontrara otro igual en cuarenta leguas a la redonda.

Ni estudiaba, ni iba a clase, ni había medio humano capaz de enderezar aquel espíritu torcido y avieso, acostumbrado a hacer su santa voluntad sin respetos ni frenos de ninguna especie.

Y cuenta que su padre solía darle cada azotaina que cantaba el Credo, y su madre, cada sopapina que le encendía el pelo; pero aquel carácter incorregible no escarmentaba.

Más de una vez, de las pocas que asistía a la escuela, el maestro Don Hermógenes se veía obligado a castigar las travesuras del rapaz paseándole entre sus compañeros con dos soberbias orejas de buro colocadas sobre las no muy chicas naturales, y con un cartelón al pecho explicando la causa del castigo. Esto sin contar los innumerables palmetazos aplicados con la *tremenda*, que así llamaban los chicos a la más respetable de las palmetas, la cual sólo salía a relucir en los casos de reincidencia con otra porción de circunstancias agravantes. Pero ni por esas: Cucufate seguía haciendo de las suyas, y su travesura llegó a hacerse proverbial.

Cuentos de Calleja

Una mañana iba nuestro mozo a caza de gorriones, cuando en el lindero de un camino encontró a un anciano que marchaba en dirección contraria a la suya. El pobre viejo era jorobado; y como le viera el defecto, exclamó Cucufate con sorna: «¡Mal día! ¿Las arañas por el suelo? ¡Lluvia segura!» Y no contento con esto, cogió una piedra y la lanzó con tan endiablado tino, que vino a dar en el centro de la joroba del pobre anciano.



¡Mal día! ¿Las arañas por el suelo?...

Este se volvió irritado, y al oír las carcajadas de Cucufate le dijo:

—¡No pido a Dios para ti otro castigo sino que se cumpla con exceso cuanto desees!

Y desapareció como por encanto.

Cucufate se marchó silbando a continuar su interrumpida caza, sin hacer caso de las palabras del viejo.

Acercóse a una tapia muy elevada que había a espaldas de la iglesia, y vió que en la parte superior había unos nidos de gorriones: estiró el brazo para coger la caña que se le había caído al suelo, y vio con estupor que le había crecido aquel miembro más de dos varas; tanto, que sin esfuerzo podía llegar hasta los nidos con la mano.

El chico quedó confuso y sin saber qué hacer. Se acordó de la maldición que le habían fulminado; pero ya era tarde para arrepentirse. Al menos así lo pensó.

—Pues si se me ha de cumplir con exceso lo que desee, pensaré que se me encoja el brazo un poco—dijo el mozo.

En el acto el brazo se achicó; pero de tal manera, que se le quedó muchísimo más corto que el otro.

—¡Qué demontre!—dijo—¡Más vale así! Cazaremos gorriones.

No bien lo había pensado, cayó sobre él una bandada de pájaros; tantos, que estaba medio sofocado por el peso; y como se ahogaba entre aquel enorme montón, quiso estirarse, y tal estirón dio, que la tapia de la iglesia le llegaba a las rodillas.

Cucufate el revoltoso

Cuando volvió al pueblo nadie podía reconocer a Cucufate en aquel gigante de ocho metros, cuya cabeza llegaba al nivel de los tejados. La gente se asomaba a verle, los chiquillos le apedreaban, y le ladraban los perros.

Al llegar a su casa vio que no cabía por la puerta, ni en ninguna de las habitaciones; quiso encogerse, y se redujo al tamaño de un mono de los más pequeños. Sus padres no le reconocieron, y le arrojaron ignominiosamente de la casa.

—¡Quisiera ser rico!—pensó al salir del pueblo; y en el acto se le llenaron los bolsillos de tanto dinero, que no pudo resistir el peso y cayó de bruces en la carretera, sin poderse mover del sitio.

Cucufate sacaba y tiraba el dinero a manos llenas; pero cuanto más sacaba, más prietos tenía los bolsillos.

Pasaron unos caminantes, que al ver aquella extraña operación le tuvieron por loco rematado, y determinaron llevarle a una casa de orates. Le cogieron y le montaron en una mula; pero en el momento se llenaron de oro las aguaderas que llevaba el animal, y el enorme peso le hizo caer a tierra.

—¡No quiero ya ser rico!—pensó el desdichado; y desaparecieron las monedas y su traje, quedándose en el acto más pobre que las ratas y con unos harapos por toda vestidura.

Al verle así creyeron los viajeros que era un brujo que trataba de burlarse de ellos, y la emprendieron a palos con él.

Irritado Cucufate, quiso vengarse, y cogió una piedra que lanzó contra sus adversarios. El proyectil se agrandó en tales términos en el camino, que cuando cayó sobre los apaleadores, era casi una montaña: bajo su enorme mole quedaron sepultados viajeros y mulas.

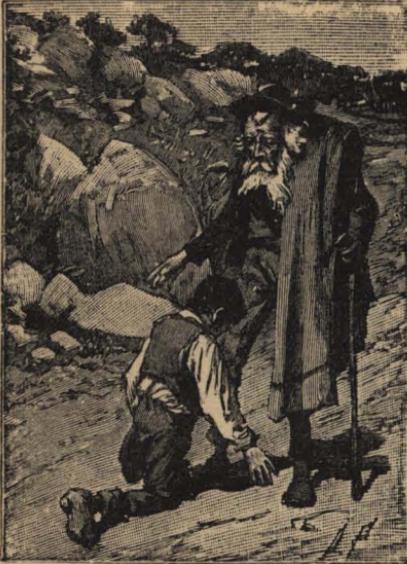
Aterrorizado el muchacho, huyó de aquel paraje, y sin saber cómo se encontró a muchas leguas de allí, frente a una ciudad para él desconocida.

Sentía un hambre devoradora y una sed insaciable: quiso beber y comer, y aquello sí que fue un tormento feroz. Cuando ya



... llegaba al nivel de los tejados.

estaba ahito de succulentos manjares que sin saber cómo se le venían a la boca, nuevos trozos de comestibles entraban, mal de su grado, en su pequeñísimo estómago, produciéndole náuseas, fatigas y trasudores. El agua le brotaba de las muelas, y pasaba a torrentes por su garganta. Ya tenía dentro un río, y no podía contener aquella incesante corriente que amenazaba ahogarle por dentro. «¡No quiero comer más!» —dijo; y se quedó tan seco y tan hambiento como antes.



...prosternándose ante el viejo...

—¡Pues, señor —decía—, no puedo comer, ni ayunar, ni tener dinero, ni ser pobre, ni irritarme, ni defenderme! ¿Qué va a ser de mí?

El muchacho se afligió mucho y comenzó a llorar.

Quiso dormir, y se quedó como una piedra; pero con un sueño sin descanso, sobre un lecho de riscos puntiagudos que le herían. Aquel sueño no le amortiguaba la sed, ni el hambre, ni el dolor que le causaban los guijarros. —¡Quiero una cama blanda! —pensó; y las piedras se convirtieron en colchones tan flexibles, que más parecía su sueño una caída que un descanso. Se sofocaba entre las plumas, y tuvo que despertarse con más sueño que cuando se acostó.

La mañana le sorprendió sentado sobre una piedra y en la situación de cuerpo y de espíritu más terrible. Había envejecido diez años en unas cuantas horas. Abatido y quebrantado, volvió los ojos a Dios, y con profundo arrepentimiento pidió perdón de sus pecados y ofreció la enmienda más completa.

El anciano del día anterior apareció a su lado, con la joroba más deforme que antes, si cabe. Pero entonces Cucufate no se burló: al contrario, prosternándose ante el viejo le pidió que le perdonase el desacato de la víspera. El buen jorobado le dio a besar su mano, y cuando quiso darse cuenta de lo que le pasaba, se encontró en el pueblo y a dos pasos de la casa de su padre.

Hoy no hay muchacho más dócil; y aun cuando nadie sabe la causa de su arrepentimiento, todos felicitan al rapaz, que es la perla de su aldea.

NARANJAS DE LA CHINA

MIRA, Anselmo —decía un abuelo a su nieto—: no promuevas contiendas con los compañeros, ni te enfades por las bromas de tus amigos, ni menos las echés de valiente, cosa ridícula, y hasta repugnante, en los tiempos actuales. Si te sientes con alientos para hacer algo grande, vete a conquistar naranjas a la China.

—¡Toma! ¡Pues con ir allá y traerlas, punto concluído!—exclamó Anselmo.

—No creas que sea el asunto tan fácil como te parece. Lo primero hay que ir allá; después, cogerlas, y luego, que te dejen volver. Porque puede sucederte lo que ocurría en un teatro, en que la entrada era de balde, pero la salida costaba un sentido.

—¡Vaya, abuelito: si tienes capricho de comer naranjas de la China, tu nieto te responde de que las comerás! Porque yo soy muy valiente y no tengo miedo a nada; y en cuanto llegue a China me encaro con el primer chinito con quien tropiece, y le digo: «Chinito sinvergüencita, ¿dónde están esas naranjas?» Y luego las cojo, me las meto en el bolsillo, le doy al chino dos ricas bofetadas que le dejen sin dentadura para que se acuerde de mí siempre a las horas de comer, y luego tomo el barco, y andando para España.

—Anda, hijo, anda, y quiera Dios que vuelvas escarmentado, pero sin que te hayan roto nada importante de tu cuerpo.

A los dos días de esta conversación, el fanfarrón Anselmo había tomado el billete en un vapor de los que van a China, y después de larga y no muy tranquila navegación llegó allá nuestro hombre, decidido a traerse una provisión de naranjas de las mejores que cría el suelo del Celeste Imperio, como le llaman los chinos.

Desembarcó en Cantón, y en el muelle vio un hombre de no muy mala facha, y diciendo para sus adentros: «¡Este es el chino de las bofetadas!», se acercó a él, y le habló en estos términos:

Cuentos de Calleja

—Chinito sinvergüencita, ¿dónde están las naranjas de la China?

Anselmo creyó que el chino no iba a entenderle, o que, si le entendía, iba a aguantarse; pero, con gran sorpresa suya, el que parecía chino le contestó:



Y le propinó tan soberbio bofetón...

le he propinado el bofetón.

—¡Lo peor es que esto no puede quedar así!—dijo Anselmo furioso.

—No, señor, se hinchará; pero pasa pronto. Y ahora ¿quiere usted decirme a qué ha venido a China?

—A coger las mejores naranjas que haya en el país, y llevarme unas cuantas para España.

—¡El muy sinvergüencita es usted, amigo; y para que no vuelva a insultar a nadie, tome usted!

Y le propinó tan soberbio bofetón, que le rompió un colmillo.

Anselmo, con la mano en la boca, quedó un rato aturdido, creyendo que se le había hundido una torre en las muelas. Al cabo de un momento dijo:

—Señor de chino, francamente, no lo decía con ánimo de molestar a usted.

—Yo no soy chino—repuso prontamente el otro—, sino madrileño, y aquí sirvo de intérprete. ¡Pero, en fin, pelillos a la mar! Hágase usted cuenta que no ha dicho nada y que yo no

Naranjas de la China

—Pues si quiere usted coger las mejores tendrá que pasar serios peligros, porque crecen en el nacimiento del río Hoang-Ho, y es aquél un sitio del que se cuentan cosas terribles. Hay allí un monstruo, mitad hombre, mitad caballo, que al que se acerca lo destroza en un santiamén. Según cuentan, los naranjos famosos los plantó él, y él mismo los cultiva, regándoles con sangre de sus víctimas; por lo cual las naranjas tienen por dentro un color rojo encendido.

—¿Y saben bien?

—No ha habido aún quien las pruebe, pues se las come el mismo monstruo, que no se alimenta de otra cosa. Lo que sí es es que el que logre coger una de esas frutas puede lograrlo todo.

—¡Vaya; pues yo no me atrevo a emprender solo la expedición! ¿Quiere usted acompañarme para servirme de intérprete?

—No tengo inconveniente, si usted lo paga bien.

Quedó todo convenido, y al día siguiente se pusieron en camino de las fuentes del río Hoang-Ho, encontrando grandes facilidades para todo, merced al intérprete.

Después de quince días de marcha llegaron al término de su viaje. De entre un grupo de montañas salían las azuladas aguas del río.

Antes de penetrar en el recinto cerrado por las montañas, el intérprete, que era hombre sereno y precavido, dijo a Anselmo:

—¿Está usted dispuesto a intentar la aventura?

—Resuelto en absoluto; porque, como le dije a usted, soy muy valiente—contestó el joven.

—Sí; ya le vi a usted aguantar la bofetada con un valor extraordinario. ¿Sabe usted montar a caballo?

—Eso sí. ¡A mí no me derriba ningún animalito de esos!

—¡Magnífico! Pues yo daré la cara al monstruo, y cuando esté luchando conmigo se monta usted en él, y con esta espuela que va usted a calzarse, le hostiga. Luego deja usted que corra por donde quiera hasta que se canse, y no olvide que si le falta a usted ese valor de que blasona, está usted perdido.

Ya resueltos a seguir adelante púsose Anselmo en el pie derecho una espuela muy rara que tenía guardada el intérprete, y éste le dijo:

—Mientras tenga usted puesta la espuela no tema nada. En cuanto el monstruo intente tirarse al suelo para aplastar a usted, dele un buen espolazo. Siempre lista la espuela, y venceremos.

En efecto; internáronse nuestros dos viajeros en el monte, y a poco descubrieron el nacimiento del río. Era una especie de pozo, del cual salía un ruido como de agua que hierve. Alrededor una multitud de naranjos crecían sobre el fecundo suelo mos-

trando a la codicia unas naranjas hermosísimas; pero al acercarse los dos expedicionarios salió de la misma fuente un raro ser con cabeza y cuello de hombre y el cuerpo de caballo. El animal se encaró con ellos, y les dijo en chino:

—¿A qué venís aquí, si cuantos entran en este valle perecen?

Precisamente estaba haciéndome falta un poco de sangre para regar mis naranjos. Conque venís a propósito.

—Venimos —replicó el intérprete— a coger para medicina unas cuantas naranjas de las que a ti te sobran.

—Es imposible, porque si las comierais, me mandaríais a mí, y eso no he de consentirlo. ¡Antes moriréis!

—¡Mira que tengo el pellejo duro! —exclamó el intérprete madrileño.

—¡Ahora mismo voy a verlo! —gritó el monstruo; y se precipitó sobre el infeliz.

Pero no bien hubo avanzado dos pasos, cuando ya estaba Anselmo a caballo sobre el lomo



... agarrándose a las crines...

del monstruo, y dándole un feroz espolazo, le hizo correr como una exhalación.

—¡Bájate! —gritaba el animal—. ¡Mira que voy a estrellarte!

En aquel momento dio un bote terrible, y Anselmo (que dicho sea en secreto, era más cobarde que una rata) se asustó, aflojó las piernas, y fué a dar con su cuerpo en el suelo. El hombre-caballo se precipitó sobre él, y cogiéndole del vestido con la boca

Naranjas de la China

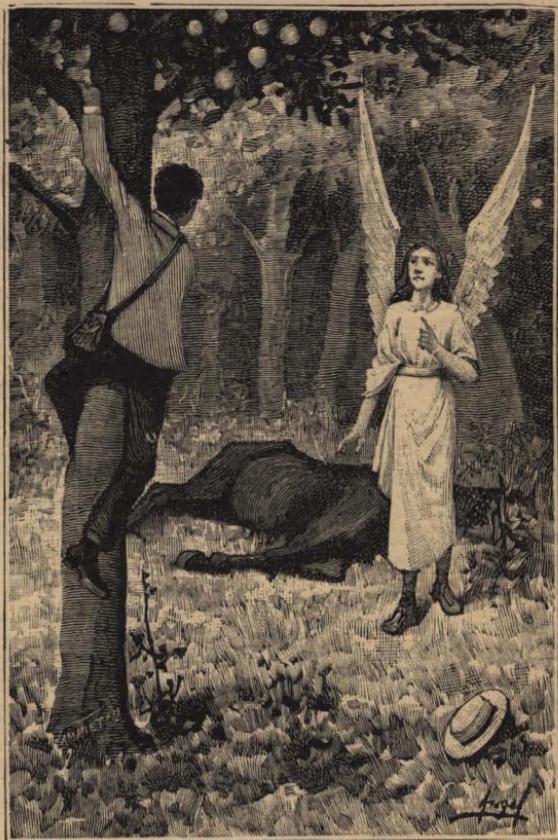
comenzó a tirar de Anselmo, que ya se daba por muerto y sepultado; mas su suerte hizo que al caer se clavara en el suelo húmedo la espuela; y, por más que tiraba el monstruo, no pudo moverle de donde estaba. Al fin hubiera logrado su propósito si el intérprete no se hubiera lanzado sobre el lomo del animal, agarrándose a las crines con un esfuerzo desesperado.

El caballo resolvió, saltó y trató por todos los medios de derribar al jinete; pero éste le pinchó en el cuello con su cuchillo hostigándole sin cesar, hasta que, rendido de fatiga el monstruo, se lanzó a la fuente y desapareció con el intérprete bajo el agua.

Cuando se vio solo, Anselmo se palpó con objeto de ver si tenía roto algún hueso, y cuando estuvo cierto de que su individuo no tenía la menor lesión, salvo el porrazo, que había sido fenomenal, quiso levantarse, pero inútilmente. La espuela se había clavado en el suelo de tal modo, que no podía moverse.

—¡Demontre!—exclamó— ¡Nunca había oído que las espuelas echaran raíces! Mas, por lo que veo, así sucede alguna vez.

Al fin consiguió desatarse la espuela y ponerse en pie. Lo primero que se le ocurrió, lleno de coraje, fue..... echar a correr, muy arrepentido de haberse metido en aventuras. En esto vio salir del manantial al hombre caballo llevando encima a su jinete.



— Yo soy el Genio de la Prudencia..

Cuentos de Calleja

Y, cosa rara, aunque salían del agua, el uno y el otro exhalaban llamas por ojos y narices. Temeroso Anselmo de que el monstruo le acometiera se encaramó rápidamente a un naranjo; y lo mismo fué tocar una de las naranjas, cuando el caballo cayó muerto, y el intérprete perdió su apariencia, convirtiéndose en un Genio de amable mirada y bondadosa sonrisa, el cual dijo dirigiéndose al joven:

—Yo soy el Genio de la Prudencia, que es una de las virtudes que te faltan. Cuando llegaste a China te castigué para enseñarte a no insultar a nadie; después he querido ayudarte en tu empresa con el fin de que no perecieras destrozado por este horrible ser que acaba de sucumbir. Come una de esas naranjas y guárdate otra; la primera te infundirá la modestia, enseñándote que nadie debe enorgullecerse de nada; la otra será tu consejera. Cuando la mires después de ejecutar una buena acción, la verás de color de rosa; si cometes algún acto malo, se pondrá verde, de un verde tan feo como tus actos. Y ahora date prisa, que quiero transportarte hasta tu casa, donde tu familia te espera con inquietud.

Anselmo se comió la naranja. En el momento sintió un dulce bienestar, y al mismo tiempo vio refrenarse sus atrevimientos y fanfarronerías. Se guardó otra en el bolsillo, y colocándose sobre los hombros del Genio, éste tendió sus alas, y remontando el vuelo, le condujo hasta la puerta de su casa.

Su familia, y muy especialmente su abuelo, le encontraron muy cambiado, sin duda a consecuencia de los pasados sustos; pero su mayor sorpresa fue al ver la modificación de su carácter y de su conducta.

—Y qué—le preguntó el buen viejo—, ¿trajiste naranjas de la China?

—Lo que he hecho, abuelito, es aprender a respetar a mi prójimo y a no meterme en temerarias aventuras.

—¡Gracias al Cielo!—exclamó el viejo—. ¡Que la Prudencia sea tu guía! Con ella se evitan muchas amarguras en la Tierra y se abren para los prudentes las puertas del Cielo.

EL PRÍNCIPE CALAMAR

CANSADO de escribir, me quedé una noche profundamente dormido, con la cabeza apoyada en la mano izquierda y la pluma apenas sostenida por los dedos de la mano derecha.

Ignoro si fueron unos minutos o algunas horas el tiempo que permanecí de esta suerte; pero es el caso que me encontré en un estado especialísimo, mitad dormido, mitad despierto. En esa rara situación en que todo parece a un tiempo sueño y realidad oí un extraño murmullo que partía sin duda del tintero. Parecía como si la tinta estuviera poblada de seres misteriosos que conversaran. Presté atención, y hete aquí la conversación que pude sorprender.

—Nuestro amo—decía una gota de tinta a sus compañeras— está aburrido porque quiere hacer un cuento y no tiene asunto. Miradle: ahí está dormido de puro cansado. La verdad es que si supiera lo que nosotras podríamos decirle, le sacaríamos sin gran fatiga del aprieto.

—Yo sé una historia muy bonita de un rey que gastaba zapatillas para andar por casa.

—¡Vaya una historia! Otras más divertidas se le han ocurrido a nuestro dueño, que al editor y al público le han parecido de perlas.

—Pues yo sé otra de un gitano...

—¡Lagarto! ¡Lagarto! No le vengáis con gitanerías al amo, que no puede verlos ni en pintura.

—Pues yo sé otra de animales.

—¡Uf! ¡ya está de animales hasta el copete!

—¡Vaya, señoras gotas, que la que sabe una historia preciosa soy yo! Pero a ustedes no se la cuento.

—¡Sí, sí! ¡Que la cuente, o la hundimos en los posos del tintero!

—Pues allá va, y manos quietas:

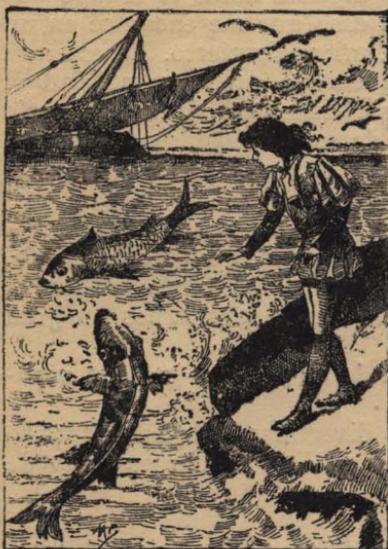
Una vez había un príncipe llamado Calamar por su destreza en la natación. Cortaba el agua como un pez-espada, y se sostenía como una trucha. El mar parecía su elemento, pues aun en los más terribles temporales y en las más fuertes borrascas el príncipe Calamar cruzaba las revueltas olas tranquilo y sereno.

Cierto día, en medio de una furiosa tempestad, vio una hermosa merluza perseguida de cerca por un pez-sierra que trataba de matarla. La perseguida corría como el viento; pero el perse-

guidor era fuerte y le iba a los alcances. De pronto se sumergió la merluza, y detrás el pez-sierra. Preocupado el príncipe Calamar con la suerte de la infeliz merluza, también se dejó ir al fondo del mar.

No bien hubo tocado con el pie un inmenso banco de corales, cuando advirtió que la que tomara por merluza era una encantadora joven, y el pez-sierra, un horrible monstruo que la perseguía.

Quedó admirado el Príncipe, y decidió volverse a la superficie para respirar, cuando observó que la joven se llegó a él, y poniéndole la mano en la boca le hizo tomar un aliento tan extraordinario, que de pronto no sintió necesidad de aire.



... vio una hermosa merluza, perseguida de cerca por un pez-sierra...

—¡Defiéndeme!—exclamó la joven con angustia—. ¡Ese tío quiere matarme!

Parece que debajo del agua se tutea todo el mundo y que se llama tíos a los que quieren matar a otro.

El príncipe Calamar, que era un joven muy galante y compasivo, se colocó frente al monstruo, resguardando con su cuerpo a la Princesa.

—¡Este nos traga a los dos!—dijo a la joven—; porque tengo la desgracia de nadar sin espada ni daga, y este bicharraco tiene unos dientes regulares.

—Pues por armas no lo dejes, porque tengo aquí un puñalito que da la hora—exclamó la joven—. Este puñal lo fabricaron un viernes a las doce, y lo templaron un sábado a las nueve. ¡Figúrate si será fuerte! Al forjarle escupió tres veces el armero, y mayó dos veces un gato romano. Eso le da un poder tan extraordinario, que si consigues meterle al monstruo la hoja en los sesos, no te quepa duda que le matas.

—¡Esa ya me la tenía yo tragada!—dijo el príncipe Calamar—. Pero ¿no tienes otras armas?

—Como no quieras un tintero que llevo, en calidad de secretario del rey de los peces...

—Pues mira; dámelo, que voy a tirárselo a la cabeza.

El príncipe Calamar

A todo esto el terrible monstruo no hacía mas que dar vueltas alrededor de los dos jóvenes, enseñándoles los dientes, no sabemos si para que vieran que los tenía limpios o para que se asustaran.

Aquel monstruo era un monstruo en todo, hasta en prudencia, y no creía que era decoroso exponer el pellejo cuando buenamente se podía zampar a los dos jóvenes aprovechando un descuidillo.

—¿Por qué no pides socorro?— dijo el príncipe Calamar a la joven—. ¿No vendrían en nuestro auxilio?

—Están tan lejos mis parientes, que, aun dando de barato que me oyeran, tardarían en llegar más que un simón por horas.

—Pues así no podemos estar, porque al fin nos cansaremos, y el monstruo nos tragará con vestidos y todo.

—¿Y qué hacemos?

—¡Ahora verás! Prepárate agarrándote a mi brazo, y luego me guiarás hasta donde está tu familia.

En aquel momento se acercó Calamar al monstruo, y levantando el brazo, le tiró el tintero a la cabeza; derramóse la tinta y enturbióse el agua de tal suerte, que el monstruo quedó como ciego, sin saber dónde estaban sus perseguidos. Estos desfilaron bonitamente por debajo del tío, como le llamaba la joven, y se marcharon más que aprisa, no con viento fresco, sino con agua fresca.

Apenas llegaron al palacio del rey del mar salieron al encuentro de los fugitivos cuatro guardias del 14.º tercio montados en soberbios caballos marinos. Al contarle la secretaria lo que les pasaba, uno de los guardias dijo rascándose una oreja con el sable:

—¡Malo, malo! ¡Ese monstruo no es otro que el mago Simarrón, que es un brujo de siete suelas, y me quedo corto!

—¡Pues, entonces, será de ocho suelas!—dijo Calamar.

—¡Nun venga cum bromitas!—dijo otro guardia, que sin duda era un pez de las costas de Galicia.



—Este nos traga a los dos—dijo a la joven...

Pasaron los jóvenes a presencia del Monarca, el cual los recibió con mucho agrado, en especial a su secretaria, pues había recibido varias cartas y no había podido leerlas, entre otras cosas, porque no sabía. El pobre Rey estaba tan aburrido, que no sabía si romper las cartas o ponerse a hacer calceta.

La secretaria, que se llamaba Zulima, cumplió en el acto su cometido enterando a Su Majestad del contenido de su correspondencia y disculpando su tardanza con la persecución del mago Simarrón, del cual se había visto libre merced al ingenio del príncipe Calamar.



... y Calamar se agarró con sus patas al pescuezo del cangrejo...

—Hablemos de otra cosa— dijo el Rey con acento solemne—. Ya habéis visto por esas cartas que me veo obligado a declarar la guerra al rey de los langostinos, porque uno de ellos se ha atrevido a pescar una merluza

—Si por eso fuese, señor— exclamó Calamar—, había que pasar a cuchillo a mi país. ¡Se pesca allí cada merluza!

—Además—añadió el Rey—, el mago Simarrón es amigo suyo; necesito vengarme del agravio que me ha hecho queriendo perniquebrar a mi secretaria. ¿Quieres tú ser de los nuestros?

—¡Sí!—exclamó Calamar.

—Pues toma este traje, y pón-telo siempre que quieras salir de palacio. En él encontrarás tus armas.

Dieron a Calamar un traje caprichoso, y a poco sonó la corneta tocando llamada y tropa. Formóse el ejército al pie de un barco sumergido, y a la cabeza se puso el príncipe Calamar con su traje nuevo.

Este era rarísimo: alrededor de la cabeza le brotaban una porción de patas, y en el centro tenía un enorme tintero, en el cual se soplabá con un canuto de caña.

Púsose en movimiento el ejército y marchó inmediatamente al reino de los langostinos, encontrando allí las tropas enemigas mandadas por un enorme cangrejo, que era el mago Simarrón.

Trabóse el combate, y Calamar se agarró con las patas al pescuezo del cangrejo, dándole dos soberbias embestidas. El mago

El tío de las narices

quiso morderle; pero Calamar le sopló tinta en los ojos y le dejó en condiciones de que le curara el oculista. Pero como no había ninguno a mano, tuvo que seguir luchando y tragando tinta a ciegas, hasta que se le puso el estómago como una chimenea llena de hollín. La tinta era mala, y Simarrón se envenenó, marchándose en seguida con las manos en el vientre y dando cada berrido que asustaba.

Vencido Simarrón, el pánico se apoderó de los langostinos, que huyeron, dejando una porción de prisioneros.

Cuando Calamar volvió al palacio, el Rey le nombró generalísimo de sus ejércitos, le casó con su secretaria Zulima, y de su descendencia vienen esos calamares tan ricos que sirven cocidos en su propia tinta.

—¡Bravo! Bravo!—gritaron las gotas, que habían permanecido silenciosas oyendo el cuentecillo—. ¿De modo que nuestra hermana la tinta del calamar es el arma que defiende a ese animalito? ¡Y luego dirán que no servimos para nada!

—¡Vaya—dije yo asomándome al tintero—; no os deis tono, porque lo que es vosotras no vais sirviendo para nada, ni siquiera para escribir, porque sois muy claras!

—Pues mira: pídele a tu amigo Calleja una tinta muy negra, mézclala con nosotras, y ya verás qué buena combinación.

La historia y el consejo me parecieron muy bien, y aquí los pongo a los efectos consiguientes.

Y ahora una pregunta:

¿Son los calamares los escritores, los escribientes o los escribanos del mar? No lo sé; pero de todas suertes, para el que tiene que escribir es una gran cosa nacer con el tintero colgado al cuello.

EL TÍO DE LAS NARICES

EL rey de Persia Abe-len-fuí estaba un día con los augustos pies metidos en una jofaina llena de agua de rosas, medio ingenioso a que apelaba para que se le ocurrieran ideas felices cuando estaba preocupado. Semiadormecido por los sublimes pensamientos que se agolpaban en su cerebro dió tres o cuatro cabezadas, frotóse los ojos, y reclinando la cabeza en un cojín, se quedó dormido. La corte contemplaba con silencioso respeto el dulce dormir de

Su Majestad, cuando un estrepitoso estornudo estremeció de horror a los cortesanos y despertó sobresaltado al Rey.

—¿Quién ha sido?—preguntó el Monarca.

—¡Señor—exclamó un joven—, he sido yo! ¡No he podido evitarlo!

—¿Le ahorco?—preguntó el gran visir.

—¡Todavía no; espera! Acabas de interrumpirme el más dulce sueño de mi vida. Pensaba en el medio de casar a la princesa Chan-ta-lán con un príncipe de su rango; y ya tenía elegido uno,



—¡Señor, he sido yo! ¡No he podido evitarlo!

cuando tu estornudo intempestivo ha hecho que todo se borre de mi imaginación. Deber tuyo es ahora adivinar mi sueño. Si me haces recordarlo, te perdono; pero si no, haré que te corten las narices para que no vuelvas a estornudar en toda tu vida.

—Señor—contestó el infeliz cortesano agarrándose las narices como si les diera el último adiós—, mi nariz y mi persona pertenecen a Vuestra Majestad; mas no dudo que, si me deja cinco minutos de reflexión, con la ayuda de Dios os haré recordar vuestro sueño.

Expirado este breve plazo que le fue otorgado por el Rey, acercóse el cortesano atrevidamente a las gradas del trono, y dijo lo siguiente:

—Poderoso Monarca, he aquí el único sueño digno de vuestro preclaro talento. Soñabais que doce príncipes solicitaban la blanca mano de la augusta princesa Chan-ta-lán; que once de ellos eran gallardos, y uno tenía un defecto: aquéllos eran poderosos, y éste, de menguada fortuna. Sin embargo, Vuestra Majestad eligió por príncipe heredero al candidato defectuoso.

—Si me dices por qué le elegí—interrumpió el Monarca—, tuyas son las narices.

—Le eligió Vuestra Majestad por ser el más aventajado en ingenio y haber vencido a sus contrincantes en las pruebas a que Vuestra Majestad los sometió.

—¡Muy bien! Ahora lo recuerdo perfectamente. ¡Que Dios te

El tío de las narices

consERVE tus narices por los siglos de los siglos, y que mi tesoro te entregue mil monedas de oro en premio a tu peregrino entendimiento!

Celebró la corte con lisonjero murmullo aquel acto del Monarca, y en seguida todos los que minutos antes huían como de un apestado del joven cortesano se aproximaron a él felicitándole.

—Pues bien—exclamó el Monarca—; quiero seguir las inspiraciones del ensueño cuya descripción habéis oído. Desde ahora queda abierto el concurso para aspirar a la mano de Chan-ta-lán. Avisad, gran visir, a todos mis embajadores, y que todas las cortes sepan cuál es mi decisión. Es condición precisa que los príncipes que aspiren a ser mis sucesores envíen con toda urgencia su retrato. Y ahora—añadió dirigiéndose a los trovadores de palacio— os permito que cantéis mis alabanzas; y a vosotros—dijo encarándose con sus cortesanos— os tolero que me aplaudáis por el talento que Dios me ha dado.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron a un tiempo los cortesanos.

—Habéis estado fríos—dijo el Rey—. Aplaudid con más entusiasmo, que yo os prometo no enfadarme aun cuando lastiméis mi modestia.

—¡Bravísimo! ¡Espléndido! ¡Sorprendente!—gritaron los de la corte, aplaudiendo como si fueran de la *claque* de un teatro—. ¡Qué ingenio! ¡Qué penetración! ¡Qué lástima si se nos malograra!

—No tengáis cuidado, que duraré para orgullo vuestro y regocijo de este país de imbéciles y brutos.

—¡Oh, qué buen señor! ¡Qué cumplimiento más delicado!

Anunciaron los embajadores el deseo de su señor en todas las capitales de los reinos vecinos, y bien pronto comenzaron a llegar memoriales y retratos de príncipes en todas las actitudes imaginables. Unos se acariciaban el bigote con aire de trueno; otros se rascaban melancólicamente la barba como si tuvieran herpes; otros, en fin, con una mano en la cabeza y la otra en el puño de la espada, como si perdonaran la vida a todo el mundo: en fin, que el rey de Persia reunió una colección variadísima. Pero entre todos descollaba uno por su horrorosa sencillez: el del príncipe de Tokay, que aparecía de completo perfil, luciendo unas narices tan diformes como nunca se habían visto otras, no ya iguales, pero ni en diez tantos aproximadas en todo el reino pérsico.

Hay mucha diferencia de decirlo a verlo. Porque aquellas narices inmensas, colosales, tenían de la base a la punta cerca de una vara del país, que equivale a dos de las de Castilla. Eso sí, eran gruesas en proporción del largo, lo cual casi hacía desaparecer

de la cara el resto de las facciones. El pintor, que sin duda era habilísimo, había expresado el aire de cansancio que le producía al Príncipe aquel peso tan poco equilibrado, y que estaba pidiendo a voces un contrapeso en el cogote.

Rió mucho el Rey al ver aquel fenómeno, y al verle reír también se atrevieron a burlarse del Príncipe los cortesanos; pero la Princesa, llamada a contemplar el retrato de aquel aspirante a marido, lejos de reír, comenzó a llorar con desconsuelo y a poco se desmayó.

—¡No quiero ver al tío de las narices!—gritaba—. ¡Valiente adfesio! ¿Y con esa cara se atreve a pedir mi mano? ¡Papá, declárale la guerra, cógele prisionero, y hazle el favor de mondarle las narices, aunque no sea más que por complacerme!



La Princesa comenzó a llorar con desconsuelo

También rió la corte las felices ocurrencias de la Princesa; y es que para cierta clase de gente no hay cosa más divertida que burlarse de los demás.

No se atrevió el Rey a desairar al príncipe de Tokay, y además tenía muchos deseos de ver de cerca aquella trompa de elefante; así fue que autorizó a su embajador para que le invitara a ir a Persia en el plazo señalado para los demás aspirantes.

Todo Teherán ardía en deseos de conocer a los príncipes, en especial al narigudo; el día

de su llegada toda la población se agolpó a la puerta por donde había de entrar a la capital. En efecto; acompañado de sus inseparables narices y de una modesta escolta, el príncipe de Tokay penetró en la ciudad, encaminándose directamente a Palacio.

—¡Qué hermosura!—decía la gente—. ¡Con tal nariz, bien repartida, se acababan los chatos en el mundo!

El Rey, que salió a recibirle, quiso darle el abrazo que marca la etiqueta; pero tropezó en la nariz, y a poco se saltó un ojo. Por fin un cortesano apartó cuidadosamente las narizotas, y pudo cumplirse la ceremonia palatina.

—La nariz es tremenda—decía el Rey poniéndose paños de

El tío de las narices

agua en el ojo herido—; pero no me parece tan grande como la del retrato.

—Soy de la misma opinión — añadió la Princesa—. Me parece tres o cuatro dedos más corta que lo que el pintor señala. Si aquí un artista me hubiera hecho lo que al príncipe de Tokay, de fijo que le mandaba dar una tunda de padre y muy señor mío.

—Pues para sonarse, ¡eche usted pañuelos!—dijo un cortesano.

—Se suena con una sábana—añadió otro.

Al día siguiente fueron convocados todos los príncipes para dar pruebas de su ingenio. Todos iban muy preocupados, menos el de Tokay, que llegó con el aspecto más natural y tranquilo.

—Señores príncipes —dijo el Soberano tomando asiento en el sillón del trono—, para decidir cuál es el yerno que más me conviene he dispuesto poner a prueba vuestro entendimiento, ya que las prendas personales están a la vista.

Todos los circunstantes miraron al Príncipe narigudo, que seguía tan tranquilo como si no fuese objeto de la general curiosidad.

—He aquí las preguntas que habéis de contestar: ¿Cuál es la cosa de más valor en el mundo? ¿Cuántas espuestas de tierra podrían sacarse del monte que se ve desde Palacio? ¿Y cuál es el compañero más traidor que todos tenemos?

Concedióseles una hora para que pensaran las respuestas, encerrados aisladamente. Formóse un tribunal compuesto de los hombres más sabios del reino, y después comparecieron uno a uno los aspirantes a la mano de la Princesa.

Unos declararon que tales preguntas eran demasiado difíciles para contestadas tan pronto: otros dijeron lo que les pareció; pero tan estúpidamente, que el tribunal y la corte no pudieron contener la risa.

Por último tocó el turno al príncipe de Tokay, el cual contestó inclinándose con respeto:

—La cosa de más valor en el mundo es la vida, porque es la más maravillosa obra de Dios. El monte que se ve desde Palacio tiene exactamente dos espuestas de tierra, siempre que se haga una en que quepa la mitad del monte. Y el compañero más traidor es el tiempo, que es nuestro amigo en la juventud, nuestro compañero en la edad viril, y al fin nos mata alevosamente en la vejez.

Sonrió el Rey, aprobó el tribunal, y aplaudió la corte. La misma Princesa pareció encantada.

—Sin duda alguna —dijo el Monarca— sois el vencedor en esta lucha de inteligencia; ahora falta que venzáis en la de fuerza y de destreza.

En la plaza pública se levantó un tablado para el Rey, los

jueces y la corte; y poco después los príncipes, revestidos de sus armas y montados en soberbios caballos, acudieron a la palestra.

Entregaron a cada uno una lanza, y comenzó la lucha. El primero de los príncipes luchó con el segundo, el vencedor con el tercero, y así sucesivamente.

El príncipe de Moscovia, que era un hombre fornido, llevó la mejor parte de la contienda y dejó a sus contrarios muy estropeados a lanzadas, derribándolos a todos de sus caballos y haciendo que se declararan vencidos, so pena de rematarlos como a corderos.

Cuando apareció el último, el endeble príncipe de Tokay, un murmullo de lástima circuló por el público. El de Moscovia no tendría para empezar. Además, como aquellas narices no cabían en ningún casco conocido, el Príncipe las llevaba al aire con la visera levantada. Era una desventaja manifiesta, pues el otro estaba cubierto de hierro de pies a cabeza.



... dióse un fuerte tirón de las narices...

Acercóse el de Moscovia al tablado donde se hallaba la Princesa, y le dijo:

—Bellísima Chan-ta-lán, sé que tenéis el capricho de que achiquen las narices al príncipe de Tokay, y yo voy a arrancárselas de raíz para ofrecérselas como regalo de boda.

Y diciendo esto arremetió a su contrario, que le esperaba muy sosegadamente. Chocaron las lanzas contra los escudos y saltaron en astillas. Quedaron encabritados los caballos; pero ni uno ni otro se movieron de la silla. Rotas las lanzas, echaron mano de las espadas, y comenzó un furioso martilleo, hasta que, rotos también los aceros, acercóse el príncipe de Tokay a su adversario, y con una sola mano —¡vigor increíble!— le sacó de la silla y le tiró rodando a la arena.

Resonó un aplauso formidable, y de todas partes dieron vivas al príncipe de Tokay.

Apeóse éste del caballo, y acercándose a su enemigo, que aún no había podido ponerse en pie, le hizo confesar su derrota. La Princesa le miraba entre asombrada y confusa, y el Rey dijo:

El tío de las narices

—¡Al fin te toca el narizotas! Pero consuélate, porque le pondremos una funda.

Acercóse el Príncipe al estrado, y después de recibir el parabién del Rey le dijo la Princesa:

—Confieso, príncipe de Tokay, que no sois guapo y que para serlo os falta, mejor dicho, os sobra bastante; pero tales muestras habéis dado de vuestro ingenio y esfuerzo, que seré sin repugnancia vuestra esposa.

—Mi bellísima Princesa—exclamó el caballero—, tan reconocido quedo a vuestra bondad, que no quiero amargar vuestra dicha sin haceros un regalo, que me consta será muy de vuestro gusto. Mi adversario os ofreció regalaros mis narices, culpa de vuestra pasada antipatía; y ya que él no ha logrado su propósito, séame lícito entregároslas yo mismo.

Y al decir esto, con gran asombro de los circunstantes, dióse un fuerte tirón de las narices y se las arrancó de cuajo. Dio la gente un grito creyendo que aquel hombre iba a morir; pero, entre la general sorpresa, se vio que debajo de aquellas narizotas de cartón llevaba las suyas naturales, que por lo finas y bien modeladas en nada tenían que envidiar a las mejores:

El príncipe de Tokay no era otro que el cortesano del estornudo.

—He apelado a este recurso—añadió— porque quería que me conociérais y amaseis por mis cualidades, y no por mi rostro, pues la belleza es cosa que pasa pronto, y el talento es un don divino mucho más duradero.

La Princesa a poco muere de gozo viendo tan arrogante a su futuro, y el raro suceso fue la conversación de toda la ciudad.

Celebráronse con gran pompa las bodas, y los nuevos esposos fueron muy felices, según cuentan las crónicas de Persia.

En una habitación de la Princesa, y bajo un lindo fanal, estaban las narices de cartón del falso príncipe de Tokay.

Debajo de ellas se leía la siguiente inscripción:

«Los defectos físicos no valen nada cuando se tiene el corazón generoso y elevado, y claro el entendimiento.»

VERDADES Y FICCIONES

EN las inmediaciones del pueblo de Villamanteca se presentó un terrible jabalí que traía aterrada a toda la comarca. Se contaban por docenas los que habían perecido destrozados por sus terribles colmillos, y tal fue el pánico que se apoderó de la gente, que en todo Villamanteca no hubo quien se atreviera a salir de las tapias del pueblo.

Se contaba que las balas rebotaban sobre la piel del feroz animal como sobre planchas de acero, y por esta y otras cosas se dio en decir que el jabalí de nuestro cuento no era lo que parecía.

Una tarde llegó a Villamanteca cierto elegante joven a quien los ardores de la caza habían extraviado de su camino. Era el marqués del Pepino Amargo, cuya antiquísima prosapia destilaba nobleza por todos cuatro costados.

Cuando le enteraron del suceso anunció su propósito de libertar al pueblo de aquella horrible plaga, y sin hacer caso de los consejos que le dieron montó a caballo, empuñó la escopeta, y seguido de su perro se lanzó valerosamente al campo. No bien se hubo separado de la población como un tiro de bala, el perro se paró en seco, y lanzándose luego sobre unas matas, hizo salir del escondrijo a una hermosísima liebre. Aquella no era una liebre ordinaria, porque, a más de correr como el viento, además de sus cuatro patas naturales, tenía otras cuatro sobre el lomo, de manera que cuando se cansaba se volvía y seguía corriendo como si tal cosa. El joven espoleó a su caballo, que saltando zanjas y vallas emprendió una frenética carrera; mas cuando ya creía tener a la liebre en su poder, vio venir a la terrible fiera de que le hablaron en Villamanteca. Era un jabalí, un enorme jabalí de cerdas rizadas y terribles colmillos, que, arremetiendo con furia, mató inmediatamente al caballo que montaba nuestro joven.

Por fortuna de éste cayó lejos del caballo, y, aprovechando los instantes que invirtió la fiera en rematar al corcel, se puso en salvo trepando a un árbol.

Bien pronto se acercó el jabalí hasta el pie de su refugio, y con voz estentórea le dijo:

—¡Eres hombre muerto; porque aquí donde me ves no soy lo que parezco y puedo tomar la forma que me agrade! Seré águila

Verdades y ficciones

si quiero, y te destrozaré a picotazos; seré león si me place, y te destrozaré entre mis garras; seré caimán, y te tragaré; mas, como eres simpático, elige la muerte que te sea más agradable.

—¡La tuya! —dijo el joven sin vacilar; y apuntando precipitadamente con su escopeta, disparó, yendo la bala a cortar la punta del rabo de la fiera.

—¡Ah, bandido! —gruñó el jabalí — ¡Eres hombre de suerte, y me has vencido! Yo soy el mago Caraculiambro, guardador de la fuente amarga, cuyas aguas dan la sabiduría a quien logre beberlas; pero no creas que lo has logrado todo: tienes que vencer obstáculos terribles. Mi rabo te servirá de talismán para llegar al sitio de la lucha.

—¿Y por qué defiendes esas aguas?

—Porque el que las beba será mi dueño, y no tengo ganas de ser esclavo.

Bajóse el joven del árbol, y acercándose al jabalí, vio que éste cogió en la boca el trozo de cola y con la mayor sumisión se la puso en sus manos.

—Toca con este talismán la peña blanca de la montaña, y estarás en camino—. Y al decir esto el jabalí se convirtió en águila y desapareció por los aires.

El marqués del Pepino se encaminó a la montaña. Con arreglo a lo que le había dicho el jabalí, tocó con aquel amuleto una gran peña blanca que había en la ladera del monte. Instantáneamente se oyó un formidable crujido y se abrió la peña, que dejó ver la



... otras cuatro sobre el lomo...

Cuentos de Calleja

entrada de una espaciosa galería. Penetró por ella nuestro joven, y al final se ofreció a su vista un soberbio paisaje. Allá a lo lejos se oía el rumor de una cascada, cuya suave música no igualaran los más dulces instrumentos. Quedó un punto embelesado; más un formidable rugido le sacó de su arrobamiento, y al volver la



... cogió en la boca el trozo de cola...

cabeza se encontró frente a frente de un león espantoso. El joven sacó el cuchillo y se dispuso a vender cara su vida. Dio la fiera un salto enorme para caer sobre el Marqués; pero éste le tiró con la mano izquierda el rabo del jabalí, que al tocarle le hizo caer al suelo como herido por una bala de cañón. Entonces el joven le degolló, y cogiendo la sangrienta cabeza por las melenas se aproximó a la fuente, cuyas limpias aguas excitaban su sed.

Pero aún no había concluido la peligrosa aventura, porque veinte pasos más allá le aguardaba un enorme cocodrilo de abiertas fauces y mirada de fuego, que dijo a nuestro joven:

—Vuélvete a tu casa, y te tendrá más cuenta, porque si no, vas a servirme de almuerzo.

—¡Mira que estoy un poco duro—exclamó el mancebo—, y puedes quedarte mellado para todos los días de tu vida!

—Mejor; así me hará más gracia— Y al decir esto se precipitó sobre el Marqués.

Este tuvo una inspiración maravillosa; porque al sentir de

Verdades y ficciones

cerca la terrible boca del animal, arrojó en ella la cabeza del león, y, empujándola con la escopeta, hizo atragantarse al cocodrilo en términos que se ahogaba. Volvióse entonces, y con una voz que le salía por debajo de la cola dijo:

—Bien veo que no puedo defenderme; pero, ya que me has vencido, despéname dándome un tiro por donde hablo en este momento. Entiérrame con el león en este mismo sitio, y cuando bebas en la fuente amarga nos convertiremos en tus mejores amigos.

Así lo hizo el joven, que aproximándose a la fuente cogió en ella el agua que cabía en el hueco de su mano y bebió con avidez. No bien tocaron sus labios aquella agua cristalina, cuando se encontró dotado de una maravillosa inteligencia que le hacía penetrar los más recónditos arcanos de la Naturaleza. Su vista descubría el oro y las piedras preciosas a través de los montes y de las rocas; pero al propio tiempo sintió en su corazón un desprecio profundo hacia todos los tesoros de la Tierra; una luz vivísima penetró en su alma, y alzando al Cielo los ojos, se sintió tan pequeño, que cayó de hinojos adorando al Omnipotente. Al volver los ojos a su alrededor vio tres damas de celestial hermosura que le miraban con dulce expresión de afecto.

—¿Quiénes sois?—les preguntó el joven.



... y empujándola con la escopeta...

—Yo —dijo una— soy la Virtud, con la cual se va con paso firme por la vida hasta llegar al Cielo.

—¡Bendita seas!—exclamó el Marqués besando la orla de su vestido.

—Yo soy el Valor —respondió la segunda—, el valor noble y santo que hace al hombre dominarse a sí mismo.

—¡Sé bendito también, porque eres el más grande y el más difícil de los valores! A ti te conozco: eres la Perseverancia, con la cual todo se logra en la vida. Sed mis compañeras, que yo prometó no abandonaros nunca.

Cada una de las tres damas se inclinó ante el joven, y todas depositaron un beso en su frente. Aquellos labios inmateriales comunicaron a su espíritu una serie de dulces sensaciones que le infundieron bríos desconocidos. Las tres damas se desvanecieron lentamente, como azuladas nubecillas, y el mancebo se despidió de ellas diciendo:

—Siempre os llevaré en mi corazón, porque me habéis enseñado a conocer mi pequeñez. Cuando después de mil esfuerzos el hombre logra alcanzar la sabiduría, no se preocupa con las fugaces vanidades de este mundo, sino que eleva a Dios su corazón y le adora con todas las fuerzas de su alma.

LA CAJA DE LOS DESEOS

IBA por un camino cierto muchacho, cuando se encontró dos soldados que habían recibido la licencia y se volvían a sus casas.

Admirados de que viajase solo y por tan intrincados vericuetos un chico que apenas tendría doce años, no pudieron menos de preguntarle:

—¿Adónde vas, chico?

Y el muchacho contestó sin inmutarse:

—Voy por la caja de los deseos.

—¿Y qué caja es ésa?—preguntaron los militares.

—Es una cajita prodigiosa, que tiene dentro lo que se quiere.

—¡Vamos, muchacho; tú estás malo! ¿Cómo es posible una

La caja de los deseos

cosa tan rara? ¡Vuelve a tu casa, y no te metas en aventuras ridículas!

—Ustedes dirán lo que quieran; pero soy aragonés, ¡otra! He dicho que voy por la caja, y lo dicho, dicho.

—¿Y dónde está esa caja?

—Está en la montaña donde se paró el arca de Noé después del diluvio. Se llama el monte Ararat, y está en la Armenia.

—Y eso de Ararat y de Armenia, ¿con qué se come?

—Se come con Geografía, caballeros. ¡Y basta de bromas, que tengo malas pulgas y buenos puños!

Hizo bastante gracia a los soldados el atrevimiento del muchacho, y acercándosele cariñosamente se ofrecieron a acompañarle.

A los dos días de camino encontraron una casita que tenía trazas de estar deshabitada. Penetraron en ella los tres, y no encontraron a nadie.

El muchacho, que, por lo visto, estaba muy bien enterado, tendió su manta en el suelo, hizo que se acostaran los soldados en ella, se acostó luego él, y en el acto quedaron todos dormidos como piedras. La manta salió por el aire llevada por manos invisibles, y sobre ella, sin moverse, los tres expedicionarios.

Cuando despertaron halláronse en otra casa exactamente igual a la primera; tanto, que creyeron no haberse movido del sitio; pero al asomarse vieron que se encontraban al pie de una escarpada montaña, negra como si fuera de carbón, y toda llena de precipicios.

Junto a la puerta oraba un fraile de lengua barba blanca.

Se le acercaron el aragonés y los militares, y le preguntaron si aquel monte era donde se encontraba la caja de los deseos, y el fraile les dijo:

—En efecto, hijos míos; allá se encuentra, en lo alto de la montaña, junto a los vestigios del arca de Noé. Pero no hay quien llegue a poseerla, porque, sin hablar de lo que hay después, bástelos saber que al llegar a la mitad del monte se apodera del que sube un sueño tan profundo, que pierde el conocimiento, y cuando le recobra se encuentra aquí mismo, sin saber cómo, quién ni por dónde le han traído.

Miráronse uno a otro los militares, y después de un momento de duda dijeron:

—Pues si no es más que eso, vamos a probar.

—Pues venced el sueño —dijo el fraile—, y desconfiad de las aves. No puedo deciros más.

Despidiéronse del sacerdote, y comenzaron a subir por la mon-

Cuentos de Calleja

taña. El muchacho iba cargado con unas pesadas alforjas, de las cuales ni un momento se había separado.

El camino era muy peligroso; por todas partes se abrían enormes simas. Cuanto más arriba llegaban, tanto más penosa iba haciéndose la cuesta que conducía a la cima del monte.

Por fin llegaron los tres a una pequeña explanada situada poco más o menos a la mitad del monte, y allí se sentaron a descansar.

—¿Sabes —dijo uno de los soldados— que me está entrando un sueño de primera?

—Pues el que yo tengo no es de segunda—contestó el otro.

—Y el mío—añadió el muchacho— no es de tercera.

—Pues echemos un sueño, y luego seguiremos—dijo el primero.

Pareció bien la idea a su compañero, y ambos se acostaron en un macizo de hierba. No bien dejaron caer en el suelo la cabeza, cuando se quedaron dormidos como troncos.

El aragonés quedó un rato perplejo, sin saber qué resolución tomar; pero de pronto dijo:

—¡Canastos que no me acuesto! ¡Si me duermo ha de ser andando!

Y echó a correr monte arriba.

Al principio el sueño le dominaba en tales términos, que apenas podía moverse; pero no bien hubo andado cien pasos por encima de la meseta cuando co-



Despidiéronse del sacerdote...

menzó a despejarse en términos que a los pocos minutos no tenía la menor gana de dormir.

Volvió la cabeza hacia el sitio donde quedaban dormidos sus compañeros de viaje; pero ya no los vio. Sin duda habían sido llevados a la casa situada al pie del monte.

Con todo, la fatiga era mucha, y el muchacho comenzó a sentir hambre y sed.

—Estaba —decía el chico— por sentarme y tomar un bocado. En esto un águila que volaba cerca de allí le gritó:

—¡Siéntate y come! ¡Siéntate y come!

—¡Otra! —dijo el aragonés—. El Padre me dijo que no me

La caja de los deseos

fiara de las aves; y como el águila es ave, no me fío del águila. Además esos pajaricôs que hablan no son para que nadie confíe en ellos.

El águila comenzó a dar vueltas alrededor del muchacho, el cual no le quitaba ojo. De pronto se lanzó sobre las alforjas, sin duda con ánimo de llevárselas por el aire; pero el aragonés era listo, y tomó tan bien sus medidas, que no había hecho el águila más que llegar a dos metros de él, cuando recibió dos fuertes estacazos en la cabeza.

Tan fuertes fueron los golpes, que el águila cayó atontada dando un fuerte graznido.

—¿Querías llevarte mi comida? ¡Toma, por ladrona!

De pronto el águila se convirtió en un lobo, con el lomo erizado y los ojos chispeantes. Sin perder un segundo se lanzó con la boca abierta sobre el aragonés; pero éste, que tenía mucho valor, le dijo:

—¡No me hiciste temblar de águila, y tampoco te temo con ese pelaje! ¡Ven, y te daré para castañas!

En efecto; poniendo por delante las alforjas recibió con ellas el empuje de la fiera, y manejando el garrote con la velocidad del viento propinó al lobo tan hermoso garrotazo en la boca, que le hizo escupir los colmillos.

El animal cayó, pero en cuanto tocó el suelo se convirtió en un toro de afilados cuernos que mugió con furia y arremetió al pobre muchacho.

Apenas le vio éste gritó lleno de alegría:

—¡Caramba, y cómo ha crecido! ¡Poquito que me gusta a mí torear!

Y desplegando la manta a guisa de capote, comenzó a burlarse del toro como si se tratara de un cordero.

Por fin el animal desapareció, convirtiéndose en un inmenso cigarrón con grandes alas.

—¡Vaya, pues al cigarrón no le toreo!—exclamó el aragonés.

—Móntate sobre mi lomo—dijo el animal.



—¡Poquito que me gusta a mí torear!

Cuentos de Calleja

—¡Díselo a quien te crea!—contestó el muchacho.

—Soy amigo tuyo: sube, te digo.

—La verdad es —dijo el chicuelo— que de quien debo desconfiar es de las aves; pero el cigarrón no es ave, y eso que tiene alas.

Por fin se decidió, y colocando primero sus alforjas sobre el lomo del cigarrón, iba también él a montar cuando el insecto echó a volar riendo a carcajadas y gritando:

—¡Ya eres mío, tonto! ¡Ahora voy a estrellarte!

Pero el aragonés comprendió en seguida que aquel endiablado animalejo se había precipitado y que al sentir el peso de las alforjas creyó que ya se había montado el chico, y por eso levantó el vuelo y desapareció.



Por fin pudo nuestro hombre continuar su marcha sin nuevas peripecias hasta llegar a la cima. Ya en ella, vio unos maderos, y al lado de ellos, una cajita de muy pequeño tamaño colocada sobre una piedra. Cogió la caja, y para cerciorarse a su satisfacción de que era aquélla la de los deseos, dijo:

—Quiero encontrar dentro mis alforjas.

Metió la mano, y en efecto, las encontró; pero muy pequeñas; sólo que conforme tiraba de ellas fuera de la caja iban recobrando su tamaño natural.

Conociendo que ya tenía en su poder la caja de los deseos, la cogió y echó a correr monte abajo, deseando llegar a la casa donde el fraile le esperaba. Allí vio a los dos militares, que sentados a la puerta no disimulaban su contrariedad por haber fracasado en su empresa.

—¿Traes la caja?—le preguntaron.

—¡Aquí está!—dijo el chico.

—¡Pues nuestra es!—gritaron los soldados; y abalanzándose al aragonés, pretendieron quitársela.

Ya estaba casi vencido, cuando dijo:

—¡Deseo que os metáis en la caja!

Y los militares se achicaron y desaparecieron en la cajita.

El zorro de las gafas

La cerró el muchacho, y se volvió a su pueblo.

En el camino se encontró un toro que le acometió.

Como no tenía ganas de correr, porque estaba cansado, dijo:
—Deseo que te entres en la caja.

Y el toro se achicó y entró.

De pronto salió un ruido tremendo del interior del mueble.

Era que el toro se había encontrado a los militares y se verificaba una corrida completa.

Cayó entonces en la cuenta el chico, tuvo lástima de los militares, y quiso que salieran; pero estaban tan estropeados, que apenas podían moverse. Tales los puso el toro.

Cargó con ellos el muchacho, y así fueron algunos días, hasta que se le ocurrió al de Ricla desear que llegaran en seguida a su pueblo, y la caja tomó carrera y se los llevó a todos por el aire.

El muchacho es ya un hombre rico que posee cuanto dinero le da la gana, pues no tiene más que desearlo; hace muchas obras de caridad, y goza fama de bueno.

El otro día un ladrón abrió la caja misteriosa con ánimo de robar lo que hubiera dentro; pero se encontró con un toro de seis hierbas que le dio una paliza morrocotuda y le hizo pedir a gritos que le metieran en la cárcel o que le mandaran a presidio, todo con tal que le quitaran el toro de encima.

—¿Y dónde está ahora la caja?—preguntará algún lector curioso.

Pues la caja de los deseos la tenemos todos al alcance de la mano. Con perseverancia y fe se alcanza siempre lo que se quiere.

EL ZORRO DE LAS GAFAS

EL recuerdo de la niñez despierta siempre en mi memoria el de mi madre, que inclinada sobre la cama en que yo dormía y acariciándome como solamente las madres saben hacerlo, me refería cuentos y más cuentos, que yo interrumpía con inocentes preguntas, hasta que al fin el sueño cerraba mis párpados y me dormía al arrullo de aquella voz querida.

Una noche me refirió el siguiente, que se me ha quedado impreso para siempre: de tal modo me interesó.

«Una vez iba un hombre por un camino, cuando encontró al lado de la cuneta una serpiente. El día era de riguroso invierno, hacía un frío terrible, y la serpiente estaba helada y en trance de muerte.

Compadecido el hombre de la suerte de aquel animal, le cogió con cuidado y le colocó en sus alforjas para que allí el calor le reanimara. Así sucedió en efecto, y al poco rato la serpiente salió de las alforjas despezándose como se despezan las serpientes y bostezando: si no estiran los brazos, es por la sencilla razón de que no los tienen.

Así que se sintió completamente bien se dirigió a su bienhechor y le dijo:

—Mucho te agradezco tu caridad; pero tengo un hambre espantosa, y, con harto sentimiento mío, tengo que comerte crudo, ya que no encuentro forma de darte un par de vueltas en la parrilla.

El hombre se quedó como quien ve visiones: todo lo esperaba menos aquel rasgo de ingratitude.

—Pero, señora serpiente —decía el pobrecillo—, repare usted que estoy en los huesos y va usted a sacar muy poca sustancia de mí. Además, me debe usted la vida, y debe respetar en cambio la mía.

—Amigo —dijo la serpiente—, cantas bien, pero entonas mal. El hambre es mala consejera, y el estómago está pidiéndome carnicita fresca, pero pronto.



... encontraron a un toro...

—Veamos si hay medio de arreglarlo todo—exclamó el hombre—. Vamos a someter la cuestión a tres jueces, sean los que fueren, y si me condenan, tendré el consuelo de morir a lo menos por dos votos. ¡Quien no se consuela es porque no quiere!

Algo refunfuñó la serpiente; pero al fin era tan manifiesta su deuda de gratitud, que accedió a lo solicitado, y hombre y serpiente se pusieron en camino.

Apenas habían andado doscientos metros encontraron a un toro, al cual tomaron como juez de su pleito, exponiendo cada uno las razones en que fundaba su derecho.

El zorro de las gafas

—A mí —dijo el toro—, como no soy muy letrado, me parece que la cosa está muy clara. Mi sistema es vencer por fuerza. Tú—dijo a la serpiente—tienes más fuerza que éste; pues debes comértelo en el acto sin más contemplaciones.

Y saludando con el rabo se alejó.

—¡Ya tengo un voto! —dijo la serpiente, y siguieron adelante.

El segundo juez fue un pollino toledano que volvía del campo de recibir de manos de su dueño una soberana paliza; y así, lleno de rencor hacia el hombre, contestó a las preguntas que le hizo la serpiente:

—¡O yo soy un burro, o lo más derecho es que te manduques a este bergante! ¡No esperes de los hombres nada bueno!

—Pues ya tengo dos votos—dijo la serpiente relamiéndose—; de modo que me parece inútil buscar el tercero, porque de todos modos estás sentenciado.

—Lo prometido es deuda —interrumpió el hombre—; y tú ofreciste que consultaríamos tres jueces.

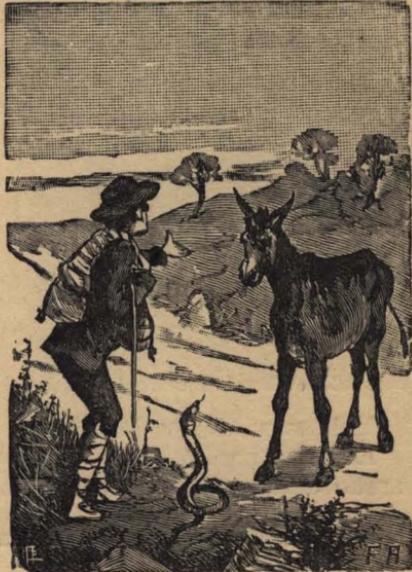
—Puesto que te empeñas, adelante—contestó la serpiente.

Mucho tuvieron que andar, hasta que al fin dieron con el tercer juez de aquel litigio. Era un zorro muy zorro, de los más sabios de su clase, con más conchas que un galápago y más picardías que un costal de ellas. Al enterarse de lo que se le pedía se recostó contra un árbol, se caló unas gafas disformes, y encarándose con los litigantes les dijo:

—A mí no me bastan palabras. Yo necesito ver por mis propios ojos cómo ha pasado todo. Soy zorro de conciencia más estrecha que un calcetín, y necesito estar muy bien enterado antes de dar mi voto. Veamos tú, serpiente, cómo estabas cuando este hombre recogió.

La serpiente se colocó poco más o menos en la misma postura que tenía cuando la recogió el hombre medio helada.

—A ver tú, hombre, cómo la metiste en la alforja.



... un pollino toledano...

Cuentos de Calleja

El hombre obedeció, y metió en las alforjas a la serpiente, que dócilmente se dejó meter para que el zorro se enterarse.

—¿Y cómo cerraste la alforja?—preguntó el zorro.

El hombre la cerró con una cuerda.

—¿Y cómo no mataste a la serpiente cuando la tenías encerrada?

—¡No caí en la cuenta!—
dijo el hombre.

—¿Y por qué no la matas
ahora?

—¡Pues es verdad!

Y cogiendo el hombre una
piedra, mató a la serpiente, que,
encerrada en la alforja, no podía
defenderse.

—Me parece — dijo el zorro—
que te he librado la vida;
y así, creo no tendrás inconveniente
en regalarme un par
de gallinitas de tu corral, sobre
todo una rubia y otra blanca
que están diciendo ¡comedme!

—No, hijo, no; porque estas
gallinitas se las ha de comer esta
persona—dijo señalándose a sí
mismo el hombre—. Y tú, para
que vayas aprendiendo a vivir,
¡toma!

Y le sacudió dos leñazos en las costillas.

El zorro perdió la serenidad y las gafas corriendo, y si no ha
parado desde entonces, bien lejos andará.



Y cogiendo el hombre una piedra...

LA CABRITA ROJA

TRES muchachos se extraviaron en el interior de un espeso
bosque próximo a su aldea, en el cual era fama que había
una cabrita roja que devoraba a los pequeñuelos.

Los niños trataron de buscar salida; pero como estaban des-
orientados, cada vez se internaban más en el bosque.

La cabrita roja

Por fin, rendidos de cansancio y aniquilados por el desaliento, se detuvieron y rompieron a llorar.

El Sol desapareció en el horizonte, y la noche, con sus terro- ríficas negruras, substituyó a la esplendente claridad del día. El silencio de la selva y la obscuridad medrosa que reinaba eran capaces de poner espanto en el pecho más animoso.

Acurrucaditos los tres chicos junto al tronco de un árbol lloraban su desdicha, cuando un ruido los sobresaltó.

Alguien se acercaba. ¿Quién sería? ¿Amigo o enemigo? ¿Irían a salvarlos, o a causarles daño?

Poco tiempo duró la duda. Se oyó un balido, y por entre los árboles apareció la borrosa silueta de una cabra.

El terror dejó paralizados a los arrapiezos.

Era la terrible cabrita roja. ¡No cabía duda! Sus ojos despedían un fulgor extraño que alumbraba a larga distancia: se los hubiera tomado por dos linternas o por dos gigantes gusanos de luz.

Su piel, roja como la escarlata, estaba cubierta de largo y sedoso pelo que caía en ondas de un brillo deslumbrador. Los cuernos parecían de oro bruñido, y de diamante las pesuñas: toda ella despedía una misteriosa claridad, como si fuese de cristales de colores, y en su interior brillasen luces intensísimas.

Por un momento creyeron los muchachos que podrían escapar sin ser vistos; pero la luminosa mirada del animal los descubrió.

—¡Sois míos!—les dijo después de balar de un modo siniestro—. Ya sabéis que devoro a los niños que se atreven a penetrar en mi bosque.

Los muchachos no pudieron articular palabra.

—¡Levantaos y seguidme!—añadió; y los desdichados la siguieron aterrORIZADOS.

El animalejo volvía de vez en cuando la cabeza para cerciorarse de que le seguían.

A poco descubrieron los niños una choza, y allí penetraron,



... se detuvieron y rompieron a llorar.

siempre precedidos por aquel animal, que, sin duda por permisión divina, tenía el don de la palabra.

Llegaron a la choza, cuya puerta estaba cerrada. La cabra baló de un modo extraño, y la entrada se franqueó inmediatamente sin ruido alguno. Dentro reinaba la obscuridad más completa; pero bastó que la cabrita dirigiera una de sus luminosas miradas a una lámpara que colgaba del techo, para que se encendiera en el acto, como si hubieran aplicado un fósforo a la mecha.

Allí no había sillas, ni muebles, ni nada. Las rústicas paredes se ofrecían completamente desnudas a las miradas de los aterrados niños. De pronto la cabrita dio un bote y aplicó un soberbio topetazo contra el suelo. La choza se estremeció y empezó a oscilar como si bailara una danza de compás extraño; la tierra se abrió, y dejó ver la espaciosa escalera de un soberbio palacio subterráneo.



... volvía de vez en cuando la cabeza.,

—¡Pasad!—dijo la cabrita; y los niños bajaron aquellos alfombrados escalones, penetrando en soberbias cámaras donde resonaban mil hechiceras armonías de dulces voces y de sonoros instrumentos.

Numerosa corte de bellas damas y hermosos pajes salió al encuentro de la cabrita, prodigándole toda clase de agasajos. Cuatro caballeros lujosamente vestidos llevaban un manto real, con el cual cubrieron al raro animal. Numerosa corte de bellas damas y hermosos pajes salió al encuentro de la cabrita, prodigándole toda clase de agasajos. Cuatro caballeros lujosamente vestidos llevaban un manto real, con el cual cubrieron al raro animal. lejo, que iba arrastrando por los salones la enorme cola de aquel símbolo de la realeza.

Aquello era deslumbrador. Los niños recorrían con mirada atónita las mil y mil riquezas que en aquella encantada mansión se atesoraban. El asombro superaba ya al terror.

Por fin, después de recorrer gran número de habitaciones, penetró la comitiva en un cuarto de rojas paredes, de rojos muebles y de rojas luces. Allí se sentía algo como el tibio vaho de la sangre; pero de una sangre fosforescente que despedía vivos centelleos en el mármol de las paredes y en el bruñido de los adornos.

El efecto, con ser hermoso, causaba en el ánimo una penosa

La cabrita roja

impresión: más que una cámara regia, dejaba la impresión de un degolladero. Aquello era sangre, o por lo menos lo parecía. El mismo pavimento tenía rojizos destellos que formaban la ilusión de que se andaba sobre charcos de sangre.

De pronto se encendieron las luces y... ¡horror! Los candelabros eran esqueletos de niños que despedían una claridad siniestra por el hueco de los ojos y de la boca.

—Mirad — dijo la cabrita volviéndose hacia los niños—: me faltaban tres candelabros, y ya los tengo. Vosotros completaréis el adorno de mi sala roja, que causará la admiración de propios y extraños.

Y su alegría se tradujo en un balido aterrador.

Los niños quedaron medio desvanecidos de miedo.

A una señal del siniestro animal apareció un hombre de enmarañada barba y espesa cabellera negra blandiendo un enorme sable.

Los niños se desmayaron, creyendo segura su muerte.

¿Qué pasó? No lo sabemos.

Por el pueblo había corrido la voz de que los tres niños de nuestro cuento perecieron por obra de la terrible cabrita roja. Los padres de los desgraciados pequeñuelos recorrieron el bosque, llenos de desesperación, buscando a los hijos de sus entrañas. En vano recorrieron la selva en todas direcciones: no se halló el menor rastro de los desaparecidos.

Como era lógico, el suceso dio mucho que hablar. Las autoridades avisaron en todas direcciones para que se buscara a los extraviados; pero todas las gestiones resultaron estériles, y los pobres padres lloraron su amargura, sin encontrar consuelo a su dolor.

Así las cosas, los compañeros de los tres pequeñuelos dieron tregua a las pedreas y se reunieron una tarde al pie de un árbol, convocados y presididos por sus jefes.

Se trataba de un proyecto importante. El jefe lo formuló de este modo:

—¡Compañeros! Andrés, Luis y Paquito han desaparecido. Estamos en el deber de buscarlos, y, si preciso fuese, de matar a pedradas esa endiablada cabrita que está en el bosque.

Todos dijeron que sí, y se acordó que aquella noche, en vez de jugar como de costumbre, saldrían formados como militares a recorrer el bosque en busca de la terrible cabrita.

A las ocho acudieron casi todos, porque uno tuvo miedo, y

otros dos no pudieron salir de casa. Todos iban armados de punta en blanco: quién, con una navaja; quién, con un palo; éste, con el mango de una escoba; aquél, con un cuchillo. Sólo uno, el jefe de uno de los bandos, que era el mayor de todos y tendría unos catorce años de edad, no llevaba arma de ninguna clase.

La tropa se puso en marcha silenciosamente. Por atajos y veredas llegó al bosque, en cuyo centro se encontró a cosa de las nueve. Hacía una Luna espléndida, que prestaba al paisaje melancólico encanto, en el cual seguramente no reparó la turba de esco-

lares, preocupada con su miedo a la terrible cabrita.

Si hemos de decir la verdad, la mayor parte de los pequeños, la *clase de palotes*, como los llamaban los mayorcitos, hubiera dado algo bueno por no meterse en aquella peligrosa aventura. Sólo los sostenía el valor del jefe, que avanzaba sin miedo alguno entre los pinos, buscando con afanosa mirada a la terrible cabrita.

Se oyeron las diez en el reloj del pueblo, cuando un balido paralizó a la turba, llena de pánico horroroso. Todos se detuvieron sobresaltados y más pálidos que la muerte. Uno se echó a llorar amargamente llamando a su madre. Los demás ni pudieron articular palabra.



... le dijo después de acariciarle...

—¡Buena pesca!—dijo la cabrita aproximándose al grupo.

—¡Y lleváis armas!—añadió—. ¿No sabéis que a mí no me hieren los puñales más afilados ni las balas de las pistolas?

Reinó un silencio sepulcral.

De repente avanzó el jefe de aquella tropa menuda, y sacando de su pecho un rosario se dirigió a la cabra con denuedo. La agarró por un cuerno, y colocándole la cruz en los ojos exclamó:

—¡Pero no has contado con esto, que es más poderoso que todas las armas conocidas! ¡En nombre de Dios te conjuro a que nos devuelvas nuestros amigos!

El animal se encabritó, forcejeó cuanto pudo, cerró los ojos para no ver el símbolo de nuestra Redención; pero todos sus esfuerzos fueron vanos, quedó sujeta y aprisionada, sus fosfores-

¡Te veo Venir!

cencias se apagaron, y de pronto una llamarada brotó de su cuerpo, sonó un ruido semejante al de un cañonazo, y el animal se deshizo en pavesas.

En el lugar donde estalló se abrió la tierra y apareció el encantado palacio, de donde salieron muchos niños, entre ellos Andrés, Paquito y Luis. Una hermosísima mujer, cubierta con manto real y seguida de brillante comitiva, los seguía.

Avanzó hacia el héroe, y la reina le dijo, después de acariciarle:

—Acabas de realizar un acto meritorio. Has salvado a toda mi corte de las garras de Satanás, que había tomado la forma de cabra para atraer y devorar a los pequeñuelos. Nunca abandones tu fe en Dios, y con la ayuda del rosario tendrás un talismán precioso que te salvará de las desdichas de la vida.

TE VEO VENIR

UNA vez era un conde tan gordo, que en su condado no había nadie que pudiera comparársele, ni quizás en todo el reino. Tan gordo estaba, que al verle había que reirse de aquellos estreptosos mofletes y de aquel cogote, que le salía cuatro dedos por encima de la gola. Los ojos los tenía casi sepultados en un mar de carne, y apenas le asomaba entre los carrillos la punta de la nariz, colorada y redonda como una fresa.

Por todo esto llamaban a D. Germán Rompelanzas y Cascanueces, que tal era su nombre, el *Conde Botijo*.

Aquello de parecer más que un hombre una vaca suiza traía aburrido al pobre D. Germán, que no sabía cómo quitarse de encima aquellas carnazas que no le dejaban moverse.

Los médicos a quienes recurrió no hallaban otro medio de que adelgazara sino que no comiera; pero al tercer día de dieta don Germán Rompelanzas a poco rompe las narices de aquellos doctores que pretendían dejarle morir de hambre.

—¡Bandidos!—gritaba—. ¡A un hombre como yo, que pesa quince arrobas, seis libras y tres onzas, suprimirle el comedero! Y total ¿para qué? ¡Para perder tres adarmes de peso! Y ni aun eso fue por el ayuno; pues fue que me saltaron del jubón tres botones el día que me pesé.

Cuentos de Calleja

Se resignaba a no moverse; y cuando tenía que ir de una a otra habitación los criados le ayudaban con palas para sostenerle el vientre, sin lo cual el pobre D. Germán hubiera dado en el suelo con su respetable humanidad. Un día se cayó al intentar bajar una escalera, y botaba por los escalones lo mismo que una pelota de goma. Cuando llegó al final le preguntaron si se había hecho daño, y contestó que no tenía más que el susto consiguiente.

Como el Conde era joven y le molestaba aquella exageradísima gordura que tanto le afeaba, no quiso tener a su lado a ninguna persona que le hiciera resaltar demasiado, y por eso todos los dependientes y soldados del castillo eran de lo más gordo que se pudo encontrar. ¡Júzguese del efecto que produciría una revista de aquellas gentes, que parecían cerdos vestidos de hombres!



... le obligaba a dar vueltas a la noria...

Oyó hablar el *Conde Botijo* de un célebre curandero que realizaba curas portentosas, y mandó que le llamaran.

Llegó al castillo el curandero y ofreció curar al Conde; pero cobrando mil piezas de oro por cada libra que le hiciera mermar.

Llamábase el curandero *¡Te veo Venir!*, nombre o mote, que de ello no estoy seguro, muy usado antiguamente para designar

un hombre listo, con más conchas que una tortuga y más escamas que un besugo. Esto de las conchas y de las escamas quiere decir que el tal era un bribón de siete suelas.

Desde el día siguiente al de su instalación en el castillo el curandero de nuestro cuento comenzó la curación del buen *Conde Botijo*, al cual pesaba todas las mañanas y todas las noches, cobrando acto seguido el importe de las onzas y adarmes que iba perdiendo Su Excelencia.

Porque verdaderamente el Conde adelgazaba a ojos vistas, mientras engordaba el curandero.

He aquí cómo pasaba esto:

Antes de comenzar la curación dijo el célebre *¡Te veo Venir!*:

¡Te veo Venir!

—Señor Conde, si vucencia desea curarse, tendrá que darme amplias facultades para que yo haga cuanto me venga en gana.

—Concedido —exclamó el Conde desde su sitial—. Pero si no me curas, te haré colgar de una almena. En cambio, ya sabes que te daré mil monedas de oro por cada libra de carne que me quites.

Comenzó el curandero por no dejarle comer más que hierbas cocidas, y en vez de permitirle que permaneciera sentado o en la cama, según costumbre, le hacía levantarse muy temprano y bajar al jardín, y allí le obligaba a dar vueltas a una noria hasta que, ya cubierto de sudor y sin poderse valer, se dejaba caer al suelo. El sistema no era muy elegante; pero el resultado fue positivo.

Por la tarde ponía una cabezada a Su Excelencia y le uncía a un carrito, en el cual se montaba el curandero, y a latigazos le obligaba a dar unas carreras monumentales.

El Conde gritaba y amenazaba; pero había dado palabra, y no tenía más remedio que someterse al curandero.

Este gritaba desde su asiento:

—¡Arre, Conde!

Y el Conde bufaba, dando cada resoplido como un fuelle de fragua, y pidiendo por Dios al curandero que le dejara en paz, aunque reventara de gordo.

Por la dignidad condal estaba terminantemente prohibido asomarse por las ventanas que daban al jardín, pues D. Germán Rompelanzas y Cascanueces no quería que le vieran sus súbditos en las ridículas posiciones que el curandero le obligaba a asumir.

Llevaba ya perdidas veinte libras, seis onzas y cuatro adarmes de grasa a costa de mil trabajos, cuando llegó al castillo un heraldo escoltado por cuatro guerreros. El recién venido tocó la trompa, y desde la puerta de la fortaleza exclamó:

—¡En el nombre de mi amo el poderoso señor D. Casimiro López de Atilánez, Rodríguez de Vellofrito y veinte apellidos más que no cito por no ser molesto, desafío al muy egregio conde



... unas carreras monumentales...

Cuentos de Calleja

D. Germán Rompelanzas y Cascanueces, por barrigón, mofletudo y sinvergüenza! ¡Ahí va ese guante estropeado y lleno de zurcidos; y levántelo el Conde si se atreve! ¡Mi amo le reta a singular combate, a pie o a caballo, en jaca o en burro, en dos pies o en cuatro, a bofetadas, a trastazos, a puñaladas o a tiros, con navaja de Albacete, de afeitar, sables de caballería, o con cañones de treinta y seis, a mordiscos o a coces!

Lleno de cólera, el Conde se precipitó sobre el guante; pero al bajarse a recogerlo, tal peso le hizo la barriga, que dio con todo su cuerpo en el suelo.



...una tremenda cabezada en la barriga...

Ayudáronle a levantarse los suyos, no sin trabajo, y quedó convenido que la lucha se efectuaría al día siguiente, y habría de ser a cabezazos y delante de los soldados de ambos campeones.

Llegaron éstos al sitio del combate con un coraje tan grande, que en cuanto se vieron trataron de arremeterse. Dieron los jueces de campo la señal, y don Casimiro, que era delgado como un alambre, corrió como un gamo contra el *Conde Botijo*. Este no tuvo tiempo de ponerse en salvo, y recibió una tremenda cabezada en la barriga.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaron los soldados de D. Casimiro—. ¡Vaya un topetazo en su sitio!

Pero en esto el inmenso *Conde Botijo* cayó sobre D. Casimiro; y como pesaba tanto, le cogió debajo del vientre la cabeza, y el pobre no podía sacarla.

—¡Que me ahogue!—gritaba.

—¡Confiesa que no soy un sinvergüenza barrigudo, y si no, me quedo así hasta que te ahogues!—dijo el gordinflón.

—¡Todo lo confieso, todo; pero quítese usted de encima!

Levantaron a D. Germán y a D. Casimiro; y, ya el honor satisfecho, se dieron la mano de amigos.

Cuando volvió al castillo el Conde se hizo pesar, y —¡oh sorpresa!— las emociones del combate le habían hecho perder dos arrobas corridas de peso.

En seguida pidió el curandero cincuenta mil monedas de oro

¡Te veo Venir!

por aquella merma en la grasa de Su Excelencia; pero el Conde le dijo:

—En ese caso, tendría que pagárselas a mi contrario, que es el que me ha curado.

Por fin el Conde le abonó las cincuenta mil monedas; pero ofreció que se las cobraría en cuanto llegara la ocasión.

Desde aquel día continuó adelgazando el buen Conde; pero en tales términos, que las magras y las monedas de oro se ausentaron tan aprisa, que el pobre D. Germán no tenía un céntimo y amenazaba convertirse en un alambre de los finos.

—Ya estoy más que curado —decía—. Ahora quiero engordar un poco, porque si no, voy a deshacerme en cuanto me dé el sol.

Pero en vano comía carnes, y verduras y tocino. Aquellas magras se habían ido para no volver, y D. Germán usaba trajes muy ceñidos por temor de desencuadernarse el día menos pensado.

A todo esto, el curandero engordó tanto y tanto con la buena vida, que parecía que a él se habían pasado las carnes de D. Germán. Esta era la ocasión que acechaba el Conde. Así fue que un día le llamó y le dijo:

—Favor con favor se paga. Tú me quitaste de encima nueve arrobitas de carne, y ahora voy a quitártelas yo a ti, al mismo precio y por el mismo sistema.

De nada sirvió que el curandero gritase que estaba muy bien así. Desde el día siguiente le llevó a la noria, y a palos le hizo dar vueltas; le unció al mismo carro de que él había tirado, y desde el asiento le decía a cada fustazo:

—¡Arre, curandero!

Todas las noches le pesaba, y por cada libra de carne que perdía ¡*Te veo Venir!* le cobraba mil monedas de oro, hasta que al fin le puso en buenas carnes.

—¡Pero, señor —decía el infeliz curandero—, lo que hacéis conmigo es una barbaridad!

—Y lo que tú hacías, ¿era una cosa delicada?

Al fin comprendió ¡*Te veo Venir!* que el Conde tenía razón, y le pidió que le perdonara, pues si empleó aquel sistema bárbaro era porque tenía prisa en adelgazarle para hacerse rico; pero ofreció que en adelante no volvería a curar a nadie sino por sistemas racionales y prudentes.

Quedó satisfecho el señor de Cascanueces, y dejó en libertad de marcharse al curandero, el cual en cuanto se vio fuera del castillo apretó a correr, y no paró hasta verse en su pueblo.

En su casa puso un letrado que decía: «Se cura todo, menos la gordura. El que quiera adelgazar que vaya a que le cure don Germán Rompelanzas y Cascanueces, que tiene para eso unas manos especiales.»

TRAPALÓN Y COMPAÑÍA

A vosotros, los que perdéis el tiempo coleccionando las estampas que vienen en las cajas de cerillas, os viene este cuento como anillo al dedo. Y a propósito: si esas estampitas fueran retratos de sabios y al pie de cada uno cuatro líneas indicaran los beneficios que les debe la Humanidad, comprendería que tal diversión pudiera tener un fin útil: el de ilustraros; pero ¡que si quieres! ¡Así coleccionaríais vosotros como yo estoy lejos de ser archipámpano! Lo que priva es buscar la 24 de la 5.^a, pongo por caso, y guardar la *vera efigies* de algún novillero acabado en *ito* o en *ita*, pues el oficio ha venido a menos y ya no se usan sino toreros en diminutivo. Pero eso es lo que os disloca, arrapiezos; y como no gusto de hacer largos sermones, aquí doy punto a éste y empiezo mi relato.

Una Empresa americana hizo una serie de preciosas láminas-anuncios representando los cincuenta sabios más notables del mundo. Cada retrato era una maravilla de color, de dibujo y de parecido, pues, según los inteligentes, tenían todos mucho aire de familia. Y como los norteamericanos todo lo hacen en grande, hasta los desatinos, la Empresa a que me refiero mandó hacer una tirada de millones de ejemplares y distribuyó por todo el orbé la colección, de tal suerte que en España sólo se conocían los retratos números 5 y 8; en Francia, los 3 y 9; en Alemania, el 40 y el 1, y así sucesivamente.

Para formar la colección se necesitaba viajar por todo el mundo, pues hasta en el Sur de África había estampas de aquella serie. Y ahora os preguntaréis vosotros: ¿Quién tendría empeño en hacer tales colecciones? Muchísima gente; porque la recompensa es proporcionada a la dificultad, y la Empresa que había hecho la emisión de estampas depositó en un Banco de Nueva York la cantidad de un millón de libras para el afortunado mortal que

Trapalón y Compañía

en el plazo de un año presentara en aquellas oficinas la colección completa.

Un millón de libras son muchas arrobas; pero, por si no lo sabéis, os diré que cada libra esterlina equivale a una moneda de a cinco duros, y que un millón de esas monedas forma una cifra capaz de tentar al menos ambicioso.

Para dificultar más la solución, ni los mismos empleados que remitieron los paquetes sabían el número de los que enviaban a cada país. Todos eran iguales, no estaban colocados por orden ninguno, y se sorteó en dos bombos el país adonde habían de remitirse los paquetes y el número de colocación de éstos en el almacén. Cuando se hubieron remitido, nadie, ni siquiera el director gerente de la Empresa, sabía en qué región de la Tierra se encontraba cada una de las láminas de la serie.

Entre las muchas personas que se dispusieron a ganar el premio había un joven de veinte años, llamado Rafael, mozo avisado y atrevido, a quien sus padres no quisieron impedir que hiciera una expedición tan larga y que podría ser muy instructiva. A pesar de su juventud, Rafael poseía varios idiomas, y era un muchacho fuerte y vigoroso que había acreditado su valor y su denuedo en la caza de osos y jabalíes. De él podía decirse que ponía la bala donde le daba la gana.

Con esta preparación y algunos billetes de a mil pesetas púsose Rafael en camino en busca de la apetecida colección. Los primeros números le costaron poco trabajo: en Madrid adquirió el número 5; en Barcelona, el 8; el 3 en París; el 9 en Lyon; en Hamburgo, el 40, y el 1 en Berlín; el 2, en Viena; el 39, en Budapest, capital de Hungría; pasó a Rusia, y allí encontró en San Petersburgo, el 36, y el 4 en Moscú; en Turquía encontró el 6, y en Grecia, el 22; en Italia visitó Roma y Milán, y allí adquirió el 7 y el 25; en Inglaterra fueron tres los retratos que adquirió, pues en Londres estaba el 10; en Dublín, capital de la antigua Irlanda, el 12, y el 49 en Edimburgo, donde los escoceses cobraban a buen precio cada estampa.

Visitó después los Países Bajos; en Bruselas, capital de Bélgica, adquirió el 37, y en La Haya, capital de Holanda, el 26. El 31 tuvo que recogerlo en Noruega, donde el frío y las auroras boreales le dejaron yerto y asombrado a un tiempo. De Cristianía pasó a Estocolmo, y allí a poco si no encuentra un sueco caritativo que le vendiera el número 15. En Dinamarca tardó tres días en hallar un comerciante de Copenhague que le facilitó el número 29.

Ya iba a partir del continente europeo en demanda de los restantes números de la colección, cuando se acordó de la pequeña

Cuentos de Calleja

república de Andorra, y allí fue con la esperanza de que la casa *Trapalón y Compañía Limited*, de Nueva York, habría enviado también alguna de las preciosas estampitas.

No le engañó el pensamiento: la casa *Trapalón* había remitido a esa pequeña nación, que apenas cuenta tantos habitantes como una cabeza de partido judicial, nada menos que dos números: el 14 y el 42.

En Andorra le dijeron que una joven inglesa de su edad poco más o menos, acompañada de su institutriz, había llegado pocos días antes con el mismo objeto que él.

—¡Demontre! —exclamó Rafael—. ¡A ver si se me adelanta y gana el premio antes que yo!

Con nuevo ardor hizo sus preparativos de marcha, y embarcándose en Barcelona atravesó el Mediterráneo, pasó el canal de Suez, que le une al mar Rojo, y siguiendo el camino de las Filipinas hizo alto en Persia, donde el cónsul español, residente en Teherán, le dio el número 44, que era, por cierto, el retrato de Papin, el inventor de las máquinas de vapor. En la India inglesa tuvo que pagar tres libras esterlinas por el de Volta, descubridor de la electricidad, y que era el 38 de la serie. De Bombay fue a Cantón, único puerto chino



... logró Rafael que le recibiera el Emperador...

abierto a los europeos, y allí un mandarín que había acaparado todo el número 34 le regaló un ejemplar a cambio de un par de plumas de pavo real. Pero era el caso que en Pekín estaba otro número, el 11; y el viaje, además de ser largo y expuesto, podía ser infructuoso porque allí todo lo decomisa el Emperador.

Rafael no se desanimó por esto: compró una litera tirada por mulas y se hizo conducir a la capital del Imperio.

Gran asombro le causó la vista de una inmensa población, de la cual ocupa próximamente la mitad el Palacio del Emperador y sus hermosos jardines. Allí, tras largas gestiones por intermedio del representante español, logró Rafael que le recibiera el Emperador en audiencia particular. Cuando el intérprete hubo mani-

Trapalón y Compañía

festado a Su Majestad Imperial la petición de nuestro joven, el Emperador hizo una extraña mueca y pronunció algunos gruñidos que, traducidos por el intérprete, decían así:

«El ilustre Emperador, hijo del Sol, de la Luna y de las Estrellas, pozo de ciencia, abismo de experiencia, cordillera de talento, río de facundia, golfo de prudencia, mar de amor a sus súbditos...»

—¡Pero esto no es un hombre—decía para sí Rafael—: es un tratado de Geografía!

—Se ha dignado —añadió el intérprete poniéndose una zapatilla en la cabeza— contestar a la pregunta de un simple mortal, en vez de mandar que le rebanen el cuello de un sablazo.

—¡Zapateta con el tío! —dijo Rafael—. ¿Y le da eso a menudo?

—Cada dos horas, sobre poco más o menos.

—Pues dése usted prisita, amigo, que ya van veinte minutos.

—Pues bien; dice que accede con gusto a su petición; pero que no hay otro inconveniente sino que ya no le queda ninguna de esas estampas. Una que tenía se la regaló a una joven inglesa que llegó ayer tarde con el mismo objeto que tú. Por cierto que para obtenerla fue preciso abrir el vientre a un empleado de palacio que se la había tragado creyendo que era de dulce.

—¿Y murió el pobrecito?

—De una vez. Dio un estirón, y largó la estampa. Por fortuna suya, le operaron los más hábiles cirujanos.

—Pues si le cogen los más torpes..., le matan dos veces. Por mí, que no se haga ninguna atrocidad. Pero ¿quiere usted decirme qué se ha hecho de los cien mil ejemplares que mandó la casa *Trapalón y Compañía*?

—Su Majestad se ha entretenido en echarlos al fuego porque le agradaba el olor del barniz.

—¡Ah, bárbaro! —dijo Rafael, sin poder contenerse; y haciendo una reverencia salió de palacio lleno de tristeza. Todo su viaje resultaba inútil por causa de aquella inglesita que le llevaba un día de ventaja, o, mejor dicho, por la bestialidad de aquella cordillera de barbarie que había destruído por entretenerse todas las esperanzas de Rafael.

Volvióse macilento a Cantón sin haber podido averiguar cuál sería el número de la serie que había perecido en Pekín.

—De todos modos —pensaba—, quizás encuentre a la inglesita y logre que me venda ese retrato. ¡Animo, pues!

En efecto; pasó al Japón, y en Yedo, su capital, el Emperador, persona feísima, pero muy fina, le regaló dos ejemplares, los únicos que quedaban del número 16, retrato de Newton,

el inventor del célebre binomio y de la ley de la gravitación universal.

—¿No ha venido por aquí una inglesita buscando lo mismo? —preguntó con escama Rafael al presidente del Consejo japonés.

—Ayer mismo se marchó, llevándose los dos últimos ejemplares que quedaron.

—Pues si los dos últimos me los llevo yo —exclamó el joven—. ¿En qué quedamos? ¿Cuáles eran los últimos?

—Amigo mío, el Emperador siempre dice que da los últimos para que estimen más su regalo, pero le quedan sobre ochenta mil, que irá entregando por pa-rejas.

—¿Y siempre los últimos?

—Siempre.

En Siberia nadie le dio razón segura de si habían llegado o no las dichas estampitas; y así, Rafael tuvo que alquilar un trineo tirado por perros, y envuelto en pieles de oso se puso en camino de Irkuts, ciudad situada a orillas del lago Baikal. El viaje fue difícil: la tierra estaba cubierta por una espesa capa de nieve helada, y los guías, deslumbrados por el brillo fosforescente de aquella tersa superficie, perdieron varias veces la ruta. De pronto se oyó a lo lejos algo así como un grito seguido de una detonación. Los perros se de-



Una manada de lobos atacaba a un trineo.

tuvieron en seco, y dando recios gruñidos mostraron impaciencia y temor.

El guía se acercó a Rafael y le dijo:

—¡Señor, los lobos!

—Pues alguien lucha con ellos —exclamó el joven—. Mi deber es ayudarle. ¡Corramos!

Y dando un latigazo a los perros, el trineo voló más que corrió en la dirección en que se había oído el disparo.

A los cinco minutos pudieron ver lo que ocurría. Una manada de lobos atacaba a un trineo, desde el cual se defendían valientemente dos mujeres. Los perros del trineo habían sido degollados

Trapalón y Compañía

por los lobos, y el conductor del carruaje también había perecido. Los momentos eran críticos; pero Rafael se precipitó al lado del trineo atacado, y rifle en mano comenzó a hacer fuego sobre aquellas terribles fieras. Cuatro lobos cayeron mortalmente heridos, y los demás recibieron heridas que los obligaron a huir aullando dolorosamente. Pasado el peligro volvióse Rafael a las damas, las cuales le dieron calurosas gracias por su arrojo, que les había salvado la vida.

Quedó abandonado el trineo, y las dos damas pasaron al de Rafael, que nuevamente se puso en marcha hacia Irkuts.

Como era natural, se habló del objeto del viaje, y —¡oh sorpresa! —aquellas dos mujeres eran la inglesita y su institutriz, que iban a Irkuts con el mismo objeto que Rafael.

Cuando la inglesita, que se llamaba Fanny, supo que era rival del que acababa de salvarle la vida, le ofreció renunciar a su excursión y dejarle libre el camino de la victoria; pero Rafael se opuso diciéndole:

—Iremos juntos a completar la colección, y será para los dos el premio.

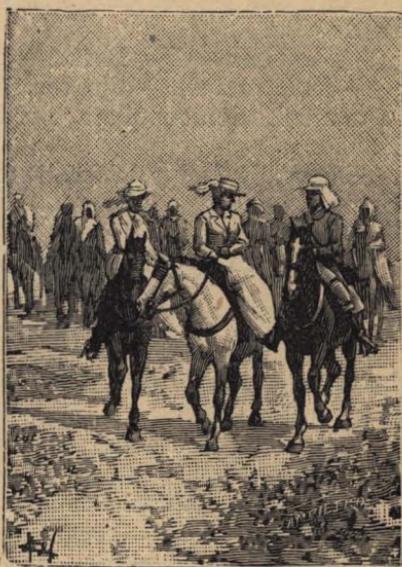
Así se acordó, y después de obtener en Irkuts el 28 salieron para África, donde comenzaron por visitar Egipto y recoger en el Cairo, su capital, el número 43 de la colección.

De allí marcharon a la Argelia, colonia francesa del norte de África, y visitaron a Orán, donde les facilitaron el número 18.

Más trabajo les costó llegar a la capital del Imperio marroquí, a pesar de que este Imperio está situado al lado de Argelia, que es una maravilla de civilización.

Para llegar a Marruecos o Marrakés, como le llaman los moros, tuvieron que llevar una fuerte escolta, por temor de ser desvalijados en el camino. El Sultán los recibió a caballo en un patio de palacio, y ordenó que de su real tesoro entregaran dos estampitas a los expedicionarios. Eran del número 47.

Sería imposible seguir a nuestros héroes en todas sus ex-



...tuvieron que llevar una fuerte escolta...

Cuentos de Calleja

cursiones por el sur de Africa, y luego por la América del Norte y del Sur, siempre en busca de sus ambicionadas estampitas; pero es lo cierto que el viaje fue felicísimo y lleno de graciosos incidentes.

A todo esto el plazo de presentación de las series estaba terminando, y, completa ya una colección, decidieron presentarse en el Banco de Nueva York a reclamar el premio lo antes posible.

En efecto; allá fueron nuestros protagonistas haciendo cálculos acerca de la distribución de la inmensa fortuna que iban a recoger. Preguntaron por el director, y allí manifestaron el objeto que los llevaba.

—Venimos —dijo Rafael— por el milloncete de libras.

—Esta mañana—dijo secamente el director—han presentado ya una colección completa; por lo tanto, ustedes no tienen derecho a nada.

Fanny, Rafael y la institutriz se quedaron paralizados por la sorpresa.

De pronto dijo Rafael:

—Necesito ver esa colección para cerciorarme de que está completa.

—En efecto; vengan ustedes.

Pasaron nuestros amigos al despacho del director, y allí, pegadas a un cartón y colocadas en un cuadro, estaban las cincuenta láminas de la serie.

Pero Fanny avanzó, y mirando fijamente el número II, dijo:

—Esta lámina está falsificada.

—¿Cómo es eso?—preguntó el director del Banco.

—Porque en el mundo no queda más que una de éstas, y la tengo yo.

En efecto; sacó la que tenía, cuya legitimidad era indudable, pues llevaba detrás el sello del Emperador, y el director, convencido, adjudicó el premio a nuestros amigos.

Iban a dividirlo en partes iguales, cuando dijo Rafael:

—¿No sería mejor que no se dividiera?

Ruborizóse Fanny, y sin contestar palabra estrechó la mano del simpático español.

Muy en breve llegaron adonde estaban los padres de Rafael, y éstos acordaron que se casaron los que tan valientemente habían ganado su fortuna.

Fanny era huérfana, y siempre consideró como sus propios padres a los de su esposo.

El tesoro de Salomón

¿Y la institutriz? Se volvió a Inglaterra con una fuerte suma que le regalaron los recién casados, y allá se ha establecido.

Todos viven dichosos.

Dios colma con sus bienes a los que tuvieron por norma de su vida la perseverancia y la fe.

EL TESORO DE SALOMÓN

REVOLVIENDO en el Rastro un montón de libros viejos vine a dar con uno medio desencuadernado, el cual, según me dijo un amigo mío que sabía muchas cosas, estaba escrito en hebreo y decía dónde se hallaba el famoso tesoro de Salomón.

Impresionado por las palabras de mi amigo, al día siguiente nos pusimos en marcha, y a los pocos días llegamos a Jerusalén. Allí, después de visitar los Santos Lugares y de pedir al Todopoderoso ayuda en nuestra empresa, nos pusimos al trabajo inmediatamente.

Después de seis largas horas de manejar el pico logramos encontrar el subterráneo, cuya entrada había cegado el tiempo.

Cuando penetramos oímos ruido de agua.

—Ya hemos llegado al río de que habla el libro—dijo mi compañero—; pero este río subterráneo tenía un puente, y después de tanto tiempo ese puente ya no existirá.

En efecto; llegados a la orilla del río subterráneo, por más que miramos, sólo pudimos distinguir trazas de haber habido un puentecillo; pero la humedad le había hecho polvo, o alguna crecida se lo había llevado.

Corría el río por el fondo de una sima de ocho a diez metros de ancho, y como saltarla era imposible, nos pusimos a discurrir un medio de atravesarlo con el menor riesgo posible.

—Si el tesoro está intacto—exclamó mi amigo, que a la luz de su antorcha leía con avidez el libro—, debe de existir un Genio encadenado que nos pasará en un momento; pero es necesario que el que pase lleve este sello de Salomón, porque si no es hombre muerto. Yo le cruzaré, y cuando esté en la otra orilla te tiraré el libro y pasas tú.—Así quedó convenido, y exclamó:

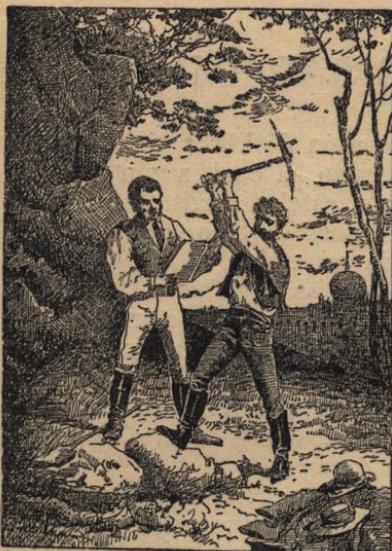
—¡Oh Genio Schibolet, por otro nombre *Garbanzo Crudo!* Si

estás ahí, presentate en virtud del sello de Salomón; y si no estás, no te presentes.

Salió de la sima un vapor espeso que poco a poco fue condensándose y tomó la forma de un gigantón enorme, cuyos pies estaban en el fondo del río y cuya cabeza tocaba en el techo de la caverna. Oyóse un ruido de cadenas, se desperezó el Genio haciendo temblar el subterráneo, y dijo en hebreo a mi compañero:

—¡Ya era hora de despertar! Creo que me he llevado durmiendo tres mil años.

—:Pásame! —exclamó mi amigo.



Después de seis horas de manejar el pico...

—Pues di cómo me llamo— gruñó el Genio—, y enséñame el sello.

—Te llamas Schibolet.

—Pronuncias mal el hebreo, y es que ahora debe de aprenderse pésimamente.

—Pues mira: soy profesor de esa lengua en una Universidad.

—No sé qué es eso; pero, en fin, te pasaré por el sello, aunque debiera estrellarte por el Schibolet.

Y cogiendo por los hombros a mi amigo, le pasó a la otra orilla.

No bien hubo llegado, me tiró el libro con tal prestéza, que el Genio no pudo cogerlo, como hubiera sido su intención.

Ya con el sello en mi poder, grité:

—¡Schibolet!

—¡Hombre! —dijo el gigante—. ¡Este lo pronuncia mejor!

—Pues no sabe hebreo —contestó mi amigo; y era verdad.

Me pasó al otro lado por el mismo sistema que a mi compañero, y el gigante volvió a acostarse en el fondo del río para empalmar su interrumpida siesta.

Nos encontramos frente a dos galerías, una estrecha y otra ancha. Como no sabíamos cuál de ellas seguir, calóse mi amigo las gafas y buscó en el libro el itinerario.

—¡Carape! —exclamó—. Aquí tropiezo con una palabra que no conozco: no sé si dice marcha a la derecha o a la izquierda.

El tesoro de Salomón

—¡Pero, hombre! ¿Y tú eres maestro de hebreo? ¿No te da vergüenza?

—¡Espera, espera, a ver si por el resto saco el sentido! «Encontrarás un guardián terrible», dice el libro; pues vamos a ver si encontramos al guardián.

Entramos al fin por la galería mayor, y nos encontramos una puerta tan carcomida como la primera. De un porrazo saltó; pero apenas se hubo desplomado cuando brotaron del suelo unas llamas terribles que amenazaban abrasarnos.

—¿Qué hacemos? —grité.

—¡Espera que lea!

—¿Sabes que puedes irte al cuerno con la lectura? ¡A buena hora!

—¡Aguarda! «Si quieres vencerle, atraviesa las llamas sin temor y no te quemarán: si tienes miedo, eres perdido.» ¡Ya lo oyes; no tengas miedo!

—¡Eso es fácil de decir! Pero ¿crees que el miedo se le quita a uno cuando quiere? Si tuviera a mano un antiespasmódico... Pero ¡cualquiera encuentra aquí una botica! En fin, por si basta, lo diré fuerte: ¡No tengo miedo!

Atravesamos aquellas llamadas sin quemarnos mucho; y es que, como yo no las tenía todas conmigo, estuve un poco tímido y se quemaron los falzones del chaquet.

—Ya debemos de estar cerca del tesoro —dijo mi guía— porque en el libro está escrito lo siguiente: «Pasado el fuego, te espera el hierro; y después, si eres digno, entrarás en el tesoro, que será tuyo si lo mereces.»

—¡Caramba! ¡Esta sí que es gorda! ¿Y cómo saber si lo merecemos o no? ¿Y si después de tanto trabajo y tanto susto resulta que salimos con las manos vacías? Pero yo creo que lo merezco. Soy un buen hombre, aunque me esté mal el decirlo. ¡Tú sí que me parece que te quedas sin un cuarto, porque eres un tuno, que te afeitas solo por no pagar al barbero y te roes las uñas para ahorrarte alimento!



—Te llamas Schibolet.

Cuentos de Calleja

—¡Déjate de bromas —dijo mi compañero—, porque el asunto es serio!

Seguimos avanzando, y a poco encontramos en el suelo multitud de lanzas, espadas y flechas, que en cuanto nos acercamos comenzaron a moverse.

—¡Demontre! —dije—. ¡Guarda, Pablo! ¡Eso se mueve, y yo siento también en las piernas un movimiento y una tentación de correr!... ¡Mira el libro a escape! ¿No ves que van a hacernos butifarra catalana?

—¡Espera, hombre, espera! El libro dice: «Para evitar el hierro hay que ponerse el sello en el pecho y marchar resueltamente adelante.»

—Bueno; pero ¿y yo? ¿Qué me pongo delante, si el sello lo tienes tú?

—Marcha detrás de mí.

Colocóse mi amigo el libro en el pecho, enseñando el sello de Salomón; yo me agazapé detrás de él de modo que no se me viera pie ni mano, y adelantamos él muy tieso, y yo con un miedo cervical. Apenas nos acercamos las lanzas se pusieron de punta, las flechas silbaron por el aire, y los sables comenzaron a hacer terribles molinetes. Por fortuna, yo no lo vi; que si lo veo, allí se queda el señor Salomón con sus tesoros, y emprendo una carrera que no me alcanza ni una bala. Al fin dejamos atrás



—¡Mentecatos! ¿Creéis que tengo ahí eso para vosotros?...

las terribles armas; pero no conseguí salir ileso: en el momento de franquear el último sable me incorporé un momento, y recibí un palo feroz en la misma rabadilla. ¡Aún parece que me está doliendo!

La última puerta se abrió por sí sola en cuanto avanzamos, y después de un corredor tortuoso y estrecho que daba siete vueltas entramos en la cripta donde se hallaba el tesoro. En el centro de la gruta se alzaba un sepulcro de mármol y oro; y en él encontramos —¡poder divino!— el cadáver de un hombre de luenga barba que llevaba puesta una especie de mitra en la cabeza.

El tesoro de Salomón

—Este es Salomón—dijo mi compañero—. Descúbrete, y arrodillémonos ante este prodigio.

Nos arrodillamos y rezamos, y al levantarnos nos dirigimos hacia los rincones, donde habíamos visto grandes montones de joyas y piedras preciosas. Yo, como tonto, metí mano a los diamantes; pero en aquel momento vimos a la incierta luz de antorchas que el Rey sabio se incorporaba en su sepulcro: luego se puso en pie, y llegando hasta nosotros dijo con voz de trueno:

—¡Mentecatos! ¿Creéis que tengo yo ahí eso para vosotros? ¡Pues estáis equivocados! ¡Ninguno de los dos sois dignos de tales riquezas!

Nosotros estábamos aterrados. Las rodillas me temblaban, y daba diente con diente; pero la ambición pudo en mí más que el miedo, y poniéndome en jarras delante de Salomón, le dije:

—Oiga usted, Don Salomón: y usted ¿qué sabe si somos dignos o no de esas riquezas? ¿No somos dos chicos decentes y de buena familia? ¿No tenemos la cédula personal corriente? ¿No estamos libres de quintas? ¿No somos jóvenes y no mal parecidos? Pues ¿qué más quiere usted?

No acabé de decir la última frase cuando recibí tan fenomenal puntapié, que creí se me iban las posaderas una por cada lado. Veloz como el rayo subí por el aire a la violencia del puntapié, y cuando creí que iba a estrellarme la cabeza contra el techo, éste se abrió dando un crujido, y me encontré sentado en el monte sin saber por dónde había salido.

—¡Vaya unos modos—decía rascándome la parte dolorida—que me gasta el buen Don Salomón! Y a todo esto, ¿será más feliz que yo mi compañero?

No pasaron dos segundos, cuando salió también echando chispas del seno de la montaña y con las manos puestas en sitio análogo.

—Pero ¿has visto?—le dije.

—¡No me hables!—gritó—. No he visto: he sentido, ¡y bien!

—Oye: ¿y qué decía de eso el libro?

—Ahí le faltaban las hojas. ¡Debería romperte la cabeza por haber comprado libros incompletos! Verdad es que si yo sé lo que me iba a pasar, ¡cualquier día me muevo de Madrid para recibir un puntapié tan disparatado y salir a través del monte como una bala de cañón!

Allí dejamos los picos, las antorchas, todo. Melancólicamente nos fuimos a la posada, y al día siguiente emprendimos la vuelta.

Al registrarme un bolsillo encontré cuatro diamantes de gran valor, y a mi compañero le ocurrió lo mismo.

—Ya lo sé; el rey Salomón ha querido pagarnos el viaje.

—Sí—interrumpí—, y el modo con que nos hizo viajar.

En mi vida he vuelto a comprar obras incompletas, ni a meterme en aventuras cuyo resultado no haya visto más claro que el cristal.

LA AMBICIÓN Y EL TRABAJO

EN un lugar de la Mancha de cuyo nombre quiero y no puedo acordarme vivían hace algunos años dos jóvenes, huérfanos por su mala fortuna, y por buena estrella no del todo mal acomodados. De sus padres heredaron algunas fanegas de tierra y un viejo caserón que contaría más de dos siglos de existencia.

Allí vivían los mancebos de nuestro cuento. Uno de ellos, el mayor, tendría unos veintidós años; el menor contaba escasamente diez y nueve.

Aun cuando muy parecidos de rostro, nunca pudo encontrarse mayor diferencia de caracteres ni de inclinaciones.

Ángel, que así se llamaba el mayor, era el perfecto tipo del labriego feliz. El alba le sorprendía manejando los aperos de labranza, y a la puesta del Sol entraba en el pueblo con tal placidez en el alma, que se le asomaba al rostro en una sonrisa de satisfacción. Iba al trabajo cantando mientras pensaba cuál había de ser la labor de aquel día, y volvía cantando con el regocijo del que ha cumplido su deber. Le llamaban Ángel *el Alegre*.

Su hermano Antonio era, por el contrario, un muchacho triston y enfermizo, que, como agobiado por secretas penas, se pasaba el día cabizbajo y meditabundo.

Pasábase las noches en vela, encerrado en un cuarto que estaba lleno de retortas, alambiques y demás aparatos de Química, lo cual daba a la habitación el aspecto de laboratorio de botica o de gabinete de magia.

Allí le sorprendía el Sol embebecido y suspenso, contemplando sus cachivaches, puestos al fuego o a la luz de las estrellas para que se efectuasen ciertos misteriosos fenómenos.

Su rostro pálido y ojeroso y su mirada triste le valieron el apodo de *el Taciturno*.

La ambición y el trabajo

Por el pueblo se corrió la voz de que Antonio se dedicaba a la magia y de que de su cuarto salían ruidos temerosos capaces de poner espanto en el más valeroso pecho.

¿Qué le pasaba al pobre joven? Vais a saberlo.

Al poco tiempo de morir sus padres liquidó su herencia, y comenzó a viajar por lejanos países en busca de algo que deseaba y que no acertaba a decir. Él mismo no se daba cuenta de su deseo.

Y aconteció que estando en la capital de Persia se le acercó un viejo de lengua barba y le dijo:

— Joven extranjero, ¿a qué has venido hasta aquí?

— Señor — contestó el muchacho —, en busca de la felicidad.

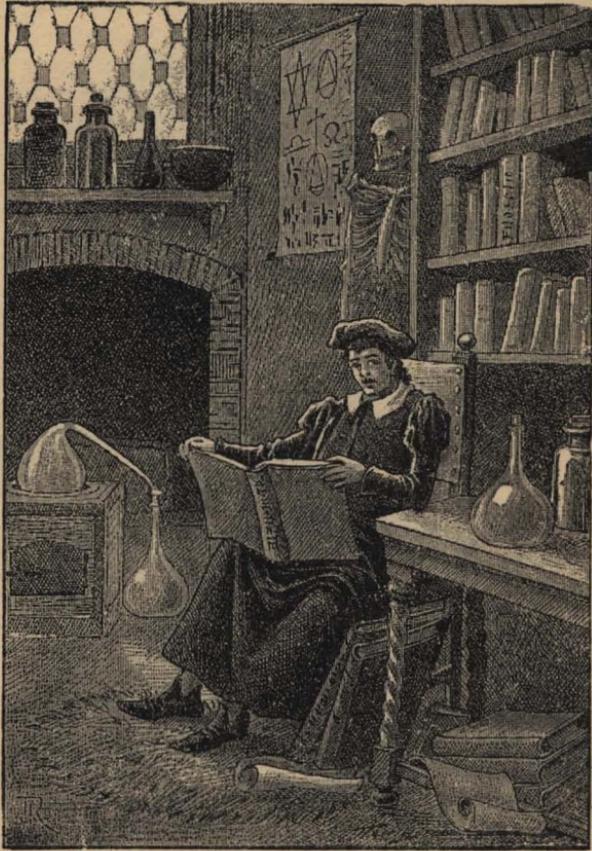
— ¿Tú sabes lo que quieres? Eso es lo que más difícilmente puede encontrarse. ¿En qué consiste para ti la felicidad?

— Para mí, en tener muchísimas riquezas.

— Si no es más que eso, puedes volverte a tu país. Toma esta receta, ejecuta al pie de la letra lo que en ella hay escrito, y serás tan rico como quieras. ¡Ojalá llegues a ser feliz!

Y el viejo se marchó sin querer recibir las muestras de agradecimiento del muchacho.

Este tomó en el acto el camino de su patria, y después de un largo viaje llegó a su pueblo en compañía de una porción de cachi-



Allí le sorprendía el Sol, embebecido...

Cuentos de Calleja

vaches de los que emplean los que a la Química se dedican. Los instaló en su habitación, y se dedicó a sus misteriosos trabajos.

La receta estaba dentro de un sobre sellado con cera, y en el sobre decía: «No debe abrirse hasta el 31 de Marzo».

Hasta aquel día Antonio pasó indecibles angustias, lleno de ansiedad, esperando conocer la ambicionada fórmula para ser rico.

Llegó por fin momento tan esperado, y el muchacho leyó dos, tres, cien veces la receta. Se trataba del modo de fabricar el oro, y se daban toda clase de pormenores acerca del modo de efectuar la preparación.

Antonio compró los ingredientes necesarios, encendió el hornillo, puso un crisol al fuego, y esperó con impaciencia el resultado.

El corazón le palpitaba con violencia. Durante unos minutos se apoderó de sus sentidos un sopor inexplicable, y soñó como si todas

... encendió el hornillo, puso un crisol al fuego... las ilusiones más bellas hubieran caído en apretada lluvia sobre su frente. Por todas partes veía montones de dorado metal sirviendo de cauce a un río de perlas y brillantes; un verdadero paisaje de oro, con árboles, casas, palacios, cuanto puede fingir la más exaltada fantasía del más ferviente adorador del metal precioso.

De pronto comenzaron a salir del fondo del crisol espesos



La ambición y el trabajo

vapores, que al fin se condensaron y tomaron forma humana, pero borrosa y fosforescente como si estuviera formada por miles de gusanos de luz. La aparición saludó a Antonio con una sonrisa, y le dijo:

—¡Aquí me tienes! Soy el fósforo: el mundo me necesita, y soy más necesario de lo que te figuras. Sácame de aquí, llévame donde la gente me conozca, y te haré rico.

Pero, obcecado con su ilusión, Antonio no quiso atenderle.

—¡No es a ti, sino al oro, al que quiero! ¡Vete ya y dejame en paz!

La visión se deshizo lentamente dirigiendo una mirada triste, muy triste, a nuestro joven.

Antonio avivó el hornillo, echó nuevos ingredientes en el crisol y esperó.

Al poco rato nuevos vapores brotaron a torrentes. La habitación se llenó de un humo espeso que dificultaba la respiración. Al cabo de unos minutos aquel humo fue concentrándose y tomó la forma de un joven.

—Aquí me tienes, y celebro que me hayas descubierto.

—¿Quién eres?—preguntó Antonio.

—Soy el amoníaco: el que da vida a las plantas, el que da a la rosa su perfume y a la violeta sus colores, el que hace crecer el césped que tapiza los prados y llena de dorados granos las apretadas espigas. Sácame del crisol, y serás rico. Preséntame en el mundo, y te haré millonario.

—¡Bah!—dijo Antonio—. ¡Busco al oro, y no a ti! Puedes marcharte cuando quieras!

El joven sonrió con aire de duda, y se desvaneció como el fósforo.

Después del amoníaco se presentó la pólvora con un terrible fegonazo. En vano alegó los beneficios que podría reportar a los humanos.

«Conmigo, decía, podréis hacer pedazos las más duras rocas, abrir caminos a través de las montañas, y buscar en ellas los criaderos de los metales.»

—¡Nada, nada! ¡Fuera de aquí!—gritaba Antonio—. ¡Busco al oro!

De pronto se oyó un ruido seco, saltaron una porción de chispas y se presentó la electricidad: era una joven que por su rareza merecía examen detenido. Sus ojos parecían dos soles: tal era su luminoso brillo; de sus labios partían las palabras marcando en el aire un brillante zig zag; traía los oídos cubiertos con teléfonos, y sus brazos denotaban fuerza prodigiosa.

—Soy amiga hombre—dijo en estilo telegráfico—. Soy fuerza, luz, calor, todo. Aplícame beneficio Humanidad.

Cuentos de Calleja

—¡Vete música otra parte! — dijo Antonio, remedando la manera de hablar de la electricidad. Y ésta se disipó como las anteriores.

—¿Dónde estará el oro? — exclamó Antonio con indecible angustia.

—¡Aquí! — dijo una voz; y salió un humo amarillento que tomó la forma de un viejo de largas narices que parecía arrancado de una onza de oro.

—¡Por fin te encuentro! — gritó lleno de alegría el muchacho—. ¡A ti es a quien buscaba! ¡Ya no te separarás de mí!

—Hasta que me despidas habré de acompañarte—. Y el viejecillo dorado se sentó en una silla, y ésta se convirtió en un hermoso sillón de oro macizo.

—Convierte en oro todo lo que te diga — dijo Antonio, pensando en la agradable sorpresa que iba a dar a su hermano.

Y en un dos por tres se transformaron en oro todos los objetos de la habitación, y hasta las paredes de la casa.

Antonio estaba contentísimo.

Al otro día todo el pueblo supo que aquel joven tenía medios de convertir en oro cuanto quisiera, y aquello fue una verdadera peregrinación.

Todos los vecinos acudían en busca del muchacho para que



... y continuó cultivando sus tierras como siempre.

La ambición y el trabajo

transformara en onzas las monedas de cobre; y hasta hubo quien le llevaba las cacerolas, los pucheros, y hasta el gato de su casa, para venderlo luego al peso en cuanto se hubiera metalizado. Sólo Ángel *el Alegre* no siguió aquella corriente de avaricia. Nada de lo suyo quiso convertir en oro, y continuó cultivando sus tierras como siempre.

Por fin no quedó nada en el pueblo que no fuese de oro: hasta el suelo y las hierbas de los campos.

Y entonces vino una crisis terrible. Todo era de oro; pero las tierras no daban cosecha; el trigo se consumió, y los demás comestibles; de suerte que comenzaron todos a arrepentirse de su avaricia.

—Mejor que de oro —exclamaban—, quisiéramos nuestro baño de carne. Ahora nos comeríamos las ovejas.

—¡Pobres chorizos! —gritaba otro—. ¡Son de oro, y cualquiera les hinca el diente!

Y el hambre se hizo tan general, que no se veía salvación.

Como eran de oro hasta los zapatos y pesaban mucho, nadie podía ir hasta los pueblos vecinos a comprar lo necesario para la vida, y así llegó un momento en que todos iban a perecer.

Se daba una arroba de oro por un pedazo de pan, y no se encontraba quien lo vendiera.

Por fin llegaron las cosas a tal extremo, que el pueblo se amotinó y quiso matar al pobre Antonio como causante de sus desgracias.

Entonces pensó éste en aquellos otros seres que se le habían ofrecido para consolar y hacer amable la vida de la Humanidad, y que él había rechazado con tanto desprecio.

Se acordó de su hermano, única persona del pueblo que no había querido aprovecharse de aquella lluvia de oro, y le envió su hermosa tranquilidad y su sano y puro regocijo. Lloró como lloran los que se arrepienten. Sus lágrimas volaron en vapores hasta el Cielo, y allí imploraron el perdón de Antonio.

Dios se lo otorgó en su infinita misericordia, y en un momento los campos reverdecieron, y los tallos del trigo se encorvaron bajo el peso de las granadas espigas, y todo recobró su primitivo estado.

La electricidad tendió sus cables instalando el teléfono, el telégrafo y la luz en aquella región, difundiendo por todas partes la animación y la vida.

El amoníaco se filtró en la tierra y comunicó a las plantas el hermoso verdor y la fuerza vital, anticipando el regreso de la primavera.

Y el fósforo, mientras se convertía en cerillas, en medicinas

y en otras cosas utilísimas al hombre, se le agarró al oro en la nariz y se inflamó, abrasándole de tal modo, que el viejecillo dorado corría como un gamo dando voces y jurando no volver a molestar a los hombres.

Entretanto, Ángel *el Alegre* decía a su hermano cariñosamente: «No busques la dicha en las riquezas. La única felicidad posible en la Tierra se encuentra en la virtud y en el trabajo.»

VALENTIN EL DE LAS VERRUGAS

CÓMO queréis que se llame el héroe de este cuento? Yo no os digo su nombre porque todos le conocéis, y debo evitarle el sonrojo de contar sus pecadillos y ponerle en berlina entre sus compañeros y amigos. No es Julio, ni Antonio, ni... ¡Vaya; que no lo acertáis! Escuchad sus aventuras, y veremos si por ellas conocéis quién es el pecador.

Pongámosle un nombre caprichoso: Valentín, pongo por caso, y comencemos.

Pues este Valentín es un muchacho rubio como el oro, blanco como la nieve, muy simpaticón y más travieso que quince.

Era en los juegos el número uno, y el último en la escuela, de donde más de una vez sacaba las manos coloradas como un tomate, gracias a la reluciente palmeta de D. Procopio el maestro, el cual tiene malas pulgas, y cuando se enfada echa lumbre por los ojos y eriza los bigotes de un modo que da miedo.

Pero el defecto principal de nuestro Valentín no era ser des-aplicado como él solo, sino otro peor, y es que ni aun por equi-vocación dijo una verdad en su vida. Ni aun cómo se llamaba dijo una vez a derechas. Era todo un embustero de tomo y lomo, con ribetes de socarrón y medias suelas de pícaro.

Una de las muchas tardes que no iba a la escuela se marchó a coger nidos al inmediato bosque, más alegre que unas casta-ñuelas, pensando en la cara que pondría D. Procopio cuando notase su falta de asistencia, y en que, por aquella tarde al menos, la terrible palmeta no le dejaría las manos señaladas.

Al dar la vuelta a una vereda tropezó de manos a boca con un fraile de barba blanca, que al verle sonrió y le dijo:

Valentín el de las verrugas

—¿Adónde vas, muchacho?

—A pasarme—contestó Valentín, mintiendo como de costumbre.

—¡Mal vicio tienes!—exclamó con tristeza el fraile—. El que miente se engaña a sí mismo.

—¡Yo no miento!—dijo enfadado Valentín.

—Vamos a ver, hijo mío: ¿por dónde iré mejor al pueblo?

Y Valentín le indicó la dirección opuesta.

Entonces el fraile, tomando un aspecto severo, le habló de esta manera:

—Tu repugnante pecado ha de servirte de castigo: en verdad te aseguro que cuanto digas ha de ser cierto, aunque no quieras. Vete por esos mundos. Quiera Dios que vuelvas corregido, y no olvides que cuanto digas con intención de mentir habrá de salirte a la cara.

Calló el fraile, y a poco desapareció lentamente como una nube que se disipa. Pero Valentín no se intimidó por eso: era un redomado granuja que no temía a nada ni a nadie, y encogiéndose de hombros echó a correr en busca de sus nidos. Aún no había andado cien pasos, cuando le salió al encuentro un pastor, el cual, encarándose con el muchacho, le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A cazar liebres—respondió Valentín mofándose del pastor.

Aún no había acabado de decirlo, cuando se encontró convertido en un enorme galgo que saltaba y corría detrás de las liebres, sin alcanzar ninguna ni poder detenerse en ninguna parte. Cuando ya estaba a punto de perecer de cansancio recobró su forma primitiva; pero ¡cuál no sería su sorpresa al mirarse en una fuente, cuando se vio en la nariz, en la propia punta de la nariz, un grano como el puño, rojo como si sobre él hubiera esgrimido el terrible D. Procopio su palmeta!

Pero el muchacho era testarudo, y no se asustó por eso. Anda que te anda, iba con las manos en los bolsillos pensando en tomar un bocado donde pudiera, cuando vio un hermoso loro que



... se encontró convertido en un enorme galgo...

posado en un árbol se entretenía en deletrear como un maestro de escuela.

—Be-a, ba; be-e, be; be-i, bi...—decía el animalito.

—¿Qué haces, lorito?—preguntó Valentín.

—¿A ti qué te importa?—contestó el loro muy disgustado—. Estoy enseñando a deletrear a mis compañeros, que son más aplicados que tú. ¡Oyelos!

En efecto; unos cien loritos, puestos en fila sobre la rama de un árbol, comenzaron a repetir con el tonillo mismo de los alumnos de D. Procopio:

—Be-a, ba; be-e, be; be-i, bi.

—¿Qué te parece? ¿Ves si adelantan mis discípulos? Pues no hace más que seis años que vienen a mi escuela, y no faltan un solo día. Como sigan tan aplicados, antes de diez años leerán de corrido la cartilla. Y tú, ¿sabes leer?

—¡No!—dijo Valentín mintiendo.

En el acto sintió una cosa extraña en la nariz; llevóse allí la mano, y, en efecto, encima del primer grano le había salido otro mucho mayor. Parecía su pobre nariz un porrón formidable.

Siguió Valentín su marcha sin despedirse del lorito, que desde su rama le dijo con sorna:

—¡Vaya usted con Dios, narices de coliflor!

—¡No!—dijo Valentín mintiendo.

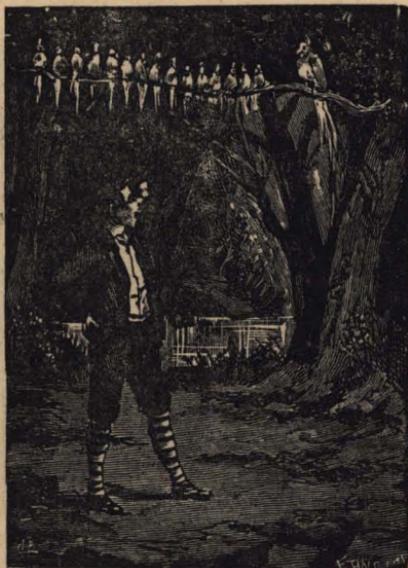
Al poco tiempo, y como el hambre apretaba, quiso buscar en los árboles algunas frutas; pero estaban muy altas, y aun cuando tiraba piedras, no podía derribarlas.

A esto vio venir a un arriero por el camino adelante, y acercándose le dijo:

—¿Quiere usted darme algo de comer, que hace dos días que no pruebo bocado?

Como tampoco aquello era verdad, le brotó una nueva verruga tan fea como las anteriores; y al ver aquel fenómeno el arriero echó a correr asustado, sin darle nada con que apaciguar su apetito.

Desfallecido y lleno de asquerosas verrugas, Valentín se sentó



Valentín el de las verrugas

al pie de un árbol y rompió a llorar. Entonces comprendió que sus mentiras eran castigadas por una mano divina que no deja impune un vicio tan feo.

Pensó en su familia y en sus compañeros, y vio que D. Procopio era un ángel de bondad, que si le ponía las orejas de burro, era porque se las ganaba por sus puños, y si le encendía el pelo a palmetazos, era en beneficio suyo para corregirle.

En aquel momento volvió a aparecer el fraile, y le repitió la pregunta:

—¿Adónde vas, hijo mío?

—¡Adonde Dios quiera! — dijo el muchacho sollozando.

—Pues Dios quiere que te vuelvas a tu casa, ya que estás arrepentido, que seas bueno y no mientas nunca.

—Padre —exclamó Valentín—, ¿y no podría quitarme esto de las narices?

— Es preciso que digas tres verdades en el pueblo. Cada una de ellas te quitará una señal de las que tienes.

Y con celestial ademán el fraile bendijo a Valentín y desapareció.

Cuando el muchacho llegó a su pueblo estaba deseando que alguien le preguntara; y— ¡qué casualidad!— D. Procopio fue la primera persona con quien tropezó a la entrada de la población.

—¡Bravo, bravo!—dijo el maestro—. ¡Bonita traes la nariz! Casi no te había conocido. ¿De dónde vienes?

—De hacer novillos y de recibir un castigo severo—contestó muy de prisa el desventurado y arrepentido muchacho.

En el acto se le fue una de las verrugas de la nariz.

—¡Más severo será el que te espera mañana! ¡Ya conoces a lo que sabe la palmeta!

—Cuanto haga usted conmigo lo tengo merecido de sobra.

Desaparición de otra verruga.

—¿Vienes arrepentido, por lo que veo?

—Y tanto, que no diré más que la verdad, aunque me sea perjudicial.



—¿Adónde vas, hijo mío?

Y la última verruga siguió el camino de las dos primeras.

Abrazó el maestro a Valentín, le acompañó hasta su casa, y desde entonces, que se sepa, no ha dicho ni una mentira.

Y ahora, ¿conocéis a Valentín?

LA TRAICIÓN DE MICIFUF

HACE más de quince días que un huésped importuno perturba mi sosiego y no me deja en paz en las tranquilas horas de la noche que por costumbre dedico al trabajo.

»Diréis que debo despedirle. Nada más sencillo..., en apariencia, que coger al huésped molesto y ponerle de patitas en la calle diciéndole:

»—¡Buen amigo, hágame usted el favor de no volver por casa mientras viva yo en ella y esté usted tan mal educado!

»Pero con el mío no caben razonamientos de ninguna especie. Con las más delicadas frases del repertorio cortés le he rogado que se marche o que no haga ruido. Al ver su insistencia, he llegado por grados desde la simple amenaza de desahucio a la terrible—¡me espanta recordarlo!—de darle vil y traidora muerte. ¡A tal punto nos ciega en ocasiones la soberbia! ¡Hasta el crimen!

»Y sospecho que en mi caso a cualquiera le ocurriría lo propio. Porque lo que hace es irritante. En el momento en que me pongo a trabajar, pero en el mismo momento, comienza con un ruido insoportable, que me crispa los nervios y me imposibilita para escribir con calma una sola línea y para coordinar dos ideas. Cuando, aburrido ya del suplicio, tiro la pluma y me acuesto, el ruidillo burlón cesa como por ensalmo, y vuelve a reinar en mi cuarto el silencio de los muertos o de los que trabajan.

»Pero hay más: como las deje esparcidas sobre la mesa, mis pobres cuartillas aparecen a la mañana siguiente como si fueran restos de una cometa; arrugadas y hasta rotas, formando las rasgaduras jeroglíficas caprichosos de imposible solución, y mis libros,

La traición de Micifuf

mis pobres libros, que tanto quiero, están cortados como con una sierra, pastas y todo.

«Tal enemigo bien merece el tremendo castigo que le prepara mi legítima indignación. ¡Yo le mantengo, y, sin embargo, me maltrata! ¿Habrás visto más insigne ingratitud?»

Así hablaba yo a varios amigos míos no ha mucho tiempo; y como encontrasen tan opuesto mi natural pacífico y bonachón con aquella mi decidida y resuelta actitud y firme propósito de sangrienta venganza, me dijeron, todo sorprendidos y confusos:

—No le creímos capaz de un pensamiento semejante. ¡Asesinar, vengar! ¿Cuándo ni en qué casos puede ser acto legítimo y honrado que no manche la boca del que lo dice y el cerebro de quien lo piensa? ¡Le desconocemos a usted, señor nuestro! Con tales principios se va al presidio o a la horca con sorprendente facilidad. Si se trata de un desagradecido, arrójele ignominiosamente de su casa, y en paz.

Y noté en mi auditorio un movimiento de repulsión que me molestó horriblemente.

—Pero ahora caigo en que he hablado—añadí—sin decir a ustedes de quién se trata. Es de un ratón que escondido detrás de mi armario de libros arma un estrépito infernal a eso de las



... empuñando un viejo sable...

Cuentos de Calleja

doce de la noche, hora en que habitualmente me dedico a mi trabajo. Él es el que me destroza cuanto está al alcance de sus uñas o de sus dientes, y debe de tener en el cuerpo más letras que una imprenta, y más papel que una fábrica papelera.

»O es un ratón viejo y machucho, curtido en achaques de malicia, o lo que ha roído en mis libros le ha enseñado a desconfiar de todo. Ello será lo que quiera; pero es lo cierto que no hay cepo, ratonera ni veneno que den al traste con su vida y aseguren mi tranquilidad.

»Y es cosa de verme alguna noche, empuñando un viejo sable de caballería, perseguir al ratoncillo, que acaba por esconderse entre el armario y la pared, burlándose de mis estocadas y de mis tajos

»Convenido de que nada podría contra tan ágil enemigo, llamé en mi ayuda a un gato muy conocido por su valor y su odio a la raza de los ratones, el gran Micifuf, que aunque viejo ya y retirado de la vida activa, no tuvo inconveniente en ponerse a mi servicio, si bien con ciertas y determinadas condiciones.

»—Si quieres que te ayude —me dijo—, es preciso que me mantengas a cuerpo de rey, que me compres un hermoso collar dorado, y que cuando mate al ratón que te molesta me hagas algún buen regalo para mi familia.

»A todo accedí con tal de verme libre del endiablado bicho, y en la creencia de que aquella misma noche habría caído en poder de mi aliado.

»Desde luego noté que el ruido desapareció, lo cual ya era un consuelo, y advertí que el bueno de Micifuf estaba como de acecho acostado junto al armario.

»Me miraba y se sonreía, como si dijera:

»—¡Ya estás viendo: en cuanto ha oído que estoy por aquí, todo se acabó!

»Pero no sé cómo fue, si corazonada o sospecha; lo cierto y verdad es que pensé que había ciertas inteligencias entre el ratón y Micifuf, y decidí espíarlos para convencerme de la traición.

»—El ratón no sale —me decía—; pues si hace tres o cuatro días que no ha salido de detrás del armario y no ha comido en ese tiempo, el infeliz debe de estar a punto de fallecer de hambre, si es que no ha muerto ya. Ahora bien; si vive, no hay duda de que aquí hay trampa.

»En efecto; a los pocos días sorprendí una conversación muy tirada que sostenían Micifuf y el ratón.

»Decía el primero al segundo:

La traición de Micifuf

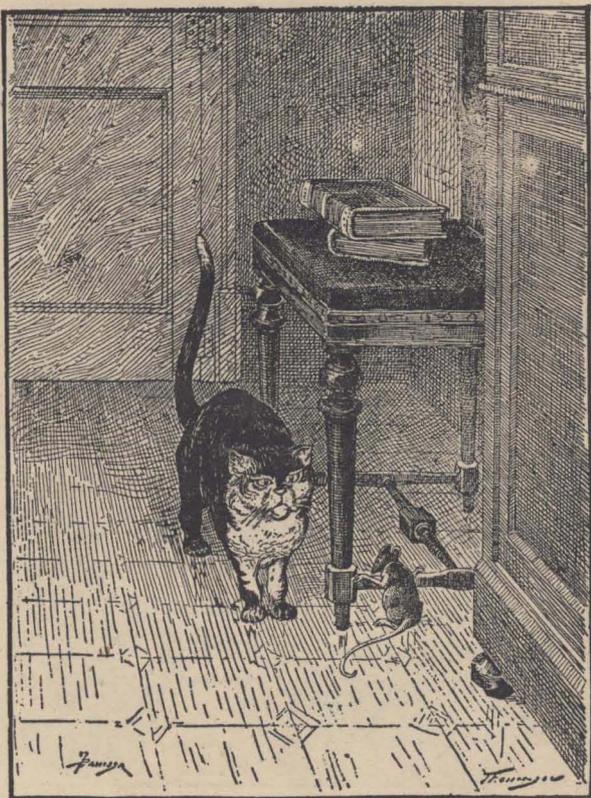
»—Ya ves que no me meto contigo para nada. Al contrario, yo mismo te proporciono la comida echándotela con disimulo, según convinimos. Pero si haces ruido me veré obligado a meterte mano, en lo cual, francamente, ni tú ni yo salimos ganando nada. Tú, porque corres el riesgo de que te me zampe de un bocado; y yo, porque una vez muerto tú, el amo me despedirá, y no encontraré un tonto como éste que me mantenga dándome un trato tan soberbio y sin trabajo alguno.

»—Por mi parte —contestó el ratón— me parece que no faltó a lo pactado. No me muevo ni para estornudar; de manera que debes estar muy complacido. ¡A propósito! Haz el favor de aumentar la ración de queso, porque ya sabes que me gusta extraordinariamente, sobre todo el de Gruyère.

»En aquel momento ya no pude contener la indignación, y llamando a Micifuf, le dije:

»—¡Eres un gato sin honor! ¡Lo que has hecho es una verdadera gatada, pero de la peor especie! Para eso no te hubiera traído, sino que me las hubiera yo entendido con el ratón! ¡Prefiero mantenerle a él mejor que dar de comer a los dos!

»—¡Vamos! —exclamó Micifuf con el mayor cinismo—. Por lo visto, no has comprendido mi plan. Óyelo: Tratando de esta suerte



—¡Vamos, hombre; acércate...

con el ratón, que es un infeliz en toda la extensión de la palabra, conseguiré sacarle de sus posiciones y entregarse confiado a mis uñas y a mis dientes.

»En efecto, aquella noche se acercó al armario y le dijo:

»—Ratoncito, amigo mío: sal, que ahora no hay nadie y podremos charlar a nuestro gusto.



Y a cada garrotazo bufaba Micifuf...

era mi bisabuelo o mi tatarabuelo, se encontró en cierta ocasión enfermo y sin recursos, acostado en la mísera paja de una guardilla, cuando un ratón compasivo le llevó hasta su propio lecho unas cortecitas de queso, y no sé si algunos otros comestibles. Iba a tomarlos, cuando otro ratón de aspecto antipático y con unas manchas rojas sobre el lomo se le acercó y le quitó la comida,

»El ratón asomó el hociquito por detrás del armario, y salió poco a poco con un miedo justificado.

»— ¡Vamos, hombre; acércate, y no me hagas levantar la voz, no sea que nos oigan! Escucha lo que voy a decirte.

»Has de saber, mi buen amigo, que yo siempre he tenido un gran afecto a vuestra raza, por una tradición que entre mi familia se conserva desde hace muchos años. Según ella, un ascendiente nuestro, un precioso gatazo de Angora, que no sé a punto fijo si

La traición de Micifuf

aprovechándose de que mi pobre bisabuelo tenía reuma y no podía moverse.

»Desde entonces hemos prometido matar a toda la casta de aquel malvado que hizo morir de hambre a nuestro pariente, así como recompensar al que le favoreció en los días de desgracia.

»—Me parece muy bien—dijo el ratoncito.

»—Oye, entre paréntesis: ¿sabes que me parece que tienes manchas rojas en el lomo?

»El ratón se asustó, y dijo que su amigo el gato debía de tener telarañas en los ojos.

»—Realmente soy muy miope, y no tendría nada de particular que me hubiese equivocado. Me acercaré para reconocerte.

»Pero no hizo más que acercarse cuando, echándole la zarpa, empezó a gritar:

»—¡Mi amo! ¡Mi amo! ¡Aquí está ya el ratón!

»Acudí presuroso al llamamiento; y si he decir verdad, lejos de alegrarme, me produjo el hecho una sensación en alto grado molesta.

»El ratoncito había quedado muerto entre las garras de Micifuf, y éste se pavoneaba orgulloso de su hazaña.

»—Espero —dijo— que me entregarás el premio convenido.

»Entonces no pude contener mi indignación, y cogiendo un palo, le emprendí a garrotazos con el traidor, diciéndole:

»—¡Infame! ¡Antes quisiste engañarme, y ahora, valiéndote de traidoras mañas, has asesinado al mismo a quien ofreciste protección! ¡Toma el premio que reciben todos los traidores!

»Y a cada garrotazo bufaba Micifuf dando saltos terribles, hasta que por último rompió el cristal de una ventana y se tiró por ella a la calle. No quise saber si se había reventado. ¡Bien merecido lo tenía!

Y desde entonces me parece odioso todo el que se vale del engaño, aun para matar al más molesto de los ratoncillos.

LAS TRES PETICIONES

UNA vez había un matrimonio anciano sentado alrededor de la lumbre, porque hacía un terrible frío en Valdepatatas. El marido se llamaba Cleto; pero en el pueblo le conocían por el mote de *El Tío Malasombra*, porque, en efecto, era el rigor de las desdichas. Nada le salía bien. Empezó a trabajar de zapatero, y no le salió nunca un par de botas a la medida, por lo cual le

devolvían el trabajo y no se lo pagaban. Tuvo que cerrar la tienda. Se hizo luego encuadernador, y los libros que él encuadernaba se descosían antes de sacarlos de su casa. También tuvo que dejar el oficio, y no quiso aprender el de sombrerero por temor a que en Valdepatatas nacieran los niños sin cabeza, sólo por no hacerle gasto.

La noche de nuestro cuento se lamentaba amargamente el tío Malasombra de su negra estrella, y decía a su mujer:

—Mira, Sinforosa: todo lo daría por bien empleado si al menos para la vejez me concediera mi Santo las tres cosas que yo le pidiera.

—¡Ya lo creo! —exclamó la mujer—. Pero ¡ahí está San Cleto para concederte caprichos! Tene-

mos muy mala suerte por nuestra culpa, y nada nos saldrá bien.

En esto se oyó por la chimenea una voz que decía:

—Pedid, y se os dará si os conviene; pero sólo tres cosas.

—Pues yo —dijo la mujer— querría comerme un buen trozo de longaniza.

Aún no había acabado de decirlo, cuando de la chimenea cayó un trozo de embutido de bastante buen tamaño.



... cayó un trozo de embutido...

Las tres peticiones

Irritado el marido al ver en qué cosa tan insignificante había malgastado una petición, gritó lleno de rabia:

—¡Ojalá se te clave esa longaniza en la punta de la nariz, para que te acuerdes toda tu vida!

En cuanto terminó de decirlo, la longaniza dio un salto y se clavó en la propia punta de las narices de Sinforosa, la cual no pudo arrancársela por más que hizo.

—Y ahora —gritaba la pobre mujer—, ¿qué voy a hacer yo con esto?

—Mira, mujer —decía Cleto—; pediré ser muy rico, y yo haré que te fabriquen una funda de oro para las narices.

—¡No quiero, no quiero! —decía sollozando la mujer—. Prefiero ser más pobre que las ratas, a que se ría de mí la gente por verme esta ridiculez.

—¡Mujer, no seas tonta, y déjate convencer! ¡No desaprovechemos la ocasión, que ya sabes que la pintan calva!

—¡Sí; pero no la pintan con una longaniza en la nariz!

Y comenzó a llorar con tal desconsuelo, que el pobre marido, lleno de pena, resolvió perderlo todo antes de contrariar de aquel modo a su mujer. Así fue que, haciendo un verdadero esfuerzo, se dirigió a la chimenea y dijo:

—Pues deseo que se le quite la longaniza de la nariz a mi mujer.

El embutido cayó pesadamente al suelo, y Sinforosa se vio libre de tan horrible apéndice. Miráronse un buen rato los esposos, ambos llenos de pena por la magnífica ocasión que tan imprudentemente acababan de despreciar, cuando al fin habló Cleto y dijo:

—Ya has visto lo que hemos conseguido por culpa tuya.

—¡Fue por la tuya!

—¿Y tú por qué pediste un pedazo de longaniza? ¿No era una barbaridad perder por eso una petición?

—Y dime: ¿no era una tontada pedir que se me clavara en las narices?



Sorprendido quedó el matrimonio...

Cuentos de Calleja

—Verdad es, mujer, que yo estaba acalorado y no supe lo que hacía.

—Bueno; y ahora ¿qué hacemos?

—¡Toma! Pues comernos esa longaniza malhadada que está en el suelo—dijo Cleto.

Bajóse a recogerla, y observó que aquel embutido pesaba de un modo extraordinario; tanto, que le costó mucho trabajo levantarlo.



—¡Vaya una longaniza pesada!—exclamó el tío Malasombra admirado—. ¡Pues si en el estómago nos sienta lo mismo, vamos a tener que ponernos puntales para que no se nos rompa!

—Mira a ver si tiene plomo dentro—dijo la mujer con cierto recelo

Empuñó Cleto su navaja y dio un tajo en el embutido; pero la hoja se rompió sin haber hecho mella en la longaniza.

—¡Dura es de pelar, caramba!—exclamaron—. Pues si no se parte con el hacha, la sacaremos a la calle a ver si cae un rayo y la divide.

—¿Qué voy yo a hacer con esto?...

Por fin con el hacha lograron quebrantarla, y del centro del

embutido salieron rodando por la habitación unas cuantas monedas de oro.

Sorprendido quedó el matrimonio con aquel inesperado hallazgo, y así abrieron todo el embutido, encontrando que todo él estaba lleno de aquel precioso metal.

Pero al mismo tiempo hallaron un papelito que decía:

«Por tontos habéis estado a punto de seguir siendo pobres toda vuestra vida. Si me he compadecido de vosotros, es porque quiero demostraros que hasta el fin nadie es dichoso ni desgraciado.»

INDICE

El tío Trápala	7
La ciudad de Fortuna	10
Los buñuelos de la Reina	15
Perder lo que se busca	18
Khan-Kilin-Kon-Kun	24
Lluvia de oro	29
Los dos osos	33
Su excelencia Rompesobres	37
La isla de los Brillantes	42
Melchor Cascarrabias	48
El autor de la muralla	53
Guisado de conejo	56
El mago de la luz verde	62
El brillante más gordo	67
Los polvos de Don Perlimplín	72
Por un pelo	76
El curandero	81
Cucufate el revoltoso	85
Naranjas de la China	89
El príncipe Calamar	95
El tío de las narices	99
Verdades y ficciones	106
La caja de los deseos	110
El zorro de las gafas	115
La cabrita roja	118
¡Te veo Venir!	123
Trapalón y Compañía	128
El tesoro de Salomón	135
La ambición y el trabajo	140
Valentín el de las verrugas	146
La traición de Micifuf	150
Las tres peticiones	156

